



Taller de Escritura
**Móntame
una Escena**

Recopilación nº 1
septiembre 2012-junio 2013

Literautas Editorial

Taller de Escritura

Móntame una Escena

RECOPILACIÓN DE TEXTOS DEL TALLER
SEPTIEMBRE 2012 - JUNIO 2013

Literautas

www.literautaseditorial.com

LITERAUTAS EDITORIAL
A Coruña - España
editorial@literautas.com
www.literautaseditorial.com

© Diseño y maquetación SCVisuais
© Diseño de portada SCVisuais

© 2013, Literautas

Los relatos recogidos en esta publicación son una recopilación
de textos participantes en el taller de escritura online
Móntame una Escena, de Literautas.com
Ninguno de los relatos puede ser reproducido,
modificado, comercializado o transmitido
en manera alguna
sin el previo permiso escrito de sus autores.

Índice de Contenidos

Introducción

Escena 1

Un golpe de suerte - Merche González

Amarillentas hojas - Yeray Campos

La señorita Pérez y la tienda de antigüedades - Patricia

Reimóndez Prieto

Escena 2

Las palabras de mi madre - Iraide Talavera

Primeros pasos - Iria Iglesias

Mi proveedora ha muerto - Tyess

Kotaku - Elena A.G.

Cascabel - Luis A.R. Selgas

Una tarde para querer olvidar - Saúl Bordes

Escena 3

Sopa de estrellitas - Emyl Bohin

El sobre - Irate Vilariño Uriarte

La reliquia - Girel S. Jaimes

El constructor de violines - David Ballester Mena

Escena 4

Escena 5

Noche en La Fenice - Almudena Fuertes

The Wound - Moona

Bajo las tablas - Gabriela Andrade

Escena 6

Anacrofobia - Eunice Espejo

Una mala experiencia - Chemarri

Pasillo francés - Isabel Rodríguez Sanz

Trágico carnaval - Moriana

Sorry for party rocking - Diana Leiiva (Naniis)

Il mare di rose bianchi - Abraham Darias

La fiesta de disfraces - Jennifer Montero

Leones y trajes - Sunny Red Moon

Mi hija no quiere ir - Ismael Tomás Pérez

Escena 7

Ver las estrellas contigo - Pablo Blanco

Almas que se pierden - Luciano Sívori

La caída de los dioses - Peter Walley

La piedra - David Cantos Galán

El valor de los hombres - Luis M. Rebollar

Los diamantes de la Golconda - Elena Álvarez Rodríguez

Pobre y poderoso viento - Pilar L.Alcántara

Escena 8

Noctámbulos de Hopper - M.H.Heels

Phillies Diner - Iracunda Smith

Noctámbulos - G. de Syldavia

Los muchos nombres de Murchad O'Hara - César Dublas

El juego de los noctámbulos - Rosalía Navarro Morente

El asesinato del rey - Aradlith

Vuelves a ser tú - Olaya Pérez Álvarez

Tras los cristales - Patricia Ferrer

Phillies - Woody

Solo ante el Partido - Rafael F. Lozano

Escena 9

Amor es todo lo que necesitas - Rocío de Juan Romero

Principio y fin - manuti

Antes de que anochezca - Borja González Otero

El escondite - Anna López

Estatua de sal - Eloyzinho

Importancias - Andrés Buriticá, Zelfus

Cuando dejé de sentir - Melania

Los precios del avatar - Juan F. Valdivia

El misterio del diamante oscuro - Miguel Zoltan

Moonlight sonata - Antonio V. Fernández Carmona

Escena 10

Desgarrador - Gastón Paredes

Día internacional del suicidio - Lunaclara

¿Ya he leído bastante para ir a Branson? - Marc Ventura

Primer entrenamiento - Virginia Figueroa

Palabra de honor - Iris Herrera de Milano

Libros - Abbey

Número 366 - Patricia Enderica Espinosa

Libros, ya ves - Leosinprisa

El libro de mi vida - Ana J. Lozano

El premio literario - Carlos Dauro

El espectáculo de Dios - Vicente López de Armentia

Algún día - Servio Tulio Flores

INTRODUCCIÓN

El taller literario Múltame una Escena

El taller de escritura “Múltame una Escena” nació en septiembre de 2012 como un experimento dentro del blog de escritura Literautas. Teníamos muchas ganas de poner en marcha algún tipo de grupo de escritura gratuito y en abierto que permitiese trabajar en equipo a escritores de diferentes edades y niveles. Estábamos convencidos de que podría funcionar como método para mejorar la escritura y hoy, un año después, nos atrevemos a afirmar que no nos equivocábamos.

En todos estos meses, el taller ha ido creciendo y tomando forma, como un organismo vivo. Esperamos que continúe en constante crecimiento y desarrollo con la ayuda de todos los escritores que han participado hasta ahora y aquellos que están por llegar. A todos ellos quiero agradecerles su apoyo y su entusiasmo porque son lo que hace posible este taller.

“Múltame una Escena” no solo es un lugar para la literatura; es también un ejemplo de compañerismo, de buen ambiente y de ilusión. Porque la escritura puede parecer una tarea solitaria, pero es en realidad una enfermedad contagiosa y cuando colaboramos con otros, más fácilmente nos enganchamos a ella, al mismo tiempo que crecemos y nos desarrollamos como escritores.

Con motivo de este primer aniversario del taller hemos querido publicar este libro recopilatorio que seguro será el primero de muchos. Pero antes de contarte qué vas a encontrar en las páginas que siguen a esta introducción, permítame que te explique un poco más en qué consiste el taller.

¿Cómo funciona “Móntame una Escena”?

“Móntame una Escena” es un grupo de escritura online, abierto a todo el que quiera participar, voluntario —no es necesario registrarse ni hace falta participar todos los meses— y completamente gratuito. El día uno de cada mes publicamos en el blog de Literautas una nueva propuesta —llamada escena— a partir de la cual hay que desarrollar un relato corto.

Todo aquel que quiera formar parte del taller ha de enviarnos su relato antes de la fecha indicada a través de un formulario que habilitamos en la web. Automáticamente, queda inscrito para participar en la edición de ese mes.

Lo que hacemos a continuación es lo que aporta la originalidad al taller: una vez finalizado el plazo de envío, se reparten los textos entre los participantes. Es decir, cada escritor recibe tres textos distintos en su correo junto con un pequeño cuestionario para que analice y comente los relatos de sus compañeros.

Finalmente, cuando termina el mes, todos los participantes reciben los análisis que sus compañeros han realizado sobre su propio texto, para que pueda saber qué partes del relato han funcionado bien y qué partes necesita mejorar.

¿Qué encontrarás en este libro?

Como te decía antes, este libro es la primera recopilación de textos del taller. Aquí podrás leer sesenta y cinco relatos seleccionados de entre los cientos que han participado en el taller durante el pasado año.

Escritores de múltiples nacionalidades, edades, estilos y géneros, se aúnan aquí para dar forma a una curiosa antología

que creo merece la pena leer. Resulta fantástico ver cómo, partiendo de una misma idea —o escena—, surgen tantas historias distintas y maravillosas.

Pero mejor que lo compruebes tú mismo/a. Te dejo ya con ellos, los verdaderos protagonistas de este libro. Espero que disfrutes de la lectura. Y te esperamos en las próximas ediciones del taller para seguir compartiendo fantasías.

Iria López Teijeiro
Galicia. Septiembre, 2013

.....

Escena nº 1

La tienda de antigüedades

Septiembre, 2012

.....

¿En qué consiste esta escena?

Imaginad una tienda de antigüedades en una callejuela de una gran ciudad. Es un local caótico pero limpio, bastante amplio, no demasiado luminoso y en el que siempre huele a libro viejo. La pared del fondo de la tienda está cubierta por dos enormes estanterías repletas de libros antiguos en muchos idiomas diferentes. Además, por toda la tienda hay dispersos montones de trastos y objetos de todas las épocas, formas y tamaños. Ocupan cada rincón y cada uno de ellos guarda su propia historia, su propio pasado y su propio futuro.

El propietario de esta tienda es Baltasar (63 años), un hombre tranquilo y risueño, amante del silencio y algo soñador. Viudo desde hace 13 años y padre de dos hijos (ya adultos y cada uno con su propia familia), vive solo en el piso superior a la tienda. Las antigüedades son su gran pasión y él mismo restaura muchos de los objetos que llegan hasta su local para ser vendidos.

Baltasar siente un gran cariño por todos los objetos de su tienda e intenta inculcárselo a su nieta Julia (8 años), quien cada tarde después del colegio acude a la tienda de su abuelo, donde ha de permanecer hasta que sus padres la recogen al salir del trabajo. Julia es una chiquilla fantasiosa y con una gran curiosidad, la tienda es para ella como un mágico parque de juegos y, cuando su abuelo no la ve, le gusta esconder notas y mensajes curiosos dentro de los libros y otros objetos antiguos de la tienda.

A partir de esta escena, hay que desarrollar un texto de género, tono y tema completamente libres. La única

premisa es que una de las situaciones de la historia tenga lugar en torno a la tienda de antigüedades. Los personajes de la escena solamente pueden usarse como personajes secundarios, no como protagonistas.

Un golpe de suerte

Merche González

.....
www.merchitagonzalez.blogspot.com.es
.....

Abrió la puerta de la tienda haciendo sonar la pequeña campanilla de latón que colgaba del techo. Miró por encima de su hombro y comprobó que nadie le seguía. Cerró la puerta con dificultad. El fuerte viento se empeñaba en entrar tras él en aquella vieja tienda de antigüedades. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la escasez de luz de la estancia. Echó un vistazo a su alrededor, la tienda estaba repleta de artilugios y tesoros de todo tipo, pero no había ni un solo cliente.

El anciano se acercó despacio al mostrador. A su edad, le costaba andar y arrastraba ligeramente los pies al hacerlo. Se quitó el sombrero dejando al descubierto una calva reluciente y saludó educadamente al anticuario.

—Buenos días —dijo el extraño con un marcado acento extranjero—. Tengo algo que quizá podría interesarle.

Sin dar tiempo a su interlocutor a contestar, desabrochó su chaqueta de *tweed* y discretamente sacó un puñado de sobres ajados y amarillentos del bolsillo interior. El anticuario desató el cordel que los rodeaba y observó minuciosamente aquellas cartas del siglo pasado.

—Reconozco que es un material muy interesante... Muy

interesante... Si dispone de más cosas como ésta, estaría dispuesto a pagarle una buena suma.

—Sí, es posible. Puedo volver en unos días si lo prefiere
—El anciano apenas podía disimular su nerviosismo.

Tras un breve tira y afloja, llegaron a un acuerdo en cuanto al precio de las cartas y se citaron para un nuevo encuentro unos días después. A la salida del local, el viejo se percató de la presencia de una niña que, sentada en un rincón de la tienda, dibujaba entretenida en un cuaderno. Habría jurado que no había nadie más allí cuando entró. Estaba perdiendo facultades.

Al cabo de un rato, la campanilla de la entrada tintineó de nuevo con energía.

—¡Hola, Baltasar! ¡Hola, cariño! —Javier llegaba a tiempo a recoger a su hija. Rara vez lo hacía, ya que el ajetreo de la comisaría le obligaba a salir siempre muy tarde del trabajo—. ¿Qué tienes ahí, pequeña? —La niña enseñaba orgullosa y emocionada a su abuelo un dibujo que, según parecía, acababa de terminar.

—Esta chiquilla va a ser artista. Fíjate en el retrato que acaba de hacer del último cliente de la tarde. Es una maravilla.

Javier contempló aquel boceto con atención: un anciano de cara redonda, pequeños ojos azules, calvo, pelo blanco en las sienes... Le resultó tremendamente familiar. Trató de hacer memoria. Esas redondas gafillas metálicas... ¡No podía creerlo! ¿Sería realmente él?

—¿Y qué quería este señor? ¿Venía a comprar alguna

antigüedad? —le preguntó a su suegro, tratando de disimular su excitación.

—No, qué va. Ha traído estas cartas. Son de la II Guerra Mundial...

No era necesario seguir escuchando. El hombre que había visitado esa tarde la tienda de Baltasar era Otto Hünde, el capitán Otto Hünde. Se trataba de un oficial alemán de las SS, huido desde hacía años y buscado por las autoridades de todo el mundo desde entonces. Precisamente esa tarde habían recibido unas fotografías suyas en la comisaría, ya que había sospechas de que se encontraba por la zona.

Javier dobló cuidadosamente el retrato y lo guardó en su bolsillo mientras marcaba en su teléfono móvil el número del comisario.

—Comisario, no se va a creer lo que tengo que contarle...

Amarillentas hojas

Yeray Campos

.....
www.marinerodetierra.wordpress.com
.....

En aquel entonces yo todavía era estudiante en la pequeña ciudad. Todavía me recuerdo con las gafas de cristal grueso, el pelo largo y mis pantalones de campana: estábamos a finales de los setenta y aquellas modas extranjeras penetraban en España mientras el franquismo daba sus últimos coletazos. O eso pensábamos entonces.

Al salir de la facultad aquella tarde y antes de dirigirme a mi pequeño apartamento (debía trabajar los fines de semana para poder pagarlo dado que lo que mis padres me enviaban por entonces desde el pueblo no era suficiente), me dirigí a una pequeña tienda de antigüedades que solía frecuentar. Uno podía encontrar allí algunos de los libros de la carrera a bajo precio, siempre y cuando no le importaran el número de manos por las que hubieran pasado.

Allí estaba don Baltasar, el dueño, discutiendo como siempre a voces con el párroco de la iglesia de al lado: don Julián. Don Baltasar era un hombre bastante culto, ateo y un tanto ácrata. A pesar de sus diferencias, él y don Julián habían forjado desde hacía mucho tiempo una relación de amistad y no era extraño que se pasaran horas discutiendo sobre política, religión o cualquier otro tema. El uno sesentón, con su tripa y su bigote gris, siempre en mangas

de camisa; el otro delgado y vestido con su sotana, tenía el aspecto de una rapaz vieja y cansada. Una extraña pareja.

—Buenos días, Alfonso —Me saludó don Baltasar, con una amistosa sonrisa. —Mire don Julián, el chaval gasta tanto en libros que ya tan apenas come, se está quedando en los huesos.

—Bueno, don Baltasar, ya sabe usted que no solo de pan vive el hombre.

Sonreí azorado. Y le entregué al vendedor un papelillo con una lista de libros. Don Baltasar se puso las gafas de cerca, que llevaba al cuello con un cordón.

—Vamos a ver que tenemos por aquí... Bien, éste me lo trajeron la semana pasada, éste puede que lo tengamos por algún lado. ¡Vaya, me alegro de ver éste en la lista, llevaba tiempo vetado de las universidades! Bueno, acompáñame. Perdone, don Julián, ahora volvemos.

Seguí a don Baltasar por la tienda, llena de antiguos tesoros. Todo tipo de objetos poblaban los rincones del local. Había monedas de época de los romanos, documentos de la guerra de la independencia, muebles del siglo XVIII e incluso una estatua griega. Don Baltasar llevaba toda su vida trabajando en aquel negocio y era su mayor pasión. Pero lo que me interesaban eran los libros: había miles. De amarillentas hojas, con tapas de cuero, que habían sido leídos por cientos de personas antes que yo. Allí tuvieron cobijo, durante la dictadura aún no olvidada, libros prohibidos de todos los géneros.

Ya en el mostrador, me entregó mi pequeño montón

de libros. Eran viejos, aunque a mí eso no me importaba: aquella tienda era uno de mis lugares favoritos de la ciudad, y todavía hoy la recuerdo con especial cariño.

Tras pagar, me marché de allí, aún pude ver por el rabillo del ojo como entraba, corriendo y saltando, la pequeña nieta del tendero.

Aquellos años pasaron volando.

La señorita Pérez y la tienda de antigüedades

Patricia Reimóndez Prieto

.....
www.deprincesasymeigas.com
.....

Estaba asustada, era la primera vez en muchos años que la sacaban de casa. No le intimidaba que la observaran tan exhaustivamente y tan cerca con aquellos extraños anteojos, para ella era algo habitual ser admirada, todo en ella estaba hecho para ese propósito, su gorro, bufanda, guantes y calcetines a juego, su suntuoso abrigo de pata de gallo, zapatitos de charol... Distinto era estar rodeada de una multitud tan variopinta. Podía oírles cuchichear y reírse por lo bajo. ¿Se burlaban de ella acaso? No tenía la culpa de que su nuevo dueño la hubiera vestido tan inapropiadamente para el tiempo estival.

—Mmmm... Está muy bien conservada —dijo el tendero.

—Era de mi abuela, debe tener unos setenta años. Siempre la tuvo en una vitrina, jamás nos dejaba tocarla, para ella era como un tesoro.

—Es evidente, mantiene intactos todos los detalles.

— ¿Cuánto me daría por ella?

Eso era menos de lo que esperaba, aunque, bien mirado, no era poco.

—Psss... Psss... —Ahí estaba otra vez la máquina de escribir—. Mira para acá guapa, que no te voy a comer.

—Aunque quisieras tampoco podrías —dijo un elegante perchero.

Las risas se fueron extendiendo por toda la tienda como si fueran una ola.

—¡Callaos, la estáis poniendo nerviosa! No te preocupes, guapa, aquí te vamos a tratar muy bien.

—Ειδικά σας —dijo uno de los libros de la enorme estantería del fondo.

—¿Qué ha dicho?!

—No sé —dijeron por la derecha.

—Ni idea —Continuaron por la izquierda.

—A este nunca hay quién le entienda. ¡A ver si aprendemos a vocalizar! —dijo el perchero.

—Está hablando en griego, ignorante —dijo el volumen I de una enciclopedia.

—No te las des de listo, todos sabemos que sólo abarcas de la «A» a la «G».

Se reían. Todos menos el volumen I. Parecía un lugar bastante animado, un poco abarrotado pero limpio, quizá no estuviera tan mal quedarse allí, al menos eso deseaba, no podía escoger otra alternativa, estaban a punto de abandonarla.

El dinero cambió de manos y tras el mostrador la vio,

sentada en un pequeño pupitre, recortando papelitos de colores. «¡Una niña!», pensó emocionada, era justo lo que necesitaba, no sabía cuánto llevaba allí, pero... ¿por qué no conseguía llamar su atención? ¿Qué había más interesante que contemplarla a ella?

—¡Está escribiendo otra nota! —dijo un juego de tazas de té.

«¡Una nota! ¡Una nota!», se dijeron unos a otros.

—¡Pónsela a ese! Dile: Eres un estirado —dijo la máquina de escribir.

—¿Te refieres a mí? —preguntó el reloj de pie.

—¿Ves? Hasta él lo reconoce.

¡Jijiji! ¡Jajaja! ¡Jujuju!

Mientras los demás no paraban de reír, la pusieron con suma delicadeza sobre una cómoda de nogal. Todo aquello era tan distinto a lo que conocía. ¿Qué sería de ella ahora? ¿Se quedaría en ese lugar para siempre?

Obtuvo respuesta...

... y la tranquilizó.

Aquella pequeña tienda estaba llena de vida. Una lástima que los humanos no fueran capaces de sentirla, ni siquiera Baltasar, su propietario, quién creía que todos y cada uno de los objetos que allí guardaba, restauraba, compraba o vendía, tenían su propia historia, su propia magia. Cada día disimulaba no ver cómo su nieta dejaba misteriosas notas escondidas en cada uno de ellos. Hoy tampoco resistió

saber qué decía la que acababa de ocultar en el interior del abrigo de la nueva muñeca.

—No tengas miedo —leyó en voz alta.

.....

Escena nº 2

Misterioso asesinato en la montaña

Octubre, 2012

.....

¿En qué consiste esta escena?

Nos encontramos en un bonito y pequeño pueblo de montaña al final del verano. La temporada turística está a punto de terminar y, como cada año en esta época, los vecinos se preparan para sumirse en la tranquilidad del invierno. Pero la paz del lugar se ve enturbiada cuando una mujer aparece asesinada en un paraje cercano.

La fallecida se trata, al parecer, de una famosa escritora japonesa de cincuenta años que estaba pasando sus vacaciones en la zona. Como era de esperar, se monta un gran revuelo. Los vecinos están desconcertados, hay rumores de todo tipo, se barajan diversos sospechosos y el pueblo está invadido de periodistas, admiradores y curiosos, además de numerosos policías que acuden como refuerzo para investigar el caso.

Empleando como telón de fondo esta escena (es decir, tiene que ocurrir en ese pueblo en los días posteriores al asesinato), hay que desarrollar un texto de género, tono y tema libres.

Las únicas premisas es que el personaje principal de vuestra historia puede ser cualquiera excepto el asesino o la fallecida.

Reto opcional:

Si se quiere añadir otro reto a la escena, se puede tener en cuenta también esta premisa: en algún momento de la historia, hay que incluir la frase *“Le devolvió el libro”*.

Las palabras de mi madre

Iraide Talavera

.....
www.elbazardeiraide.blogspot.com.es
.....

Ella deseaba morir. Yo lo sé. Y no son palabras de consuelo que me dirijo a mí misma, porque su muerte me ha dejado tan fría como las aguas del lago Kawaguchi, donde hallaron su cuerpo apuñalado. No se puede querer a una madre a la que apenas se ha visto. La tía Kiyō me mira con cara de extrañeza, como si pensara que el vínculo sanguíneo que me une a su difunta hermana, la escritora Ayako Higeshiro, me llevaría a verter lágrimas por la pérdida, pero lo único que me entristece es conocer este lugar tan bello en unas circunstancias tan tristes.

Estoy en un ryokan¹ cercano al monte Fuji. Antes he salido al jardín y he conseguido ver su pico nevado, aunque las nubes lo han enturbiado rápidamente. Kiyō pasa el tiempo en la habitación y ni siquiera se anima a bañarse en las aguas termales del hotel. Dice que yo tampoco debería hacerlo, por respeto a mi madre. Esta estuvo alojada en la habitación de al lado hasta el pasado martes, cuando la descubrieron flotando en el lago. Con ella estaba el señor Tanaka, su actual pareja, que quiere volver a Tokio en cuanto terminen los interrogatorios policiales. Es uno de los principales sospechosos, ya que se rumorea que tenía

¹ Alojamiento tradicional japonés, habitualmente empleado como hospedaje de lujo. Sus habitaciones suelen incluir un piso con tatami, baños termales colectivos y sofisticada cocina típica.

una relación amorosa con Rina Sawai, la editora de mi madre. Ambos podrían haber decidido acabar con su vida para quedarse con su herencia y acelerar las ventas de su último libro.

Si ese es el caso, el señor Tanaka ha disimulado muy bien su sorpresa al descubrir que yo, Akari, soy la única heredera de Ayako Higeshiro. De hecho, él ni siquiera sabía que yo era su hija, porque ella siempre se había referido a mí como “mi bella y formal sobrina Akari”. Desde muy pequeña, yo había sabido que Ayako era mi madre y que no había querido hacerse cargo de mí. Al principio, la razón fue que era demasiado joven para cuidar de un bebé; después, cuando conoció a su primer marido, el empresario Kazuo Higeshiro, el motivo fue que él jamás se casaría con una madre soltera. Mi tía Kiyō renegó durante largo tiempo del egoísmo de su hermana menor, pero en el fondo deseaba quedarse conmigo, porque había enviudado sin poder engendrar un hijo.

Así pues, a efectos prácticos, Kiyō se convirtió en mi madre. Cuidó bien de mí, aunque nunca se atrevió a mostrarme demasiado afecto, como si al hacerlo le usurpase a Ayako el rol materno que esta nunca había reclamado. Con seis años, me contó la verdad. Ella era mi tía, y mi verdadera madre vivía muy lejos, en Londres, en compañía de un hombre muy rico. Al oír aquello, una enorme soledad se aferró a mi cuerpo infantil. La soledad dio paso a la rabia, que hasta el final de mi infancia volqué contra la buena tía Kiyō.

Después, mi ira se evaporó. Dejé de perseguir el sueño de una madre que solo habitaba mi cabeza. Ayako nos visitó

un par de veces y yo interpreté el papel de la bella y formal sobrina Akari. Ella, a su vez, fue la tía elegante, la escritora que empezaba a despuntar, la que vivía un ideal que a los demás nos estaba vetado. Tardé muchísimos años en leer un libro suyo, porque pensaba que al levantar la cubierta aparecería burlona la imagen de una mujer radiante a pesar de haberme abandonado. Solo lo hice cuando Genki, mi primer novio, me leyó un fragmento de la que él denominaba su escritora favorita. Aquella prosa de azules y grises fue un bálsamo que recubrió mi ánimo apagado, como si hubiera encontrado un alma capaz de disolver su tristeza con la mía.

Ella deseaba morir, aunque han sido otros los que han destruido su cuerpo. Me lo dice el vacío que se cuele entre las páginas de sus novelas, la melancolía que aquella mujer trataba de mitigar a través de la escritura. Para mí, la muerte de Ayako Higeshiro no significa nada; son sus palabras las que me reconfortan como la madre que nunca tuve, y estas se quedarán conmigo para siempre.

Primeros pasos

Iria Iglesias

El sol navegaba entre los árboles, sin rumbo fijo, como cualquier mañana de finales de verano, acariciando con sus sombras doradas el suelo ya amarillo. Sin embargo, persistía el silencio allí donde deberían estar las melodías de la naturaleza. La sensación de que algo completamente extraordinario había ocurrido allí se dejaba sentir en las hojas y en las nubes.

El cuerpo había sido encontrado a media tarde, en las proximidades de una pequeña granja familiar. Y como la verdad todavía no se había puesto los pantalones, los rumores corrieron a esconderse en las cabezas de los lugareños: primero el cadáver era un hombre joven, después se concreto que en realidad era esa escritora extranjera, del Japón, bastante famosa según decían, aunque nadie la conociera de antes. También había discordancia de opiniones en cuanto al motivo de la muerte. Oficialmente, la policía seguía investigando y no había proporcionado datos concretos, pero se barajaban infinitas posibilidades, tales como la del rito satánico o una venganza amorosa. Pero él sabía la verdad. ¿O no? Sentado en su habitación, le daba vueltas y más vueltas a una idea de la que apenas podía ver los extremos. Tenía todas las seguridades necesarias para conseguir aclarar lo que la policía no podía ni sospechar.

Salvo una. Y era esa única razón la que hacía que no se atreviera a dar un paso fuera de su refugio. Es cierto que nadie reparaba en él. Y también era así como había ido recogiendo las distintas piezas del puzzle. Primero la verdadera identidad de la fallecida, su relación con Bárbara y por último el libro. Pero tenía miedo, porque había alguien que sí podía reconocerlo y que no dudaría en silenciarlo si tenía oportunidad. Sin embargo, contradiciendo todos los razonamientos que había desarrollado en su reclusión, se levantó y bajó las escaleras del motel, dirigiéndose con paso firme hacia el recibidor, donde esperaba el inspector de policía apoyado en la pared con actitud preocupada.

—He reflexionado. Creo que tengo la solución muy cerca, inspector—susurró él, mirando ansiosamente a todos lados, como si esperase una interrupción repentina—. A través de mis investigaciones he logrado comprobar que la teoría que rondaba por mi cabeza desde que se descubrió el cuerpo era a todas luces errónea. La verdad era completamente distinta. Desde que la vi discutir con Teddy por culpa de su relación con Bárbara algo me dijo que su estancia aquí no era solo casualidad. Pero no presté atención a ese dato hasta que esta mañana, cuando Bárbara, obviando mi presencia en el salón, se dedicó a revisar todos los libros que el día anterior la fallecida había estado ordenando. Y eso me hizo recordar su interés en colocar en orden perfecto los cojines del sofá. Y touché. Allí estaba —Mientras pronunciaba esas palabras, sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno. El inspector, tras un breve examen, le devolvió el libro. Él continuó hablando—. Un diario. En él, la fallecida había escrito sus deseos de conocer a su primera hija, que había tenido que dar en adopción. Y, como podrá imaginar, era

Bárbara. Llegados a este punto, existían tres posibles soluciones a su repentina muerte: Bárbara, movida por las ansias de vengarse de aquella madre que la había abandonado antes siquiera de saber su nombre; Teddy, a consecuencia de la reacción en contra de su relación con Bárbara y por último, algo que todavía se nos escapaba. Y ese algo lo vi claro después de....

Un ruido repentino interrumpió la conversación, seguido de unos pasos apresurados que bajaban las escaleras.

—¡Tiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiim! —gritó una estridente voz femenina—. ¡Ven ahora mismo o no tendré más remedio que castigarte! ¡Y ayuda a tu hermana Bárbara a poner la mesa ya!

Apresuradamente, el niño se dirigió a la cocina, dejando caer descuidadamente el pequeño soldadito que hacía de inspector, al lado del libro de cuentos de su hermana pequeña. En las escaleras, semiescondido, aguardaba un osito de peluche, agazapado y oculto, probablemente sorprendido en el acto de escuchar a hurtadillas la resolución del primer caso del principiante, pero no por ello menos efectivo, detective Tim.

Mi proveedora ha muerto

Tyess

.....
www.tyess.blogspot.com
.....

Todos seguían hablando de eso: en el colegio, en la televisión, en la calle... Por lo general, cuando la gente empieza a contarme como se veía el cadáver y que la policía hizo esto o aquello, me desconecto de la conversación.

Verán, desde que empecé a leer esos libros, no me interesa nada más. Pero es porque son específicos en lo que realmente me interesa: el motivo. ¿Qué me importa a mí que un desconocido esté muerto en alguna parte si no sé por qué murió? Eso es morbo inútil e insensible.

Aunque me interesaba el homicidio reciente, no me parecían muy importantes los detalles de la escena del crimen. Después de todo mi interés no se debía a que hubiera ocurrido todo tan cerca de mi casa, si no a la víctima: mi autora favorita.

Escuché tantos detalles al respecto cuando fui al colegio, que ya me parecía haber estado ahí cuando la encontraron el día anterior. Me demoré de regreso a casa, porque a cada rato me detenía uno de esos fanáticos enfermos que buscaban el parque donde había terminado una vida de maravillosas historias.

Aunque me parecía un fastidio que periodistas y

seguidores hicieran una fiesta de la muerte de la mujer que yo más admiraba, me sentí un poco identificada con los que vinieron hasta acá porque nunca habían cumplido su sueño de conocerla y, sobre todo, me reconocí en los que lloraban en silencio.

Quizá, de haber sido en otro sitio, yo habría ido.

No, no es cierto.

A dónde quería ir, era al sitio donde ella había escrito su primer libro. Es que yo también había dejado para “la próxima firma de libros” esa situación —ahora imposible— de conocerla.

Según el noticiero, la policía seguía sin tener pistas legítimas. Lo que sí tenía, era un montón de teorías falsas, muchas de ellas ridículas y otras tan elaboradas y ficticias como esos libros que habían llenado mi vida por dos años y medio.

Aún no leía su obra maestra porque según mi padre era “aún más inapropiada que los demás libros de esa mujer”. Mi tía incluso me había enviado una copia sabiendo que a mí me obsesionaba la autora, pero mi padre le devolvió el libro mucho antes de que yo pudiera verlo siquiera. Eso desencadenó una pelea horrible, pero él se salió con la suya y yo decidí que algún día me saldré con la mía.

Ahora es oficial que la pobre no escribirá un libro mejor que ese.

Lo bueno de tanta alaraca de la gente es que había especiales sobre ella en todos los canales culturales y de historia. Incluso estaba en los canales de farándula, pero

ahí sólo hablaban de su muerte y sus exnovios.

Estaba viendo uno de esos especiales mientras estudiaba. Nuevamente, yo buscaba un consenso entre mi vicio y las exigencias de mi padre.

Intenté no imaginar demasiadas teorías sobre el asesinato de una autora relativamente polémica, pero aún así fui la primera —y espero que la última— en enterarme de quién la mató.

Lo supe por algo que dijo mi padre cuando llegó a casa y se enteró de lo que yo había dejado en televisión:

—¡La mujer está muerta y tú sigues obsesionada con ella! ¿Qué voy a hacer contigo?

¿Se dan cuenta del motivo? Si yo fuera madre de una “adicta” también habría matado a su proveedor. No es lo más correcto, pero tampoco iré a la policía a acusar a mi padre por intentar protegerme de lo que no comprende.

No es que alguien fuera a creerme. No tengo evidencia ni un razonamiento lógico y claro. Pero SÉ.

Kotaku

Elena A.G.

.....
www.nihilomnisveritasest.blogspot.com.es
.....

Una vez más sentado al borde del precipicio. Abriendo y cerrando la tapa del zippo plateado que tenía entre mis manos, esperando a una puesta de sol que tardaba demasiado en llegar.

Había tardado casi cincuenta años en encontrar mi reducto de paz en aquel talud que antaño fue parte de alguna finca y que ahora no era más que eso; un desnivel que tras un muro derruido, bajaba por la ladera salvaje de la montaña para terminar en un profundo destino de aguas embravecidas, higueras y pedruscos afilados.

Y desde allí, la nada, el horizonte del valle, la calma absoluta. Como si la vida y la muerte pudieran explicarse en un sin sentido de palabras que resonaban y estallaban contra los senderos inexplicables que se dibujaban más en mi imaginación que en el paisaje real.

Había tardado tanto en conseguir hacer comunión con aquel lugar que ahora me costaba plantearme renunciar a él, pensar que todo se reducía al hecho de que ella se había ido; me partía el corazón. Pensar en como el delicado cuerpo de Yami Kotaku había sido encontrado sin vida, desangrándose en la fuente de la plaza, más que revolverme el estómago, me aterrorizaba.

Pasear por el pueblo desde entonces se había convertido en una auténtica pesadilla. Primero llegaron ellos, periodistas de todas las nacionalidades que en seguida comenzaron a avasallar a todo el mundo con un sin fin de bochornosas inquisiciones y cámaras de televisión. Y segundos después, una docena de policías, que con sus interrogatorios, uniformes y aspectos sobrios, se habían encargado de convertir la calma de nuestro discreto y remoto pueblo de montaña en un mal chiste.

De aquella mañana, tan solo recuerdo confusión. Un par de gritos horrorizados que me levantaron de la silla de la cocina y me sacaron de la casa aún con la taza hirviendo entre las manos y el café en los labios. Contemplar a través del jardín al juez de turno dando permiso para levantar el cadáver empapado y coloreado de Kotaku, chorreando de manera incomprensible, rodeado de personas uniformadas y de viandantes alerta. La mirada incrédula de Marta, mi vecina, en el jardín de su propiedad. El ruido de fondo. Los ladridos. La taza estallando contra el suelo del porche.

La noche anterior Yami Kotaku estaba viva, muy viva. Y horas después simplemente había desaparecido, con sus cosas empaquetadas en bolsas de plástico perfectamente ordenadas en dos cajas asépticas que portaba un enjuto funcionario.

La puesta de sol llegaba a su fin y pronto sería mi turno. No podía permanecer más tiempo allí, deseando poder esconderme tras aquellas montañas cómo hacía el astro rey bajo aquel cielo sangrante. Era el único que conocía el trabajo que Kotaku había estado llevando a cabo, y si ella había corrido esa clase de suerte...

El rojo anaranjado dio paso al frío morado más rápido de lo que hubiera deseado y así, en un escalofrío, guardé el mechero en el bolsillo de la chaqueta, me levanté y me dirigí de vuelta a casa.

Antes de entrar, desde el umbral de enredaderas que daba acceso al jardín, no pude evitar detenerme y observar desde allí la plaza que en cuestión de horas se había convertido en un pequeño altar en honor a Kotaku.

Una veintena de personas con libros en las manos se concentraban al rededor de la fuente, que ahora brillaba iluminada por velas dispuestas sin orden ni concierto sobre el borde de piedra húmeda. Leían sus libros con voz queda, envueltos por un peculiar halo de pérdida. Ella estaba allí, en cada contraportada, fotografiada en blanco y negro, apacible y sonriente. Verla así me hizo reaccionar, recordar cuál debía ser el siguiente paso.

Así que giré en redondo y crucé el umbral, avanzando lentamente por el camino de tierra hasta la puerta de entrada, dejando de manera consciente que esa idea que llevaba latiendo varios días bajo mi pecho fuera cobrando fuerza. Respiré hondo y antes de girar el pomo, eché un vistazo por encima del hombro, cerciorándome de que las luces de la casa de Marta estuvieran apagadas.

Tragué saliva y entré abrazando aquella idea como si no quedase nada más en el mundo.

Subí corriendo al piso superior y metí en una mochila algo de ropa, la cartera y el teléfono móvil.

Observé la habitación con ansiedad durante un par

de segundos buscando algo que pudiera implicarnos aun más a Kotaku o a mí en lo que sin duda estarían a punto de averiguar. Pero no encontré nada. Así que me eché la mochila a la espalda y corrí escaleras abajo hasta llegar a mi estudio, el pequeño y alborotado cuarto en el que nos habíamos estado reuniendo la escritora nipona y yo durante los últimos cuatro meses para perfilar su trabajo.

Sus manuscritos y apuntes, fotografías de las víctimas pre y post autopsia, los nombres de los culpables, los teléfonos de las fuentes... Toda la documentación se desplegaba sobre el escritorio componiendo un mapa de datos escabrosos a todo color. Estaba tal y cómo lo habíamos dejado la noche anterior a su muerte cuando, tras recibir aquella llamada urgente, se marchó de mi casa diciendo que continuaríamos al día siguiente.

Abrí y cerré de prisa algunos cajones del escritorio hasta que encontré el pequeño bidón de gasolina del mechero y sin piedad, rocié la mesa, saqué el encendedor de mi bolsillo y prendí uno de los numerosos documentos empapados que sobresalían del borde de la mesa.

El fuego se extendió veloz por la superficie cómo si de un virus letal se tratase y pronto, el humo comenzó a ascender de manera asfixiante.

Atravesé la casa y salí por la puerta de atrás que daba al garaje. Subí al coche, tiré la mochila en el asiento del copiloto y arranqué comprobando por el retrovisor que la humareda y las llamas se agolpaban saliendo ya por las ventanas del piso inferior.

Y así, acelerando, salí del pueblo para no volver jamás,

esperando que nunca me encontraran.

Cascabel

Luis A.R. Selgas

.....
www.universosenblanco.wordpress.com
.....

A Audrey se le hizo imposible no llorar. Se acurrucó entre las sábanas y se sumió en el dolor. Christina Athaga acababa de morir. Para Audrey había sido más que una escritora a la que representaba, era su amiga. Pero para el mundo entero era la reina del misterio. Sus libros se habían vendido en cada rincón del globo y tenía admiradores por doquier. Su más importante saga de novela negra tenía en vilo a millones de fans. La saga del asesino de la campanilla. La historia de un psicópata que asesinaba a sus víctimas dejando escuchar antes el tintineo de un cascabel. El sexto libro había vendido más de diez millones de ejemplares. No obstante todos sus seguidores se quedarían sin conocer el fantástico final que Christina tenía preparando nueve años. Todo perdido entre las llamas.

Habían ido de vacaciones a una estación de montaña. Bueno, al menos Audrey estaba de vacaciones, Christina nunca dejaba de escribir. Había cumplido 50 años, y no había dejado de anotar ideas en su cuaderno desde que salió de Japón siendo una niña. Trabajaba simultáneamente en, al menos, quince ideas de libros diferentes. Todo descrito en sus ininteligibles anotaciones. La noche anterior hablaron durante la cena, Christina estaba triste, melancólica. Cogió la copa de vino con mano temblorosa y se la bebió de un

trago.

—¿Qué te pasa Crhis, estás bien? —le había preguntado Audrey.

—He terminado el libro.

—¿Has acabado la saga? —quiso saber realmente emocionada—. ¿Ya sabes la identidad del asesino?

—Sí —respondió y una lágrima corrió por su pálida mejilla—, creo que siempre lo supe. Desde un principio era la única forma en que podía terminar todo.

—Déjame llamar al editor.

—No, la historia debe reposar un poco. Tengo el manuscrito en mi cabaña. Lo releeré la próxima semana y te diré si es definitivo.

—Está bien, tú mandas. Pero al menos dime quién es el asesino. ¿La detective Landau lo atrapa al final? ¿Sabes qué?, mejor no me digas nada.

—Oh, no te preocupes. Sabrás quién es el asesino. Era lo más natural.

Lo dejaron allí y cada una partió al lugar donde se hospedaba. Audrey lo hacía en el hotel y Christina en una cabaña. Entrada la noche, un disparo se escuchó en la lejanía y al poco rato sirenas de los bomberos de un pueblo cercano llegaron hasta la zona. Audrey llamó al móvil de Christina, pero saltó el contestador. En aquellas montañas la cobertura era pésima. Y es que cuando se está muerto es difícil contestar al teléfono. Al extinguir las llamas encontraron el cuerpo calcinado de la escritora. A su lado

una ennegrecida pistola y en su cráneo un agujero de bala.

En la prensa no dejaban de hablar de la posibilidad de que el manuscrito final de su obra hubiera ardido entre las llamas. ¿Acaso no se daban cuenta de que era una persona? Un asesino real había sesgado su vida, y les interesaba más la identidad de uno de ficción. Las noticias abrían titulado: “Una muerte digna de la dama del misterio”. Parecía una burla, pero era verdad. En sus propias novelas lo decía en palabras del asesino de la campanilla.

—¿Sabes cuál es el significado de la muerte? —preguntaba el asesino en sombras a sus víctimas.

—No quiero saberlo —respondían todos entre lágrimas.

—Encontrar la manera de convertirse en inmortal —les contestaba de todas formas, antes de darles muerte.

¿Por qué no podía escapar ella de la tumba, como lo había hecho tantas veces la detective Landau? Uno de los fabulosos planes de la protagonista para volver de la aparente muerte. Pero los asesinos de verdad dan más miedo que los de un libro. Ellos matan y las víctimas nunca regresan, por muy dramático que pudiese resultar el giro en la trama.

Audrey fue al baño a lavarse las lágrimas. Se secaba con la toalla cuando pudo oír el eco de un cascabel. Su corazón se aceleró, pero pensó que no era posible. Fue a la cama y allí estaba nuevamente, un tintineo constante al otro lado del pasillo. El ruido se desplazó por la pared y ella lo siguió hasta posarse al otro lado de su puerta. Llamaron dos veces y el cascabel dejó de sonar. Levantó el teléfono, no daba

tono y su móvil no tenía cobertura. El miedo la dominó, no quería conocer el significado de la muerte. Pasado un minuto se aventuró a abrir la puerta. Nadie se encontraba al otro lado. El pasillo en penumbra la saludaba, y unos metros más allá la llamó una campana. Se aproximó a las sombras en busca de su procedencia y cuando llegó a la escalera cesó nuevamente. No se atrevió a bajar los oscuros escalones, miles de víctimas de ficción habían perecido por cometer estupideces semejantes. Corrió a toda prisa a su cuarto y cerró la puerta con seguro.

Ahogó en su garganta un grito al ver un bulto entre las sábanas. La curiosidad pudo más que ella y las levantó. Allí estaba devolviéndole la mirada. El manuscrito del último libro de Christina Athaga.

“El significado de la muerte es conseguir la manara de convertirse en inmortal”.

Una tarde para querer olvidar

Saúl Bordes

.....

www.tusrelatos.com/autores/saulbordes

.....

Aún se podían escuchar las sirenas y las voces del gentío mientras el ocaso dejaba paso lentamente a la noche. La verde estepa que con frecuencia se podía contemplar desde colina abajo había sido teñida de la sangre de aquella escritora. Muchos niños quedaron horrorizados ante tal revuelo mientras que un padre desconsolado y su hija Ana, de tan sólo once años, apenas podían mediar palabra. La grande y protectora mano de su padre transmitía seguridad, intentaba darle el consuelo y la templanza que necesitaba aunque su cara no pudiese más que reflejar un tremendo vacío y desazón.

Estos sentimientos se vieron interrumpidos cuando un policía les espetó que se alejaran de la escena. Ana se abrazó fuertemente a su padre y juntos retrocedieron unos metros atrás. Sebastian, que así se llamaba el padre, había conocido a la fallecida durante su estancia en el pueblo. Ana fue adoptada por Sebastian a la temprana edad de seis años, había crecido con una buena educación y la fuerte figura de su padre. Sin embargo, Sebastian sabía que nadie puede sustituir el amor de una madre. Hasta que un día su destino se cruzó en los pedregosos caminos del pueblo con el de aquella escritora. Fue algo mágico. El amor y el cariño habían florecido al igual que los cerezos en primavera

tan sólo después de intercambiar algunas palabras y opiniones. Ella era escritora, él era comerciante; él tenía una hija y ella siempre había deseado formar una familia, pero la constancia y la disciplina le valieron para llegar a convertirse en una escritora de renombre, dejándola sin tiempo apenas para rehacer su vida sentimental.

Después de que las cosas se acabaran entre ella y su anterior pareja, un joven periodista quien sólo le importaba airear la vida de los demás, ella había intentado huir de todo aquello. Cuando se enteró de la existencia del pueblo, fue una oportunidad que no pudo dejar escapar. Pensaba que encontraría la tranquilidad y la inspiración que le hacían falta para su próxima novela.

De pronto unos fogonazos de luz comenzaron a iluminar el lugar, convirtiéndose en un extraño juego de brillos y luces. Eran los periodistas que se movían de un lado a otro buscando información al igual que los buitres son atraídos por la carroña. Uno de aquellos buitres consiguió atisbar a su presa: acechaba desde lejos a Sebastian y Ana y no dudó ni un segundo en acercarse a ellos. Detrás de él, media docena más de cronistas y articulistas. Comenzaron a hacer preguntas a discreción, querían conocer más, ansiaban la verdad. Ana estaba asustada y se abrazaba aún más fuerte a su padre. Este intentaba salir del paso emprendiendo la marcha colina abajo, alejándose lo más lejos posible del lugar. Ana echó la vista atrás mientras corría. Podía sentir las fuertes pisadas de los periodistas sobre el firme marchando colina abajo. Por suerte, consiguieron despistarlos.

Pronto llegaron a su habitación en un hostel que habían alquilado por treinta euros la noche. La comida no era cara

y disfrutaban de los platos típicos del lugar. La tarde dio lugar a la noche con el transcurso de las horas y, llegado el momento de ir a la cama, Ana no logró pegar ojo; la invadían los recuerdos, las noches en las que aquella mujer le había estado contando historias antes de dormir o las tardes en que ella pasaba frío y allí estaba ella para darle un fuerte abrazo y ponerle un jersey de cuello alto de lana. Eran aquellos recuerdos que con mucho cariño y angustia atesoraba en lo más profundo de su corazón.

A la mañana siguiente, la policía intentaba esclarecer los hechos. Sospechaban de un hombre al que algunos lugareños habían visto con la escritora horas antes del suceso. Nadie lo conocía, no sabían quién era, no poseía el más leve signo de identificación aunque por su acento se podía concluir que era extranjero. Lo llevaron a comisaría, lo interrogaron y después de varias horas... finalmente confesó. Confesó que había estado perdidamente enamorado de la fallecida desde el instante en que la vio. Entonces... ¿quién podía haber sido?

Los policías seguían más desconcertados pero no tardaron en atar cabos cuando el hombre advirtió de que no le dijese nada a su mujer. Rápidamente se desplazaron desde la comisaría y buscaron aquella mujer en cada recoveco del pueblo. Pero no la encontraron. Una semana más tarde su cuerpo fue hallado en un acantilado. El asesinato se le atribuyó a la mujer del despeñadero. Jamás se supo si verdaderamente lo hizo o no pero la policía declaró que el móvil del caso habían sido los celos.

.....

Escena nº 3

Treinta años tarde

Noviembre, 2012

.....

¿En qué consiste esta escena?

La escena ha de girar en torno a una carta que llega treinta años tarde. Puede ser una carta enviada en cualquier época y por cualquier persona.

A partir de ahí, el texto a desarrollar es completamente libre. La única premisa es que gire en torno a esa carta que llega treinta años tarde. Y recordad que dentro de un sobre pueden viajar muchas cosas además de las palabras.

Sopa de estrellitas

Emyl Bohin

.....

www.emylbohin.wordpress.com

.....

La rotura de la presa de Tous descubrió unos fondos que hacía años no se habían visto y cuatro húmedos cadáveres sumergidos. Demasiado caldo para tan poco hueso.

Al amanecer un helicóptero de reconocimiento los avistó e informó a Protección Civil. Sin tardar mucho, la bola llegó a nosotros.

—Gómez, deje lo que esté haciendo y vaya a Valencia han encontrado algo que le gustará. Y llévese a Soriano.

No era mal tipo Soriano, pero no lo aguantaba nadie. Su falta de tacto unida a los malos chistes lo convertía en el pesado del que todos huían.

Estaba a punto de anochecer cuando llegamos. La humedad de aquel octubre se nos metió en los huesos. El aire llevaba un tufo que empezaba a ser irrespirable, aunque no por la presencia de nuestros cuatro amigos que llevaban varios meses en remojo. A consecuencia de la riada, los cuerpos de los animales muertos empezaban a descomponerse y el olor nauseabundo se repartía por toda la zona.

Las sirenas de vehículos de emergencia inundaban el aire. Era un continuo ir y venir de ambulancias, bomberos,

policía, ejército, curiosos y periodistas. Pero todo ello sucedía más allá del agrietado muro.

A este lado yacían cuatro fiambres que nadie había echado en falta. Atados de pies y manos, cada uno con su mochila llena de piedras a la espalda, trajes en apariencia caros, no les faltaba ni la corbata ni los zapatos, pero no había documentación ni nada que pudiera ayudar a identificarlos.

—Lorenzo —dijo Soriano—, quizá sean directivos de la federación de fútbol y se los ha cargado algún aficionado por la proeza en el mundial o igual ha sido “*el naranjito*”.

Apenas había terminado su frase Soriano cuando hizo su aparición un camión-ambulancia y un *jeep* del ejército. El oficial al mando, un joven teniente al que no había visto en mi vida, se acercó y al tiempo que forzaba una sonrisa, dijo:

—El juez no vendrá hoy. Demasiado trabajo y pocos jueces. Tengo órdenes de llevar los cadáveres al hospital militar y les ruego me acompañen.

Una vez en el tanatorio militar, recibí una llamada de la Dirección General. No debía hacer preguntas, no tenían que darme explicaciones. Este caso ya no me pertenecía, tenía que abandonarlo y regresar a Madrid.

Pocos días más tarde la UCD desapareció del mapa político dando paso a la etapa socialista y con ellos la renovación de toda la cúpula policial. El caso fue archivado.

El sonido del televisor se mezcla con los gritos de la calle, han pasado treinta años y el personal celebra la segunda

Eurocopa. No sólo el ruido de la calle, hasta el murmullo de los huéspedes atraviesa las habitaciones. En esta pensión cercana a Sol las paredes son tan transparentes como la sopa de estrellitas que nos sirve la patrona.

—Lorenzo, el cartero me ha entregado esto para usted, es para ir a Correos porque tiene usted que recoger una carta, o un paquete, o algo.

—Gracias Doña Vero.

Más de quince años cenando aquí y aún sigo vivo.

No sé quién puede enviarme nada. Ni siquiera una multa de tráfico, que a mis setenta y tres años hace tiempo que dejé de conducir. Y sólo, de vez en cuando, recibo la visita de Soriano que, con los años, casi he llegado a apreciar.

A la mañana siguiente modifiqué el recorrido de mi paseo diario y me dirigí a la oficina de Correos. Esperé mi turno y entregué al empleado el aviso. Uno tras otro recorrió los tres despachos de la oficina, al salir del tercero:

—Perdone, ¿es usted Lorenzo Gómez?

—Sí.

—Venga por aquí, el director quiere hablar con usted.

El despacho era sencillo y pequeño, podía ser del director o de cualquiera. Detrás de una mesa desordenada, un hombre de unos cincuenta años inspeccionaba una carta por encima de las gafas, mostrándome su más que incipiente calva.

—No sé cómo explicarle esto, es para mí bastante

embarazoso. Llevamos varios días tratando de localizarle. Gracias a Dios que le conocen en la policía. Verá, hará cosa de dos meses apareció una carta dirigida a usted. El problema viene porque esta carta fue remitida hace treinta años. No sé cómo ha podido suceder, nadie se explica esto, pero... Si me firma usted aquí yo le hago entrega del documento.

Cogí la carta, comprobé que era mi nombre, la dirección que tenía entonces y el sello de catorce pesetas con el dibujo de Joan Miró franqueado. La fecha del matasellos era ilegible.

Guardé la carta y estuve paseando sin rumbo, por fin me decidí a abrirla.

Señor Lorenzo Gómez:

Usted a mí no me conoce pero he sabido que es el encargado de la investigación de los cadáveres aparecidos en la presa de Tous. Tengo información que puede ayudarle a resolver este extraño suceso.

El sobre

Irati Vilariño Uriarte

.....
www.elcuadernovuga.blogspot.com
.....

El sobre parecía viejo, mucho más viejo que las facturas, las revistas y las postales que solían recibir. Marco avanzó hacia la puerta de su casa, con el montón de cartas bajo el brazo y el misterioso sobre dando vueltas en sus manos y su cabeza.

Estaba dirigido a la abuela, pero ella estaba de viaje. Al principio pensó en dejarla con el resto de cartas para que la leyera cuando volviera de sus vacaciones, pero algo en el gastado sobre lo atrajo demasiado. Puede que fuera el color amarillento, puede que el amargo olor que despedía. Algo que no había sentido hasta entonces en sus diez años de vida lo impulsó a levantarse la camiseta y guardarlo debajo antes de entrar en casa.

Papá estaba en la cocina cuando entró, preparando el desayuno. Marco dejó lo que llevaba bajo el brazo sobre el microondas.

El sonido de las tostadas al saltar lo sobresaltó. Se dio la vuelta justo a tiempo para ver a Papá estirándose con gesto dramático, con un plato en su mano, para coger las tostadas antes de que cayeran al suelo. Las tostadas volaron un metro, pero fueron a caer al plato.

Papá se inclinó saludando a un público invisible, y Marco rio. Él le devolvió la sonrisa.

—¡Tenemos que arreglar esto o nos vamos a encontrar con un agujero en el techo! —Bromeó mientras comenzaba a untar las tostadas con mantequilla—. Llama a Daddy y a Lucía, que ya está el desayuno.

Marco asintió y salió disparado en busca de su hermana pequeña y su otro padre, aun riendo a carcajadas.

Daddy estaba en el cuarto de Lucía, ayudándole a vestirse.

—Papá dice que ya está el desayuno —dijo y, antes de que pudieran responderle, corrió a su habitación a dejar el sobre, que empezaba a rozarle la piel.

—¡Vale! —Escuchó la respuesta de Daddy y su hermana.

En la cocina, engulló las tostadas y los cereales. Daddy le dijo que no se atragantara. Papá aportó que una vez a él le había salido un cereal por la nariz al hacer eso. Daddy lo miró con seriedad y luego ambos rompieron a reír.

En cuanto volvió a su habitación, sacó el sobre de debajo de la cama y, con cuidado de no dejar pruebas, fue despegando su abertura.

Finalmente el papel se despegó con un sonido hueco. Un olor dormido y olvidado se asomó por la abertura. No era nauseabundo, pero era la clase de olor que invitaba a salir corriendo. El olor del mal, del peligro. Marco examinó su interior. No iba a dejar que un olor lo asustara. Se sorprendió al encontrar, junto a un papel doblado, un

trozo de tela. Al sacarlo vio que había sido blanco, pero estaba manchado de un líquido oscuro que lo volvía rígido y algo viscoso. Marco se acercó a la luz de su ventana para observarlo.

Se le escapó un grito ahogado, y luego el pañuelo se deslizó como una sombra entre sus dedos.

Marco notó que temblaba.

Sangre.

Sin molestarse en recoger la tela, abrió el sobre y extrajo la carta. Rápidamente miró la firma, buscando un culpable: “Jaime”. Eso enfureció aún más a Marco: ¡el monstruo que le había enviado eso a su abuela se llamaba como Papá! Marco leyó y volvió a leer, tratando de comprender, al tiempo que trataba de convencerse, con cada lectura, de que no había comprendido.

Lo siento mamá, pero ya no aguanto más.

Los demás chicos del internado dicen que los maricones como yo estamos mejor muertos. Creo que tienen razón.

Te envié mi sangre, que es tu sangre. El resto manchará mi habitación.

Espero que puedas perdonarme.

Tu hijo Jaime.

Sintiendo que la cabeza le ardía, Marco se arrodilló y recogió la tela manchada de sangre. La sangre de su padre.

De pronto se hizo un vacío en su mente. La intriga, el misterio... desaparecieron. La emoción que había sentido

por descubrir un secreto, por hacer una pequeña travesura, le pareció estúpida y lejana. Sintió que la vista se le nublaba. Apretó con fuerza la tela; así, sangre en una mano y tinta en la otra, bajó a la cocina.

Sus padres estaban allí, recogiendo el desayuno. Sintió sus miradas posándose en su pálida cara, y luego en las manos, que le colgaban a ambos lados del cuerpo.

Daddy se levantó, lo cogió en brazos, lo abrazó. Papá lo miraba fijamente.

Marco se sentía vacío, consciente por primera vez de que ese momento, y su familia, podían simplemente no haber existido. Hubieran quedado perdidos en la niebla si su padre hubiera acabado con todo.

Al fin Papá se levantó, cogió la carta y la tela de las manos de Marco y lo abrazó también.

—¿Qué pasó? —preguntó al fin Marco, con un hilo de voz.

—Yo entré en la habitación —Oyó que Daddy susurraba en su oído.

Sintió la sonrisa, ligera como una pluma, de Papá en su mejilla.

La reliquia

Giriel S. Jaimes

.....

.....

Llegué a esta casa hace casi diez años y desde entonces la he remodelado por todos sus costados, desde el piso hasta el techo, desde la puerta de entrada hasta el patio trasero, pero nunca había tocado el jardín.

Muy claro me lo había dejado el anterior dueño cuando la compré. Era un viejo maniático y algo demente, pero nutrido de conocimientos antiguos y con una mente muy activa. Ahora hoy no sé si el demente soy yo.

Después de retirarme de la compañía para descansar y disfrutar de mi casa campestre, decidí, luego de tantos años, renovar el jardín de plantas marchitas y ancianas, a pesar de aquella extrema petición del señor Manuel. Nunca entendí por qué tanta fijación por ese jardín enmarañado, sin embargo no tuve la osadía de irrumpir en él hasta ahora.

Decidí que era una de sus absurdas obsesiones y empecé a desenterrar la maleza cuando me encontré con un objeto que parecía un pequeño medallón con incrustaciones de amatista. Me extrañó la pieza extraviada allí, la guardé y continué la labor. Pero lo que activó mi curiosidad fue un siguiente objeto: una moneda antigua de plata, con símbolos desconocidos.

“¿Será algún tipo de brujería?”, pensé. Mas no soy dado a creer en ese tipo de cosas y tampoco me imaginaba un Manuel tan supersticioso. Entonces me dispuse a revolver todo el jardín en busca de alguna reliquia o algo más de valor, hasta que me topé con una cajita metálica sellada por el óxido. La adrenalina empezó a invadirme por completo y, con extrema inquietud, corrí a buscar con qué abrirla.

Me encontré con un sobre sellado y bastante añejo dirigido a un tal Vicente. Dudoso, lo abrí y descubrí una llave de cerradura antigua y una carta cuya fecha era de hace treinta años y daba indicaciones sobre un lugar oculto en dirección a la montaña, por detrás de la casa. Seguido de admiraciones y viejos recuerdos, leí lo siguiente:

“Como ya sabes, mi fascinación por las cosas antiguas no basta para exhibirlas en paredes y muebles, también guardo secretos bajo llave. Debes seguir estas instrucciones para encontrarte conmigo. Nuestra última aventura.”

Luego estaban las citadas instrucciones en un papel anexo.

Me sentí confundido al terminar de leer; Manuel falleció hace cerca de ocho años, la carta fue escrita hace tres décadas, firmada por él y dirigida a un desconocido. Tengo claro los nombres de sus hijos y ninguno se llama Vicente. Por un buen rato me senté absorto tratando de entender qué era lo que tenía en mis manos. No me molesté en buscar más objetos en el jardín porque el elemento principal estaba camino a la montaña. ¿Quién podría ser el destinatario? ¿Qué habría en ese lugar secreto, si es que existía? Tal vez él mismo había recogido lo que guardaba

allí antes de entregarme la casa. Entonces relacioné lo que me había pedido con énfasis: “No toques el jardín”.

La noche fue muy inquieta, no pude dormir bien con la ansiedad que me acechaba y al final decidí que lo aceptaría como una aventura. Me levanté con el alba y preparé un bolso con algunas cosas de tipo excursionista. No quería que alguien apareciera de repente y tener que dar explicaciones falsas, así que anduve con cautela. Me tomó dos horas llegar hasta un espeso bosquecillo de pinos donde algunos estaban marcados con un tallado verde, dibujando símbolos que me guiaban hasta una colina con apariencia de túmulo, indicado en el papel como “Cama del Muerto”. Realmente estaba cuestionando lo que encontraría en aquel lugar, tal vez ni siquiera sería un objeto de valor. ¿A dónde me estaba llevando la mente perturbada del viejo Manuel? ¿A mi propia demencia?

Debía girar alrededor de la colina cierto número de pasos para buscar una roca con una marca en especial y al final la encontré. Era el fin del recorrido, por lo tanto moví la roca y, aunque me llevó tiempo, allí estaba el agujero, protegido por un manto elaborado de ramas. Era profundo y mi cuerpo cupo perfectamente, pero dentro debía estar agachado.

A la luz de mi linterna, pude descubrir una serie de magníficas cruces muy antiguas labradas en diferentes metales, desde el bronce hasta el oro, y al fondo del agujero, un cofre barroco entre dos cáliz de oro. Mis palpitaciones parecían hacer vibrar el escondite mientras acercaba la llave a la ranura de ese impresionante cofre... Giré, abrió y lo que mis ojos vieron es lo que nunca borraré mi mente:

un cráneo y huesos humanos debajo de una tarjeta no muy envejecida que decía “Te dije que no lo tocaras”.

El constructor de violines

David Ballester Mena

.....
www.davidballestermena.blogspot.com.es
.....

Jarek Melnyk trabajaba la madera de arce con el mismo amor con el que habría acunado a sus hijos, si los hubiese tenido, o habría abrazado a su esposa, si ella siguiese a su lado. A sus más de sesenta años seguía conservando el temple y la fuerza para moldear y encolar, lijar y dar forma. Trabajaba cada mañana con dedicación, concentrado en su arte. Las pocas veces que se permitía un respiro salía de su taller para observar las verdes colinas y los valles boscosos atravesados por riachuelos de agua fresca y caminos de tierra. El edén del norte.

Muy de vez en cuando, el famoso constructor de violines Jarek Melnyk se abandonaba al recuerdo de cómo había sido su vida antes de aquel retiro, antes de encerrarse en su torre de marfil. Siempre era de noche cuando la nostalgia le asaltaba, envuelta en sus ropajes de *bourbon* y humo. Jarek abría el viejo baúl a los pies de su cama y sacaba un estuche negro en el que reposaba el fantasma de su pasado, un violín gastado que olía a tiempos pretéritos, a éxito y promesas, a veladas de vino y risas que se deshicieron entre sus dedos. Con aquel violín, el viejo Jarek salía a la fresca noche y hacía de los pinos y las estrellas su auditorio. Sus manos recordaban, y el arco volaba sobre las cuerdas dejando que sus dedos esculpiesen formas en el mismo aire,

invocando imágenes en su mente, bellas en su abstracción, indistinguibles al tratar de atraparlas en un pensamiento, promesas de claridad y hermosura al dejarlas escapar.

Una mañana llegó Nichole acompañada de un leve aroma a lavanda. La joven Nichole, tan hermosa, tan frágil, enamorada del arte del viejo constructor de violines, del músico que fuese hace años. Enamorada del corazón roto del señor Melnyk y de sus silencios cargados de palabras.

—Le traigo el correo —dijo al salir de la cocina con una taza de té en la mano—. Llamaron preguntando por su último encargo. No he sabido qué decir...

—Que esperen —dijo Jarek. Tomó la taza de té que Nichole le tendía y dio un sorbo—. Muchas gracias. ¿Algo interesante? —preguntó señalando el puñado de cartas.

—Algunas facturas, cartas del banco. —Nichole pasaba los sobres uno tras otro—. Umm... esta es personal. Tenga.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Jarek tras examinar el sobre.

—No lo sé. Venía con las demás. ¿Qué ocurre?

—¿Te importaría dejarme solo?

Cuando Nichole se hubo marchado, Jarek se dejó caer sobre un banco junto a la mesa de trabajo. Abrió el sobre y extrajo el papel, viejo y amarillento.

“Querido Jarek,

Que el silencio no te atrape. Que no sean mis manos la que acallen el don que reside en las tuyas, por exigirte

demasiado, por pretender de ti lo que no puedes darme. Tenía que elegir, Jarek, entre tenerte a ti, marchito y odiándome por haberte obligado a abandonar tu pasión, o dejarte ir y observarte en secreto desde el palco, conformarme con el amor que tu violín hace sentir, saber que haces lo que amas. No puedo relegarte al silencio, Jarek. Debes entregarte a tu música.”

Nichole supo que algo no andaba bien con el señor Melnyk y aquella noche le hizo una visita después de la cena. Lo encontró derrumbado en un sillón, casi a oscuras, con la carta tirada sobre la mesa.

—Treinta años tarde —dijo Jarek, sin mirarla siquiera—. Esa carta tuve que haberla recibido hace treinta años, antes de salir al escenario por última vez.

Nichole tomó la carta y la leyó, sentándose frente al viejo violinista.

—Pensé que me había dejado porque no me amaba, porque odiaba la persona en que me había convertido. Por eso abandoné los escenarios. Por eso vine a parar aquí. Pensé que me había quedado solo.

—Ella le amaba —dijo Nichole, hablando entre susurros.

—Eso parece. —La sonrisa del señor Melnyk parecía cansada. Se levantó sin decir palabra y salió de la habitación.

Nichole acarició la carta, sintiendo el frío que emanaba de ella. Imaginó a una señora de piel cobriza y gastada encontrando el sobre en el cajón de una mesilla olvidada en una casa recién comprada, u oculto entre las páginas de un libro ajado que había ido a comprar por casualidad en una

librería de viejo con olor a carcoma y a misterio. Imaginó a la mujer tomando la carta con dulzura y curiosidad, sintiéndose como una niña que se asoma a la ventana de una casa que no es la suya y roba una escena íntima y secreta de la vida de otros. Quizá después enviase la carta para dejar que aquel barquito encallado en la orilla del tiempo siguiese su curso. Quizá soñase aún, imaginando la sorpresa de quien la recibiese treinta años más tarde.

Jarek Melnyk volvió junto a Nichole con su antiguo violín

—Permíteme —dijo, tomando la carta de manos de Nichole. Con suaves movimientos, dobló el papel, y lo introdujo a través de una de las efes del violín—. Ahora estará donde pertenece.

—¿Le gustaría tocar algo para mí? —preguntó Nichole.

—Sí —dijo Jarek, con lágrimas en los ojos y una sonrisa. Antes de hacerlo, alzó su vaso lleno de *bourbon*—. Por mi otra vida.

.....

Escena nº 4

El aeropuerto

Diciembre, 2012

.....

¿En qué consiste esta escena?

Para participar en esta edición del taller había que elaborar un relato enmarcado en el siguiente escenario y emplear a al menos uno de los personajes propuestos como protagonista o como secundario.

El escenario es un aeropuerto en la víspera de Navidad. Hay bastante movimiento de viajeros que comienzan sus vacaciones o regresan a casa por estas fechas. Hay también algún retraso y un par de vuelos cancelados. Entre los pasajeros que aguardan, nos llaman la atención:

Diego: joven estudiante que viene de un país extranjero y está en ese aeropuerto de paso. Acaba de bajarse de un avión y tiene que subirse a otro para llegar a casa, pero acaban de cancelarle el vuelo y no tiene muchas opciones salvo quedarse a dormir en el aeropuerto.

Milagros y Teresa: dos monjas que viajaban a pasar las fiestas con sus familias. Su avión acaba de ser cancelado e intentan convencer a Diego (el estudiante) para que las acompañe de vuelta al convento. No quieren que pase la noche solo en ese lugar.

Matías: un hombre de 75 años que viaja a casa de su hija para pasar allí las fiestas. Le preocupa el retraso. No quiere pasar la que podría ser su última Navidad en un aeropuerto. Se pasa todo el tiempo pendiente del teléfono (en comunicación con su hija) y pendiente de cualquier información que ofrezca la compañía aérea.

Andrés: un carterista que intenta tomar un vuelo para alejarse de esa ciudad lo más rápido posible, ya que le

buscan un par de matones a causa de sus deudas de juego.

.....

Escena nº 5

Entre bastidores

Enero, 2013

.....

¿En qué consiste esta escena?

En la edición de este mes la acción de los textos tiene que ocurrir en un teatro. No hay restricciones ni de personajes ni de tema. El único requisito es que uno de los personajes ha de guardar un secreto.

Un teatro y un secreto. Esas son las premisas. Nuestro consejo para desarrollar el texto era crera una pequeña lista con unas cinco respuestas a las siguientes preguntas:

¿Quién guarda un secreto en ese teatro y por qué? ¿Qué secreto es? A partir de esas cuestiones, hay que anotar cualquier respuesta que se nos ocurra y luego elegir aquélla que nos resulte más sugerente para contar una historia.

Noche en La Fenice

Almudena Fuertes

.....

.....

9 de Marzo de 1844.

Noche de estreno en el Teatro de la Opera “La Fenice”,
Venecia.

Lo más granado de la aristocracia europea está allí, los
observa entre bambalinas, amparada en la oscuridad.

La tranquiliza ver sin ser vista.

Todos esos mamarrachos cubiertos de sedas, encajes y
terciopelos, tan pagados de sí mismos como dispuestos a
despellejarla si comete el mínimo error.

Sin embargo, solo le interesa impresionar a una persona.
Sabe que acudirá esa noche, pero su palco sigue vacío. Le
gusta hacerse desear.

Escucha el aviso que la reclama, debe ir a su camerino.
Transformarse en otra, eso se le da muy bien, es lo que lleva
haciendo la mayor parte de su vida.

Es su noche, se juega incluso más que el maestro Verdi.
Puede que ella no sea la protagonista absoluta de “Ernani”
pero su actuación es la que más expectación ha despertado.

Todos quieren comprobar si es cierto lo que se dice de

ella, que es una soprano que marcará época, que opacará a todas las *prime donne* del momento.

Si bien algún purista ha creído notar ciertas faltas en su técnica, la belleza de su voz, su presencia y sobretodo su pasión en el escenario han extasiado a todos los que la han visto actuar.

El misterio sobre su persona solo ha logrado encumbrarla más, todos desean verla en persona.

Se rumorea que es la hija ilegítima de un noble inglés y una cortesana española, pero nadie puede dar nombres, ni asegurar los colegios en los que se educó, o los profesores que la ayudaron a pulir su exquisita voz.

Ella misma se ha encargado de alimentar el misterio.

Ni siquiera el nombre que aparece en los carteles es el que le puso su madre, ni el apellido que figura impreso y va de boca en boca es el de su padre.

Por eso logra meterse dentro del alma de sus personajes, porque ella misma no tiene ni nombre ni pasado.

Nadie de su familia hubiera soñado con entrar en un sitio así, si pudieran verla ahora...

Con la primera nota del aria inicial de “Elvira” la Opera enmudece, nota la emoción del público, sabe que son suyos.

Pero la soprano del momento, la gran triunfadora de la noche, solo tiene ojos para un palco. En él clava su penetrante mirada mientras sostiene las notas con aparente facilidad.

El Conde, inclinado hacia delante en su butaca, ignora a sus invitados, permanece prendido a la mirada de la *prima donna*, que por alguna razón parece haberlo elegido a él de entre todos sus admiradores. No podía esperarse menos de un hombre con su reputación.

El teatro amenaza con caerse ante los aplausos. Lo siente vibrar bajo sus pies incluso desde su camerino atestado de flores y regalos. Pero no siente ninguna emoción, solo finge.

Es como si el éxito no tuviera nada que ver con ella, solo puede pensar en una cosa.

Ni siquiera la ha reconocido y eso que ha podido estudiarla a su antojo, que le ha mantenido la mirada como el seductor que se cree que es.

Y ahí está lo que esperaba, un inmenso ramo de flores y una nota en la que le suplica que cene con él.

Casi puede saborear el delicioso sabor de la venganza.

¿Tampoco la reconocerá cuando estén tan cerca? Cara a cara, mirándose a los ojos, ella no ha podido olvidar esos ojos grises que entonces le parecieron terroríficos.

Pero solo fue una de tantas para él, esto se lo confirma.

Han pasado once años desde su primer encuentro.

Ella solo era una huérfana española de doce años a la que él alquiló como si fuera un animal, solo la diversión de unas horas.

Una diversión que casi logra matarla, que le destrozó no solo el cuerpo sino también el alma.

Gracias a él arrastra un alma rota que no la deja olvidar.

Pero ahí está, es otra, una Diva de la Ópera con un secreto. Un secreto tan monstruoso que le ha dado fuerzas para vivir y trabajar sin descanso durante años, hasta llegar a esa noche.

El destino puso en su camino a ese degenerado, pero también le había dado su voz, su arma. Su voz, lo único que tiene en la vida, la había conducido a otro hombre que le había enseñado a usarla, a crear un personaje que la protegiera y sacara de la inmundicia a la que estaba destinada.

Era la noche definitiva, se encontraba de nuevo ante el monstruo.

Todos los que abarrotan el Teatro esa noche son como él, la clase privilegiada, viven al margen de la Justicia, juegan con la vida de los demás, saben que no habrá consecuencias.

Pero el Conde no va a tener tanta suerte, ella será la Justicia.

Por ella misma y por las niñas que seguramente hubo antes y después, al menos él no volverá a hacerle daño a nadie.

Su venganza será lenta, concienzuda y saldrá de ella indemne, tal y como han hecho ellos, los ricos, siempre.

Le ha costado mucho pero ahora pertenece a su mundo, ahora ella también está por encima del bien y el mal.

Lleva demasiados años observando, planeándolo todo como para fallar.

The Wound

Moona

.....
www.moonanet.blogspot.com
.....

Allí está Nadia, esperándome a la puerta del teatro. ¡Qué bonita es! La veo de lejos, atenta al móvil, seguramente a punto de llamarme a causa de mi demora. Siempre soy puntual, pero hoy el tráfico estaba imposible. Cruzo la calle a grandes zancadas y la sorprendo por detrás.

—Hola, princesa —digo besándola—. Perdona el retraso.

Me devuelve el beso fugazmente, aún sobresaltada, y bajando la vista al móvil algo azorada, lo guarda rápidamente en el bolso.

—No pasa nada —dice sonriendo y sonrojándose, al tiempo que me muestra las entradas—. ¿Vamos dentro?

La sigo, admirándola embobado. Aún no me creo la suerte que he tenido de conocerla. Llevamos juntos unos meses y esta noche le pediré que se venga a vivir conmigo. Creo que ni se lo imagina, pero en las dos últimas semanas nos hemos visto muy poco y ello me ha hecho darme cuenta de que quiero verla cada día. Yo no soy mucho de teatro, la verdad, pero ella lo adora y, cuando propuso el plan, acepté sin dudarle. ¡Deseo tanto hacerla feliz!

Nuestros asientos están centrados, en la quinta fila. ¡Vaya! ¡Esto es tener mala suerte! Se acaba de desbordar

en el asiento de mi lado un tío enorme. Ha hecho suyo el reposabrazos casi sin querer. Aunque, bueno, bien mirado, ello me permite acercarme más a Nadia. Está preciosa. Me habla, contándome su semana, y a veces se me va el hilo de la conversación, porque me pierdo alelado en sus ojos, imaginando qué dirá a mi proposición. Estoy nervioso, la verdad. Me sudan las manos. Odio que me suden las manos. Creo que nos apañaremos en mi apartamento, aunque el suyo es algo más grande. Si es necesario, me traslado. Lo importante es estar juntos.

Se atenúan las luces y los murmullos de las conversaciones. Está a punto de empezar. Silencio. Se abre el telón. Todos los ojos fijos en el escenario.

La obra avanza. Trata de una pareja en crisis. Ella sospecha que él es infiel. Ha contratado a un detective para asegurarse. Él, en efecto, se ha liado con su cuñada —una actriz realmente guapa—. A su mujer se le va la olla, está un tanto desequilibrada y ha estado internada un tiempo. ¡Qué bien lo hace la tía! Tiene cambios de humor, sin venir a cuento, y es posesiva y celosa. Mi Nadia no es celosa. En absoluto. Nunca me pide explicaciones de dónde voy o qué hago cuando no estoy con ella. Ni yo a ella. De todas formas, tampoco no le he dado motivos para serlo. Mírala, ¡qué guapa está! No quita ojo del escenario. Yo estoy medio en escorzo, porque el de la izquierda no hace más que darme con el codo, y el tío ni se inmuta por las miraditas y gestos de fastidio que le lanzo. ¿Cómo puede estar tan gordo siendo tan inquieto?

La verdad es que todos los actores lo hacen muy creíble. ¿Quién me iba a decir a mí que me iba a enganchar? Aquí

me tienes, atento a cada palabra. Y es que esto es más cercano que el cine. El directo es el directo, sin duda. ¡Ay, pobre! Él está entre las cuerdas. En plena cena, su mujer le acusa de infidelidad y le tira a la cara las fotos en las que aparece con su hermana.

—¡Y en nuestra cama, Javier! —grita dolida.

—¡Cálmate, Elena! —dice intentando tranquilizarla—. Hablemos civilizadamente.

Ella está como loca y le pregunta insistentemente qué siente por ella. Él intenta zafarse, pero ella no cede. Nadia está muy atenta, con sus grandes ojos verdes muy abiertos. Se ve todo tan cerca que es fácil sumirse de lleno en la obra. En el escenario, él va a confesar y se gira hacia el público.

—No fue premeditado, Elena. Surgió sin darnos cuenta. Es la verdad.

—¡Qué fácil mientras la pobrecita está loca y no se entera! —grita ella fuera de sí—. ¿La quieres, Javier, o es un pasatiempo? Dime que no es nada —implora—. No me dejes, ¡por favor! ¡No puedes hacerme esto! —suplica ella, llorando desesperada.

—La quiero —dice él con la mirada baja—. Ha entrado en mi vida y no sé cómo ha sucedido, pero todo ha cambiado. La amo —prosigue con mucha calma, alzando sus sinceros ojos azules, que se clavan en nuestra fila—. La amo.

¿Por qué mira nuestra fila? Se lo llevo notando hace un rato. Debe darle seguridad, tal vez. Pero, ¿por qué mira a Nadia tan insistentemente? Me vuelvo hacia ella, a ver si también lo ha notado. Tiene los ojos colgados de los de él, la

sonrisa en su boca, entreabierta. Está... abducida. Los gritos de la actriz en el escenario me sacan momentáneamente de mis miedos.

—Está aquí, ¿verdad? Está entre el público. ¡Lo sabía! —dice gritando—. ¡Dime quién es! —chilla, mirando alternativamente al actor y al público, intentando descubrir.

El actor se gira, asustado. Intuyo que eso no estaba en el guión. El público también parece notarlo. Hay cierto clamor y nerviosismo. Nadia está asustada, revuelta y agitada en su asiento. Su grito y carrera hacia el escenario me arrancan de mi ensimismamiento. La actriz, completamente ida, tiene en sus manos un cuchillo sangriento, y se intenta zafar de la que interpreta a su hermana, que intenta retenerla como puede. El actor, de rodillas al borde del escenario, se lleva las manos al vientre, donde una mancha de sangre se extiende por su camisa. Todo es caos. El público grita. Nadia está al borde del escenario, junto a él, pidiendo ayuda, descompuesta, intentando abrazarle.

Me ahogo. Estoy aturdido. Necesito aire fresco desesperadamente. Me abro paso entre el público y salgo de allí, boqueando.

La noche se llena de sirenas de policía y aparca una ambulancia. Casi me arrollan al abrirse paso para entrar al teatro, pero no ven mi herida. Es mucho más interna.

Bajo las tablas

Gabriela Andrade

.....

.....

A veces me persiguen, como sombras. Me cuesta librarme de ellos y pierdo el control; se adhieren a mi piel como el bochorno de una tarde de verano. Por eso he intentado escoger siempre papeles sencillos. Héroes, galanes, hombres justos, inocentes... Ya sabes. Pero uno tiene una edad y no siempre es fácil tratar con las críticas, ¿comprendes? Yo también tengo mis sueños.

Este papel era una golosina. Sí, una golosina. Un regalo. Así se lo he escuchado llamar muchas veces a mis compañeros de profesión, pero no lo comprendí realmente hasta que no leí la obra. Es un papel fantástico, un sueño. No creas que resulta fácil, ¿eh? En absoluto. Es un papel muy complicado. Muy duro. Pero merece la pena. Así que supongo que el precio a pagar no es tan alto después de todo.

No, no me mires así. Ya sé que ahora mismo no estás de acuerdo, pero no debes comportarte de un modo tan egoísta. ¿Qué significa una vida humana si la comparas con la inmensidad del arte? Siéntete un ser afortunado porque vas a sacrificarte en aras de algo muy superior a nosotros.

No llores. ¡Basta! Lo estás estropeando. ¿Es que no te das cuenta? Lo sé, lo sé. Desde tu punto de vista, ahora mismo parece una faena, pero así son las cosas. Podría decirte que

va a ser rápido, pero no es cierto. Tiene que ser lento. Tienes que sufrir para que yo pueda disfrutarlo. Para que él pueda disfrutarlo. Mi papel. Así es como él mata, ¿comprendes? Y yo tengo que dejarme llevar por él para darle forma.

¡Oh, vaya! ¿Oyes eso? El público ya está entrando. Has tenido suerte después de todo. Va a tener que ser rápido. He de apresurarme para regresar al camerino antes de que acudan a llamarme. Después de todo, lo hacemos por ellos. Empecemos.

.....

Escena nº 6

Un carnaval de miedo

Febrero, 2013

.....

¿En qué consiste esta escena?

La historia (o una parte, por lo menos) ha de ocurrir durante un carnaval o una fiesta de disfraces. Además, debe haber un personaje que tenga miedo de algo, por los motivos que sea.

El género y el tono, sin embargo, no están limitados al terror. La historia puede ser suspense, de amor, de humor, dramática... Lo que más os apetezca.

Anacrofobia

Eunice Espejo

.....
www.kimerasdelfuturo.blogspot.com
.....

Llegaba media hora tarde. Will daba una fiesta y había decidido ser original; elegiría él lo que debíamos ponernos cada uno. A mí me había tocado ir de astronauta. Era un disfraz interesante a la par que difícil de fabricar. Me había vuelto loco para hacer un disfraz decente, pero estaba orgulloso del resultado.

Desde fuera podía oírse la música. Llamé al timbre y esperé. Poco después, un robot, que intuía era mi amigo, me abrió la puerta.

—¡Pensaba que ya no vendrías! Estaba a punto de llamarte.

—Lo sé, lo siento. Ha sido culpa del disfraz. Demasiado complicado de poner.

Pasé lentamente por la puerta y sentí una inquietud creciente. No sabía porqué era, pero no me gustaba. Todo estaba muy oscuro. La música electrónica retumbaba en el suelo y las puertas parecían pintadas como si se trataran de escotillas de un submarino.

—Se nota que te has currado la decoración —dije a Will gritando para que mi voz se oyera.

—Lo sé. Y todavía te queda lo mejor.

Mi inquietud crecía y crecía estando cada vez más cerca de cambiar su nombre por ansiedad. ¿Qué había allí que me hacía sentirme tan inseguro? Will abrió la puerta del comedor y mi pregunta encontró respuesta. Era una fiesta temática. El tema: el futuro.

No podía respirar. Me mareaba, necesitaba sentarme. Me aparté a duras penas de la puerta y me senté en los escalones. Me quité el casco rápidamente y pegué una buena bocanada de aire.

—¿Te encuentras bien?

—No. Creo que me voy a ir. No puedo estar aquí.

—¿Qué tontería estás diciendo? ¿Por qué te vas a ir?

—No puedo explicártelo.

—No te oigo nada. ¿Que no qué?

Acompañé a Will a la planta superior y entramos en su cuarto. Allí sí se podía mantener una conversación a un volumen normal.

—En serio, si te lo cuento te reirás de mí.

—Te prometo que no me reiré. Cuéntamelo.

—Tengo anacrofobia.

—¿Que tienes qué?

—Anacrofobia, miedo a los viajes en el tiempo. Y tú vas y me preparas una fiesta en la que parece que hemos viajado

mil años al futuro.

—¿Anacrofobia? Ni sabía que eso existía. Pero los viajes en el tiempo son algo imposible, sólo teoría. Baja conmigo y disfruta de la fiesta. En cuanto te pongas a hablar con los demás, te olvidarás de los trajes y el decorado.

Bajamos al epicentro de la fiesta. No podía aguantarlo, pero tenía que seguir allí. Sería una buena terapia de choque.

—Mira —gritó Will en mi oreja—, aquella chica vestida de alienígena parece interesante. Vete y habla con ella. Seguro que después de saludarla se te olvida que tienes esa cosa.

Me acerqué intentando no mirar a mi alrededor y centrándome sólo en la copa que la chica sujetaba en la mano.

—Hola, me llamo Brian.

—¡Ooh! ¡Un cosmonauta! Es justo lo que estaba esperando. ¿Te gusta navegar por el espacio?

Vaya. La chica se había metido en el papel. Si no dejaba de hablarme como si fuera un auténtico astronauta no podría estar allí mucho más. Aún así, no quería ser grosero con ella.

—Sí, es fantástico. Conozco muchas razas alienígenas pero hasta ahora ninguna tan atractiva como tú.

—Que pena que nuestras especies no puedan mezclarse...

La respuesta me hizo reír. Había sido un no en toda regla.

Por un segundo me olvidé de mi fobia. Pero mi reacción la dejó paralizada. No esperaba que me riera. ¿Acaso no era un chiste?

—Perdón. A lo mejor mi reacción ha sido exagerada. La verdad es que me gustaría charlar contigo. Pareces simpática.

—Entonces tengo la solución. Pero tendrías que venir conmigo.

—¿Ir contigo? ¿A donde?

—A mi casa. Aquí no estoy cómoda y allí seguro que podemos hacer algo para que tu especie y la mía sean compatibles. Pero sólo si quieres venir, puede que a lo mejor no estés preparado.

—¿Vives muy lejos?

—No demasiado. Unos cientos de años.

Comencé a sonreír pero un click sonó en mi cabeza. Mi sonrisa quedó congelada cuando vi que ella no sonreía. Ni siquiera parecía que estuviese bromeando. ¿Era cierto? ¿Vivía en otra época distanciada de la mía “unos cientos de años”? Entré en pánico y me quedé paralizado. En ese estado, observé como ella me agarraba, llevaba su pulsera hacia la boca y sus labios susurraban: “Viajar al año 2326”.

Noté un vacío y lo supe. Mis pesadillas se hacían realidad.

Una mala experiencia

Chemarri

.....
www.elblogdechemarri.com
.....

Estaba convencido de que aquel lugar era el infierno. Y era más espantoso aún de lo que jamás había imaginado. Peor aún de lo que le contaron de niño en aquel colegio católico donde tan mal lo había pasado. La rectitud y severidad de los clérigos era dura de soportar, pero sus historias sobre el infierno para los pecadores siempre le habían parecido “cuentos de terror” para asustar a los niños. Cuan equivocado estaba, ahora lo sabía. Lo que no comprendía era que hubiera sido tan “malo” en la vida como para estar ahora allí. Estaba aterrado, sentía realmente lo que era el miedo. Un miedo atroz al ver como un desfile de espantosas criaturas pasaban ante él...cada vez más cerca.

Algunas dejaban entrever que alguna vez habían sido personas, pero ahora estaban totalmente demacradas. Unos llevaban su propia cabeza en una mano mientras arrastraban un cuerpo que parecía que le habían arrancado la piel a tiras. Otras tenían aspecto de mujer, pero con el cuerpo ensangrentado; apenas unos asquerosos jirones de tela putrefacta por ropa y un rostro que era la viva imagen del terror. Incluso vio pequeñas y espantosas criaturas que bien pudieron haber sido niños algún día, con caras con enormes bocas de dientes afilados y las cuencas de los ojos vacías. Esqueletos andantes portando enormes guadañas

mientras reían fantasmagóricamente, encapuchados con sotanas teñidas en sangre arrastrando cadenas, terribles monstruos con la caras deformadas, con enormes narices llenas de cicatrices, asquerosas verrugas y demás signos horripilantes... Todo un repertorio de un repugnante y nauseabundo desfile de lo que fueran aquellas cosas.

Permanecía inmóvil, incapaz de moverse paralizado por el miedo, pensando en cómo y cuándo se convertiría él en una de esas criaturas horribles cuando, de entre ellos, surgió una figura corpulenta que avanzaba hacia él.

Lo reconoció rápidamente. Alto, de aspecto fuerte, con un traje de una sola pieza de color rojo intenso, escoltado por una gran capa de cuello alto del mismo color sangriento que dejaba ver como se arrastraba lo que parecía una cola de animal. Su rostro parecía hecho de fuego, con malvados ojos negros, orejas puntiagudas y de su cabeza, con pelo también negro y liso, le brotaban dos pequeños y siniestros cuernos. Portaba además un enorme y afilado tridente manchado de sangre. No tenía duda. Era el mismísimo Lucifer, que venía a buscarle para que pasara una espeluznante eternidad a su servicio. Estaba seguro de que era el fin.

Se le acercó y, mientras le sujetaba una mano, con la otra le empezó a dar suaves palmadas en el rostro. No entendía nada de lo que estaba haciendo hasta que, de pronto, recobró sorprendido y asustado el conocimiento.

—Eh, señor, ¿se encuentra bien? Se ha llevado usted un buen golpe. Menudo susto nos ha dado —le dijo.

Miró a su alrededor y empezó a recordar. Circulaba con su coche cuando tuvo que dar un brusco giro de volante para

esquivar a un perro que se le había cruzado de improviso. Perdió el control y el coche quedó volcado en la calzada. A partir de ahí ya no recordaba que ocurrió, pero suponía que la gente lo sacó del coche y lo puso donde se encontraba entonces, sentado junto a un árbol cercano. Se formó un gran revuelo de gente junto a él que ahora veía claramente que iban disfrazados grotescamente, como correspondía a la noche de Halloween que se estaba celebrando en esas fechas.

Comprendió que ese era el motivo por el que su subconsciente le había hecho pasar por aquella espantosa pesadilla. Contento por tener “solo” quizá algún hueso roto, miró al hombre disfrazado de diablo que se preocupaba por él, le sonrió y le respondió aliviado:

—Estoy bien.

Pasillo francés

Isabel Rodríguez Sanz

.....

.....

El vaho que generó la reciente ducha no le impedía descubrirse desnudo ante el espejo. Esa noche por fin conocería el nuevo local. Por fin caras nuevas.

Se dirigió al vestidor, donde había dejado preparado el disfraz con todos los complementos. Ella, vestida, observaba con admiración cómo se enfundaba cada prenda.

Sobre una de las cómodas esperaban dos máscaras venecianas.

El taxi les dejó en la misma puerta. La discreción era su más fiel aliada y no era el día ni el lugar para hacer una excepción.

Se colocaron en la barra, desde allí divisarían mejor el ambiente.

—¿Crees que ha sido buena idea estrenarnos aquí el día en que hay fiesta de máscaras? Va a ser un poco difícil establecer contacto visual así.

—Que sí, mujer. Relájate y disfruta. No te hagas la nueva.

Una risa condescendiente sucedió al primer y largo sorbo de la cerveza. Era el mejor.

La camarera deslizó hasta la pareja un papel doblado por la mitad.

—No puedo revelarles el remitente —dijo.

«Tú y yo y ella con él. La primera sala después del pasillo francés».

Tras una mirada mutua de confirmación, apuraron las cervezas y se encaminaron. La pista de baile precedía al pasillo en cuestión. No evitaron detenerse unos instantes en los atractivos agujeros. Ambas paredes filtraban pequeños haces de luz que junto con la música, se convertían en un fuerte reclamo para unos ojos ávidos de imágenes renovadas.

Más adelante, en un lateral, una salita se abría paso. La decoración, minimalista y certera, la completaban otros dos enmascarados.

—Veo que habéis recibido la nota —dijo una voz femenina y sonriente.

—Espero que también os quedéis —dijo su acompañante.

—Y nosotros que la curiosidad no mate al gato.

Los cuatro rieron exageradamente.

Una copa llevó a otra, y otra dio paso a las risas, con las risas vinieron los intercambios de sofá y con ellos las primeras caricias furtivas.

—¿Os parece si nos dividimos y pasamos a un lugar cerrado? —dijo la remitente.

—No veo por qué no —respondió la otra mujer.

En la oscuridad tenue de las habitaciones, las nuevas parejas se despojaban de vestiduras y ataduras, de clichés y estrés.

—Espera un momento, no te quites la máscara, dejemos algo de magia —dijo él.

—¿Cómo sabré que eres tú si coincidimos de nuevo?

—Esa es la mejor parte: no lo sabremos —contestó mientras alzaba su cuerpo asiéndolo por la cintura y lo sellaba contra la pared sin dejar ni un beso de lado.

—¡Oh, mierda!

El ímpetu hizo que no se percatara del trasnochado gotelé, que le dejó en el dorso de la mano varios hilillos de sangre. Ella insistió en lavar la herida, pero no había cabida para la pausa. Se sentía motivado como nunca y ella le correspondía con sumisión.

[...]

La mañana llegó antes de lo deseado. Pocas horas de sueño emborronaban el camino al trabajo. El tiempo apremiaba y la impuntualidad era inadmisibile, como tantas cosas en el despacho. Cuando llegó, lo esperaban impacientes el continuo sonido del teléfono y su jefa con un sinfín de tareas.

—Pase a mi despacho, haga el favor. No se entretenga.

Se quitó la chaqueta con cuidado, aún le dolía la mano.

—Tome asiento, hoy hay bastante que despachar.

Mientras taquigrafiaba las misivas, sus ojos, distraídos

por la mecánica labor, se desviaron hasta el bolso de deporte que asomaba entre la mesa y la pared. Entre las cortinas, le parecía ver lo que no podía creer. Escudriñando la imagen, su corazón comenzó a latir con fuerza, era imposible que fuera cierto. Sus manos empezaron a sudar, parecía que no pero sí, sí que era, inconfundible, no podía haber otra máscara como esa, conocía cada centímetro, lo tenía reciente. Maldijo el volumen de la música, que distorsionó sus voces; y el silencio pactado, que no permitió oír más que el jadeo de alcoba. El bolígrafo se escurrió entre los dedos húmedos y rodó hasta los pies de ella. No fue lo suficientemente veloz. Ambos coincidieron en el objetivo.

—Tiene una buena herida en la mano. —Sus ojos, llenos de doble sentido, inquirían al secretario—. ¿Le puedo preguntar cómo se la ha hecho?

—Preferiría que no, muchas gracias. —No sabía adónde mirar, ser conocedor de tales gustos privados de quien le pagaba el sueldo lo ponía todo patas arriba. ¡Todo!

—En ese caso me temo que hoy se nos va a hacer tarde. Llame a casa. Que no le esperen a cenar.

De nuevo, el bolígrafo se deslizó entre los dedos sin fuerza.

Trágico carnaval

Moriana

.....

.....

Recobro el conocimiento y no sé dónde estoy, no consigo enfocar la vista más allá, mis párpados se rinden cansados. Palpo la tierra con las manos: estoy tumbado bocabajo en el suelo. Intento incorporarme y noto el peso de mi cuerpo, me doy la vuelta despacio y veo una estrella brillando intensamente. Intento mirarla fijamente pero me mareo un poco, creo que voy a vomitar... Sabor agrio y amargo en la boca, consigo sentarme y veo mi ropa sucia, muevo lentamente las piernas y el resto de mi cuerpo. Está anocheciendo pero todavía hay suficiente claridad, estoy en mitad de un descampado lleno de cardos y margaritas; consigo ponerme de pie, tengo que caminar, debo aprovechar mientras quede algo de luz. ¡Estoy tan desorientado! No consigo recordar nada por más que me esfuerzo, ¿qué estoy haciendo aquí? ¿Qué me ha pasado? ¿Qué hago disfrazado? Sigo andando con cuidado y oigo el chirriar de unos pájaros que surcan el cielo. Creo escuchar un llanto lejano, miro hacia todas partes y grito: «¿Hay alguien ahí?». Nadie responde. Se me acelera el pulso, sigo oyendo el llanto y voy hacia él. «¿Dónde estás?», vuelvo a gritar, «¡No puedo encontrarte!». Ahora sí, lo oigo claramente y avanzo decidido, detrás de un arbusto de margaritas hay una niña llorando. Me siento a su lado en el suelo y la cojo

en brazos, la abrazo y le susurro: «No llores más, tranquila, todo ha pasado». Hay algo en ella que me resulta familiar, limpio con mis manos su cara llena de mocos y lágrimas, la niña me mira con el corazón encogido y, entre sollozos, intenta decirme algo que no alcanzo a comprender, solo he entendido la palabra mamá. «Tranquila, vamos a ir a buscar a tu mamá, le digo, no llores más». Ella mueve de arriba abajo su cabecita mientras se restriega los ojos con las manos sucias y se pone de pie. El día oscurece por momentos, cojo a la niña de la mano y comenzamos a andar. Le pregunto cómo se llama; luego, levanta su brazo señalando algo con su dedito, miro hacia allí y distingo una columna de humo negro. Mientras caminamos hacia la humareda empiezo a oír lejanas sirenas. De pronto, algo me deslumbra a unos veinte metros a mi derecha y me acerco hasta distinguir una gigantesca pieza metálica, me aproximo con recelo... ¡Dios mío! ¿qué es esto? ¡Hay trozos de metal quemado por todas partes! La sangre se me va helando por momentos y empiezo a comprender... Sin pensarlo dos veces cojo a la niña en brazos y la pongo de espaldas a todo, no quiero que vea esto, es espeluznante. Le digo a la niña que cierre los ojos, me tiemblan las piernas pero hago un esfuerzo por seguir avanzando mientras se agolpan imágenes en mi cabeza que intento ordenar... Veo dos o tres coches destrozados. La niña es la hija de mis vecinos, yo les convencí para que me acompañaran todos a la fiesta de disfraces de mi trabajo. Hay cuerpos inmóviles en el suelo, no sé si están vivos o muertos. Íbamos juntos en mi coche. El ruido de sirenas se hace más fuerte y claro. A cincuenta metros de mí distingo perfectamente la silueta torcida de la parte delantera de mi Audi, hay

bomberos y policías por todas partes. Personas portando camillas corren de un lugar a otro. Todo es un caos. Me voy acercando a lo que queda del automóvil, es como si alguien lo hubiese partido en dos. Su aliento a quemado me golpea en la cara. Alguien grita «¡aquí! ¡aquí!» y dos hombres acuden corriendo hacia él, entonces yo grito «¡Aquí, por favor, aquí! ¡Esta niña!», pero no me oyen, creo que ni siquiera me han visto. Sujeto más fuerte a la niña mientras avanzo por el estrecho camino, el olor a gasolina condensa el aire, llego hasta lo que queda de la parte trasera y veo a la niña allí sentada, sola, su grácil cabecita torcida en un ángulo imposible, siento como su cuerpo se desvanece entre mis brazos, me miro incrédulo las manos vacías y grito: «¡Noooooo!». Avanzo despacio y con miedo hasta alcanzar la parte del conductor, y sí, efectivamente estoy allí, con mi disfraz quemado y roto por mil sitios, el pelo cubre mi cara como si quisiera ahorrarme esa máscara de horror, metales retorcidos se incrustan en mi cuerpo roto pero no siento dolor...

Sorry for party rocking

Diana Leiiva (Nanis)

.....
www.dianaleiiva.blogspot.com
.....

Esa noche salí a quejarme con la vecina por el ensordecedor sonido que su estéreo proyectaba desde el patio trasero de su casa hacia la calle. Le bastó con cantarme “Sorry for party rocking” al estilo LMFAO y sin saber cómo, me había llevado a uno de los sillones de piel sintética que adornaban su sala, colándome en aquella fiesta de disfraces que usaba como pretexto para celebrar la mayoría de edad, según tenía entendido.

Al parecer, no le importaba que estuviéramos en pleno Febrero.

Nunca me habían gustado las fiestas de disfraces; me parecían de lo más infantiles, absurdas e innecesarias; prefería las cenas elegantes en restaurantes de lujo, o los cocteles en jardines al aire libre.

El asiento no era incómodo, pero me era imposible no mantener una pose rígida, con la espalda demasiado recta y los brazos extendidos apoyados sobre las rodillas.

Mi vecina pasó junto al sillón apresuradamente y aproveché para llamar su atención. Iba vestida con unas orejas y cola de gato negras, al ver mis intenciones de huida, me dedicó un ebrio “miau”.

Sin darme permiso a caminar más allá de la puerta, me sentó de nuevo en el sillón y minutos después trajo a una chica; casi de mi edad e igual de desorientada que yo.

Charlamos un rato por pura cordialidad, pues ninguno de los dos se sentía especialmente a gusto allí.

En realidad la fiesta se llevaba a cabo en el jardín trasero y no lograba entender por qué nos tenían presos en la sala; poco me importaba de todas maneras.

Miré con impaciencia mi reloj de mano para comprobar que apenas faltaban unos minutos para que dieran las doce, y a ese paso, no despertaría al día siguiente para ir a trabajar. Quien iba a pensar que justo eso pasaría.

El cucú del reloj, que en realidad era el horrible graznido de un cuervo, me sorprendió anunciando la medianoche y, como si la gente hubiera sido atraída a él, la estrecha sala se llenó rápidamente de invitados.

“¿Y ahora qué?”, me quejé por lo bajo. “¿Juegos de mesa? ¿A ésta hora?”

Me tensé cuando empezaron a mirarme más de lo que se podría considerar normal e intenté localizar a mi vecina de entre el cúmulo de gente; di con ella al fondo, saliendo de la cocina y llevando en mano un cuchillo largo y afilado de porte medieval.

Un escalofrío me recorrió la columna cuando la vi caminar hacia nosotros con una sardónica sonrisa y su lengua juguetona lamiéndole los labios.

Contemplé con pavor que los invitados rodeaban el

sillón y sus rostros lucían hambrientos. Ahí fue cuando me percaté de sus disfraces.

Uno de ellos tenía lo que yo creía era una máscara de hombre lobo, pero cambié de opinión sobre si en verdad era una máscara cuando se acercó a mí y olí un penetrante aliento canino.

Sentí un tirón en el brazo que me hizo levantar del asiento y contemplé con asco que quien me tocaba era un invitado de piel enmohecida y negra. Le faltaba carne y su cuerpo desprendía un hedor asqueroso. El tipo estaba pudriéndose, sin duda. Miraba mi brazo como si de una pieza de pollo se tratara. Me aparté rápidamente, haciendo muecas de asco.

Todo pasó en un santiamén y no lograba entender nada. Ni siquiera me alcanzó el tiempo para ponerme alerta o planear una huida. Tampoco sentía miedo, cosa rara.

Intenté localizar a la chica de antes y lo que encontré en su lugar hizo que mi corazón se detuviera de impresión.

Un hombre delgado con ojeras bajo los ojos estaba inclinado sobre ella y mordía su cuello haciendo brotar de él sangre espesa y roja. La cara que tenía ella, en lugar de ser horrorizada, mostraba una extraña expresión de embriaguez que no terminaba por comprender. Me dieron náuseas y creí desmayarme, pero una firme mano evitó que cayera al piso.

Tenía un presentimiento horrible, tan malo que estaba consciente de que no lograría ver el siguiente amanecer. Mis sospechas fueron confirmadas cuando al fondo, un

ser de capucha negra y oz en mano me miró con anhelo y expectación.

Dejé de poner resistencia al ver que el hombre que me había evitado mi caída; tan alto que podía medir cuatro metros, de traje negro y elegante, blanco como el papel y sin rostro, me aprisionaba el pecho con sus anormalmente largas extremidades semejantes a las de una araña tanto en forma como en número.

Mi vecina caminó hacia mí, la cola de gato que llevaba parecía moverse como si tuviera vida propia y sus orejas se agachaban con sumisión.

Me miró con lástima a través de sus felinos ojos y, con un rápido movimiento, presionó su extraño cuchillo sobre mi cuello, cortándolo a sangre fría.

Al menos; pensé, serviría de aperitivo para los invitados.

Il mare di rose bianche (El mar de rosas blancas)

Abraham Darias

.....
www.abrahamdarias.wordpress.com
.....

La Serenissima la dirigía Andrea Gritti, Dux de Venecia, desde el año que nos ocupa, 1.524. Fruto de un matrimonio corrompido por los deslices de aquél nació Cinzia, hermosa princesa de tez blanca como los mármoles de las estatuas del Palacio Ducal, de mirada dulce de ojos marrones y diminutos como sus labios, que también eran finos y delicados como su apariencia.

La mañana de su decimosexto cumpleaños, Gritti sorprendió a Cinzia despertándola de su letargo con la excusa de estar tejiendo una sorpresa para ella. Cinzia anduvo con rápidos pasos el largo pasillo abovedado que le llevaba a la escalera adyacente al patio interior por la que se accedía a la sala de costuras; posó sus infantiles manos sobre la puerta y empujó con excesiva ilusión, entrando en la estancia a punto de caer de rodillas al suelo. Cuando logró alzar la vista se encontró frente a la espalda de la hilandera, quien retrocedió con dos grandes pasos a un lado dejando visible un fino vestido de seda verde oscuro, con hombreras abombadas y ceñidas desde el codo a la muñeca, con decoración dorada a su alrededor; el cuello era bastante abierto y formaba una sola pieza con el corsé

y la doble falda.

El servicio de palacio había preparado el Gran Salón del Dux para el banquete de martes de Carnaval: veinte mesas circulares con cabida para diez comensales cada una, además de las reservadas para el Consejo de los Diez y una habitación donde se les daría de comer a músicos y artistas. Cinzia había quedado en verse con el resto de la juventud noble que había asistido a la fiesta: por lo general, amigos. Accedieron al Gran Salón y se mezclaron en el baile de máscaras. Ellos, de entre la ignorancia común, eran, por estatura y formas, distinguibles a los ojos adultos que bailaban alrededor de manera geométrica: pasos estéticos y marcados saludos y cortejos. Acabada la danza, el grupo de inquietos jóvenes dejó el Gran Salón y anduvo silencioso hasta el patio central, donde siguieron, ahora con cómica destreza, imitando el cortejo de los adultos. Uno de ellos interrumpió bruscamente el juego y quedó mirando al alto de la escalera; señaló con el dedo y todo el grupo giró a ver qué ocurría: apoyada la espalda en una columna distinguieron la figura de un niño, de nariz afilada y más grande de lo normal. Al verse descubierto giró sobre sí mismo, rodeando la columna para esconderse de las miradas. Corrió el pequeño grupo escaleras arriba hasta llegar al pasillo donde, supuestamente, debían haber encontrado la figura que se ocultaba. Para su sorpresa, ésta también había adelantado unos pasos su posición.

La oscura figura había seguido escondiéndose del perseverante grupo perseguidor hasta el punto de verse obligada a salir de palacio por entre los jardines. Y allí que le siguieron Cinzia y los demás, cruzando seguidamente a

pie las adoquinadas calles que desembocaban en el Puente de Rialto. En la extensa subida Cinzia no pudo continuar en grupo la persecución de su escabullido entretenimiento. Alcanzada la zona llana del puente vio cómo su grupo se desvanecía puente abajo. Cinzia era una tenue luz en mitad de la oscuridad del puente. El tímido oleaje del Gran Canal rompía contra las paredes, dejando suspendido un sonido hueco y lúgubre. La brisa salina le helaba las manos y el pecho, por el que notó un latir fuerte y acelerado; aspiraba y espiraba repetidas veces de manera continua. La sombría soledad le hizo decidirse a volver sobre sus pasos hacia el Palacio Ducal. El eco agudo del tacón sobre el adoquín enmudeció con el sobresalto de Cinzia al ser sorprendida agarrada de un brazo, y de espaldas contra la madera de lo alto del puente cayó al Gran Canal. Un joven gondolero, llegado frente al puente, divisó a su lado burbujas en ascenso, y dejando la góndola a la deriva se zambuyó para lograr el rescate. La noche era cerrada y la luna parecía haberse escondido para no ser testigo del crimen. Cuenta la leyenda popular que a las puertas del Palacio Ducal, la misma noche del martes, el Dux encontró un ramo de rosas blancas atado con un lazo verde; y una máscara. Desde entonces, el pueblo, en sentido homenaje y respeto hacia el Dux, acude cada martes de Carnaval a lo alto del Puente de Rialto y lanza una rosa blanca al Gran Canal; o como se le conoce por los nativos, Il Mare di Rose Bianche.

La fiesta de disfraces

Jennifer Montero

.....

.....

Gabry, un chico de dieciséis años, alto y moreno, va por la calle de camino a una fiesta de disfraces que han preparado sus amigos. Tiene muchas ganas, ya que hace mucho que no está con ellos.

Mientras tanto, Paula, una chica de quince años algo bajita y rubia, está discutiendo con sus amigas sobre dónde podrían ir de fiesta esa noche.

Gabry llega a la fiesta a las once de la noche. Saluda a sus amigos y después se hace un cubata, con una gran sonrisa. Paula y sus amigas siguen discutiendo sobre dónde ir. Después de un rato, deciden ir a la casa de un un amigo de una de ellas, que ha preparado una fiesta de disfraces en su garaje.

Gabry está hablando, haciendo el tonto y bebiendo con sus amigos, como siempre hace. A las doce de la noche, oye que alguien toca a la puerta y ve como uno de sus amigos va a abrir. Mira a la puerta y ve pasar a tres chicas muy guapas, pero cuando ve entrar a la cuarta se queda perplejo; es la chica de la que está enamorado desde hacía meses.

Paula entra en el garaje de la casa del amigo de su amiga y ve a un chico alto y guapo. Es el chico del que lleva

enamorada desde hace unas semanas, cuando lo conoció. Sigue a sus amigas y se hace con ellas un cubata, algo nerviosa.

Intenta durante una hora no mirar a ese chico, pero no lo consigue, le atrae demasiado. Quiere acercarse a él y hablarle, pero tiene miedo.

Mientras, Gabry hace el tonto con sus amigos, pero también está mirando todo el rato a esa chica que tanto le gusta. Piensa en ir a hablar con ella y decirle lo que siente, pero tiene miedo de que le diga que no. Para él es muy raro, nunca le había dado miedo acercarse a una chica.

Un rato después, decide hablar con su mejor amiga, Jenny, una chica de su edad, de mediana altura y morena, para preguntarle que debería hacer, ella siempre le da la solución a todos sus problemas.

—Jenny, ¿podemos hablar? —le pregunta Gabry.

—Sí —responde Jenny con su particular sonrisa—. ¿Qué pasa?

Se van a una esquina para poder hablar tranquilamente.

—¿Ves a esa chica? —le pregunta señalando a una chica rubia.

—Sí, es Paula, ¿qué pasa con ella?

—¿La conoces?

—Sí, la conocí hace poco. ¿Qué pasa con ella? —le vuelve a preguntar.

—Hace unos meses la conocí... y me gusta desde ese día.

Tengo miedo de hablar con ella, de decirle lo que siento y que ella me diga que no siente lo mismo.

—Tío, no pienses en eso. Ve a hablar con ella. Se tú mismo, como eres conmigo. Dile cualquier tontería, eso siempre funciona.

—Pero es que tengo miedo, Jenny.

—¿Desde cuando tú tienes miedo de hablar con una tía?

—Desde ahora... No sé, puede que me haya enamorado de ella.

Jenny le sonríe.

—Hazme caso, Gabry. Algo me dice que tú a ella también le gustas.

—¿En serio?

—Lleva toda la noche mirándote. Ve y háblale, ya verás que todo sale bien.

—¿Tú realmente piensas que ella también siente lo mismo?

—Sí... Tú sabes que yo nunca te miento, y que nunca fallo.

—Gracias por todo, Jenny. Eres la mejor amiga que hay en este mundo.

Le da un beso en la mejilla a Jenny y se va a hablar con Paula, hecho un flan.

Paula no sabe que hacer cuando ve que Gabry se está

acercando a ella. Piensa en salir corriendo, pero se da cuenta de que no se puede mover, el miedo la tiene paralizada.

Gabry llega a Paula, está hecho un manojo de nervios, pero confía en que lo que le a dicho Jenny sea verdad. Comienza a hablar y ella le contesta con la voz temblorosa.

Poco a poco, los dos se van tranquilizando y hablando más tranquilamente. Se lo pasan de maravilla, Gabry dice tonterías y Paula se ríe de ellas. Mientras, Jenny está mirándoles desde un rincón. Está contenta de que Gabry esté tan bien con Paula, pero al mismo tiempo siente muchos celos. Lleva enamorada de él desde hacía un año, pero nunca se atrevió a decírselo.

Al final de la noche, Gabry se atreve a pedirle salir a Paula. Ella no se cree que realmente esté pasando eso, que le haya pedido salir. Cuando consigue reaccionar, le dice que sí con una gran sonrisa en la cara. Él se anima y le da un beso. Es su primer beso. Después, se van a la casa de él, para poder estar juntos y tranquilos, ya que sus padres están de viaje.

Mientras hablan, los dos se dan cuenta de que por culpa de los miedos, podrían haber perdido la oportunidad de estar con la persona que puede ser el amor de sus vidas y se prometen a si mismos que nunca más dejarán que sus miedos se apoderen de ellos.

Leones y trajes

Sunny Red Moon

.....

.....

—¿Así que te vas a la fiesta de disfraces?

—Cuantas veces tengo que decírtelo, NO es una fiesta de disfraces... —le digo haciendo un gran esfuerzo por sonar calmado, aunque sigo caminando deprisa enfrente de la ventana—. Es la reunión de la asociación, una quedada profesional.

—Lo que tú digas, cariño —me contesta Nesa distraída, recogiendo peluches y trozos de muñecos desmontables esparcidos por todo el comedor, que señalan el rastro por donde nuestra hija, Clara, ha estado jugando—, pero recuerda que esta noche vienen mis padres a cenar.

Lo que me faltaba. Los suegros a cenar el día más importante del año. Como si no tuviera hoy suficiente presión.

—¡Pero, Nesa! ¿No pueden venir otro día? ¿La semana que viene?

—¡Jorge Mateo López! —Oh, no, ha dicho mi nombre completo. Irguiéndose, empieza su discurso—. No, no pueden. Por una vez, ¿podrías hacer ver que te caen bien y ser amables con ellos? ¿Y conmigo? Después de la semana que llevo, que no he parado de trabajar llevando a Clara al

colegio, limpiando la casa y haciendo recados...

Y sigue hablando, pero cuando se pone así es mejor dejarla hasta que se canse y simplemente ir haciendo que sí con la cabeza de vez en cuando. Cómo si yo hubiera tenido una semana fácil... ¡Ja! que más quiera yo que todo siguiera igual que hace un mes.

—...así que por una vez, podrías ponerte en mi lugar en vez de ponerme las cosas más difíciles todavía —concluye tirando los juguetes de Clara en una cesta con más fuerza de la necesaria, para acto seguido dirigirse a la cocina con paso decidido pero lento, debido al peso adicional de su prominente barriga, donde descansa la futura hermana de Clara.

Como ya se ha desfogado, entro en la cocina, la abrazo y le doy un dulce beso en la mejilla. Parece que ya está más tranquila. Yo no puedo dejar de pensar en la fiesta que tendrá lugar en una hora.

—Bueno, entonces, ¿ya estás preparado para irte? —me pregunta de forma más relajada.

—Pues sí, pero... ¿y si no les gusto, Nesa? ¿Qué van a pensar Nacho y José de mí? Se van a reír todos. Ya me puedo imaginar sus caras de sorpresa y burla.

—Si tanto te preocupa no vayas a la reunión, cielo —me dice ya con su habitual tono melódico.

¿Pero cómo no voy a ir a la reunión extraordinaria de la Asociación de Mascotas de Equipos y Entidades? ¡Si es el acontecimiento más importante en nuestra asociación! Donde nos ponemos al día de las últimas novedades y

celebramos nuestro famoso concurso a la mejor mascota. El concurso que ha permitido que mi familia se haya podido ir de vacaciones en el pasado gracias al premio, ya que año tras año me he ganado el primer puesto, con mi asombroso traje de león y su abundante melena llena de colores y estrellas.

O lo que era hasta hace poco mi traje.

Hace dos semanas, una empresa sueca compró la empresa en la que yo trabajo, lo que produjo una serie de cambios internos, externos, de marketing y sobre todo, de dolores de cabeza. Yo no entiendo demasiado de negocios, pero los jefes decidieron que era de vital importancia cambiar el aspecto de la empresa, y con ello su mascota. Por lo que ahora mi uniforme de trabajo consiste en un elegante traje, un sombrero y unos discretos guantes negros. ¡Ni siquiera se puede llamar disfraz!

Me despido de Nesa y llego a la reunión media hora más tarde. Entro vestido con mi traje, medio encorvado y esperando pasar desapercibido. La sala está llena de tigres, osos e incluso divertidos conejos, representando sus distintos equipos y empresas. Por primera vez, siento que no encajo, que ya no soy una “mascota”. La gente me mira de reojo al pasar por su lado. Estoy seguro que piensan que me he confundido de asociación.

Sigo andando, implorando silenciosamente que el día pase lo más rápido posible. Vestido así seguro que no gano el concurso, no habrá vacaciones este año. ¡Y cómo se reirán de mí mis amigos! Quizá es mejor seguir el consejo de Nesa y dar media vuelta para casa. Empiezo a girarme

hacia la puerta, pero entonces...

—¡Jorge!

Me giro lentamente, angustiado, al oír a Nacho llamarme. Seguro que ya no le gusto así. No puedo soportar la vergüenza, casi no me deja respirar.

—Chico, ¡estás fabuloso con ese traje! Ya verás cuando lo vean Olga y José, les va a encantar— me dice con una gran sonrisa en la cara.

La presión que oprimía mi pecho desaparece al instante. ¡A Nacho le gusta mi traje! Lo ha dicho sonriendo, ¡y él no sabe mentir! ¿Cómo he podido dudar así de mis amigos? Casi no me lo puedo creer. Junto a Nacho, recorreremos el lugar buscando a nuestros amigos. En cuanto nos ven se ponen a elogiar mi nuevo atuendo y a cotillear acerca de la gente que a venido a la reunión.

Las horas pasan tranquilas y me parece increíble que a pesar del cambio en la empresa todo siga igual entre nosotros. ¿Qué importa un premio si los tengo a ellos y a mi familia? De repente suena mi teléfono, lo descuelgo y la voz de mi cuñada resuena por el altavoz, en una mezcla de nerviosismo y alegría:

—¡Jorge! ¡Eres padre por segunda vez!

¡Ha nacido Ana! Mi corazón vuelve a latir fuerte y rápidamente. ¡Y encima no tendré que soportar solo a mis suegros!. No podía haber acabado mejor el día.

Bueno, quizá vestido de león...

Mi hija no quiere ir

Ismael Tomás Pérez

.....

.....

Ya empiezan los carnavales, estamos ya en Febrero y el ambiente de las calles empieza a animarse. Son unas fiestas muy bonitas y, aunque no estoy ni en Río de Janeiro, ni en Canarias, estoy en mi pueblo —bueno ciudad— del corredor del Henares en Madrid y, desde luego, para mí son las mejores.

He estado mucho tiempo arreglándome el vestido para la ocasión y me he comprado una mascara que va a ser la envidia de todo el vecindario. Es preciosa, imita un gorro de arlequín con el dibujo de unas partituras de música, lleva un cascabel colgado en cada una de las ocho puntas que tiene. Me cubre casi toda la cara y tiene unos adornos alrededor de los ojos, en dorado, haciendo unos relieves en forma de repujados preciosos.

El problema es que mi hija, Andrea, que tiene ahora nueve años, tiene un miedo atroz a estos disfraces. Ella cree que son fantasmas, ya que no les ve la cara. Vamos, fantasmas venidos de no sé dónde, pues con esos trajes tan espectaculares, le dan más miedo todavía.

Estoy intentando convencerla para que me acompañe, pues hay un desfile estupendo que organiza nuestro grupo, con una carroza preciosa que lleva el motivo de Bob

Esponja, y una banda de música que hace unas charangas divertidísimas. Claro, esto acompañado de otras ocho peñas más, cada una igual con sus carrozas y música. Me gustaría que fuera en la carroza con sus compañeros de barrio, tirando caramelos. Se lo pasaría pipa.

La he comprado también un vestido precioso y una máscara que le queda muy bien. También así está muy guapa.

Por fin he conseguido convencerla. Se viene conmigo, en principio muy asustada, pero se anima, se sube a la carroza y al momento conoce a sus compañeros.

Empieza el desfile, las bandas, la gente bailando, la carroza con sus luces y su música, el ambiente en un esplendor increíble. Veo que disfruta, se lo está pasando bien, creo que ya se le ha pasado el susto, me chilla desde arriba, pues hay un ruido ensordecedor con la música de todas las bandas a la vez.

Por fin terminaos, nos vamos a la peña a cenar. Bueno, a picotear de todo. Esto es maravilloso. Mi hija con sus amigos se lo esta pasando en grande. Creo que ya puedo contar con ella para los próximos años.

Por fin a casa. Llegamos agotados, rotos, afónicos, se junta el cansancio con el sueño, con los nervios de que mañana hay más. Son las tres de la madrugada. ¡Qué horror! Hay que dormir rápido para seguir mañana.

Buenas noches, hija, le digo, pero ya se me ha quedado dormida. Tengo que ponerle el pijama yo. ¡Qué bien se lo ha pasado! Y yo también, viéndola.

Ha sido estupendo.

.....

Escena nº 7

Vacaciones en el mar

Marzo, 2013

.....

¿En qué consiste esta escena?

La historia ha de tener lugar en un barco, del tipo que sea. Puede tratarse de un barco pirata, de pesca, de guerra, de pasajeros, de vela, un bote salvavidas...

Basta con que esté en el agua, flote y tenga algún pasajero y/o tripulante (o no... que también se han dado casos de barcos fantasma).

Además, existe otro requisito, y es que tiene en la historia tiene que suceder (o haber sucedido) un robo. ¿Qué es lo que han robado y quién? ¿Por qué? ¿Los personajes saben que el robo ha tenido lugar o lo desconocen? Eso ya queda para la imaginación de cada escritor. ¿Con qué nos sorprenderán?

Ver las estrellas contigo

Pablo Blanco

.....
www.pabloelblanco.com
.....

En sueños escuchó un ensordecedor rugido que hizo temblar el suelo y las paredes. En el silencio que le sucedió, se volvió a dormir.

—Despierta, Dewi. Vamos.

Se incorporó frotándose los ojos intentando recordar dónde se encontraba.

—¿Qué ocurre, Van? ¿Ya salió el sol? —preguntó la niña desorientada.

Van era lo único de lo que estaba segura en aquel momento. Había estado a su cuidado desde que Dewi recordaba. Era un trotamundos que su padre había contratado para la fábrica. Como no tenía hogar, se instaló con ellos y desde entonces había sido un miembro más de la familia.

—No, aún es de noche. Tienes que venir, rápido. Ponte esto —añadió tendiéndole el chaleco salvavidas que había bajo la cama.

Un profundo sonido metálico recorrió toda la habitación. La lámpara del techo se agitó mientras todo el barco parecía lamentarse.

«Claro, estoy en el barco», recordó saltando de la cama y poniéndose la chaqueta.

— Pero... ¿Qué pasa? —preguntó algo asustada.

—Es una sorpresa. Acompáñame.

Sin replicar salió tras él a rápidas zancadas sin poder reprimir un bostezo.

—Verás, Dewi. El capitán va a convertir el barco en un parque de atracciones —dijo él sin dejar de caminar—. Pero para poder montar en las atracciones debemos ser valientes, ¿de acuerdo?

La idea le entusiasmaba tanto que estaba dispuesta a cualquier cosa. ¡Un parque de atracciones en el mismo barco! Era una idea genial. Asintió sonriente. Continuaron caminando por el pasillo. Los crujidos del casco se repitieron, lo cual era para ella un claro indicio de que lo que le había dicho Van era cierto. El barco ya se había empezado a transformar.

Giraron por uno de los pasillos y vieron cómo se había empezado a inundar y a inclinar ligeramente. Unos metros más adelante, un hombre apareció corriendo con el rostro compungido. Los miró aterrado y se alejó gritando por un pasillo transversal.

—Van, ¿qué le pasa?

—Viene de la casa del terror. El capitán se enfadará con él —dijo convincente—. Eso no ha sido muy valiente.

—No, señor —corroboró Dewi.

Su camino se vio interrumpido cuando tuvieron que atravesar un pasillo inundado.

—Es la piscina del polo norte. Está muy fría —había dicho Van con una tranquilizadora sonrisa.

Atravesaron soportando el frío la zona inundada. El agua llegaba casi hasta el techo, dejando el espacio justo para que mantuvieran la cabeza y el cuello fuera del agua. Cuando salieron se encontraron a un numeroso grupo de gente. Se alejaron de allí a la carrera recuperando el calor. Cuando alcanzaron la cubierta corrieron hacia la zona trasera del barco y vieron que el último bote había zarpado con una docena de hombres a bordo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó a una mujer que los observaba alicaída.

—Lo han robado a punta de pistola.

Van se derrumbó.

—Vamos, Van —le dijo Dewi intentando inútilmente levantarlo—. Ya montaremos otro día. No pasa nada.

Él alzó la vista, contempló a la niña y aún con las lágrimas cayendo por su rostro, sonrió.

—Es cierto —dijo poniéndose en pie—. Vamos. Conozco otra atracción.

El barco se había inclinado aún más, pero ayudados por una barandilla, lograron avanzar hacia la proa. Alcanzaron el frente de una de las cabinas de mando y se sentaron.

—Verás, Dewi. Ahora el barco se seguirá inclinando.

Debemos apoyar nuestras espaldas en esta pared y cuando se levante, miraremos las estrellas, ¿vale?

Ella asintió sonriente. Guardaron silencio durante varios minutos en los que la cubierta fue ganando pendiente. Poco a poco, lo que antes era el suelo, se convirtió en pared, y lo que era pared, en suelo. De pronto, el barco dio un bandazo.

—¡Uuuuoooo! —gritó Dewi en un estallido de júbilo—. ¡Qué divertido! ¡Otra vez! ¡Otraaa!

Van la miró.

—No, Dewi. Ahora miraremos las estrellas.

La proa volvió a elevarse, poco a poco, inexorablemente. es Dewi y Van contemplaron las estrellas en silencio, mientras notaban como comenzaban a descender al tiempo que la proa se levantaba. A sus espaldas, 46.000 toneladas de metal se hundían en un rugido que se volvía ensordecedor por momentos.

—¿Qué es eso? —preguntó ella gritando para hacerse oír.

—La maquinaria de la atracción.

—Ah...

Guardaron silencio unos instantes.

—Van.

—¿Sí, Dewi?

—Me gusta ver las estrellas contigo.

—A mi también, Dewi.

Pero él no miraba ya las estrellas. Miraba a la niña que tumbada a su lado contemplaba el cielo con aire soñador, ignorando que el vasto océano estaba a punto de tragárselos.

Almas que se pierden

Luciano Sívori

.....
www.viajarleyendo451.blogspot.com.ar
.....

Era esa misma conversación. Esta vez, tres hombres hablaban al respecto. Jugaban póker en una mesa redonda, adornada con algunos vasos de vino fino y unas alhajas exquisitas. “*Hay algo raro en este barco*”, había dicho quien indiscutiblemente lideraba la charla.

Afuera la humedad helada hacía indetectable cualquier rastro de pisada. Era una noche sin luna, acompañada por una niebla que se abrazaba del barranco para no desprenderse de la cima. Bebí un sorbo de mi whisky (callado, desde la barra) y hurgué entre mis bolsillos en busca de dinero, mientras caminaba hacia mi objetivo.

Eché un par de billetes al pozo y pregunté si les molestaba que me uniera al juego. Me aceptaron con una esperada cordialidad (a fin de cuentas, vestía traje y corbata) y me presenté como Robert Ballard, su fiel servidor. Pocos segundos después, continuaron con su debate:

—¡Estás demente! —dijo el que fumaba un habano—. ¡Ni siquiera Dios podría hundir esta embarcación!

—Hay malos augurios —respondió otro—. La noche está muy cerrada; invita a la maldad adentro.

Se trataba de un viaje largo; para muchos, interminable.

El clima no favorecía el ánimo de la tripulación, pero era más que propicio para difundir mi verdad.

—Los que afirman que este bote está condenado, tienen toda la razón —expresé, finalmente, con un dejo de misterio—. ¿Saben qué es lo que se esconde en uno de los compartimientos? Es el diablo. El mismo diablo está a bordo, y tiene pensado llevarse todas y cada una de nuestras almas.

Los tenía. Ninguno podía siquiera pestañear luego de aquella revelación. Con las cartas en una mano, me levanté de mi silla y decidí comenzar mi show. Les relaté la increíble historia de Lucifer acompañando nuestro viaje por el océano. Se transformaba en mujer para seducir a los hombres, en anciano para ablandar el corazón del avaro, y en niño para provocar ternura en las señoras mayores. Su mejor truco había sido convencer al mundo de que no existía. Hacía su trabajo con la paciencia de una hormiga, y la devoción de un fiel labrador.

El diablo poco a poco consumaba los pasos finales para “su” plan.

El individuo del habano rió con fuerza. Primero me había mirado con indiferencia, pero ahora comenzaba a creer la historia (y hasta le empezaba a parecer interesante).

Conté una trama maravillosa, llena de suspense y terror, que los hipnotizó. Cada tanto debía recordarle a mi audiencia que no se olvidara de respirar. Mientras caminaba en círculos, me acercaba a ellos sigilosamente y tomaba todas sus pertenencias: relojes, joyas y billeteras.

Todo el mundo se fascina con una buena historia y baja la guardia. No hay momento más ideal para tomar el dulce de un niño.

—No es mi intención asustar a tan honorables caballeros —les dije—, pero esta noche el infierno está vacío, porque todos los demonios están con nosotros. Si me disculpan, he de retirarme por ahora.

Me levanté con rapidez sin poder disimular una gran sonrisa. ¡Qué botín! Mis pobres habilidades en el juego eran una pérdida mínima en comparación con aquella enorme recompensa. O ellos habían sido muy ilusos, o yo era demasiado bueno mintiendo. Me regocijaba en mi propia victoria cuando llegó a mis oídos aquel sonido ensordecedor.

El momento justo en el que se desató el caos sentí un fresco escalofrío recorrer mi espalda. Mil quinientas personas corriendo sin rumbo fijo, en un frenesí de anarquía y descontrol.

Mi instinto decidió, contrariamente a lo que yo habría querido, pasar gran parte del tiempo ayudando a mujeres y niños a subir a los botes salvavidas. Incluso, en un acto de suma generosidad (ajeno a mí, eso seguro) cedí mi sitio para que un anciano salvara su vida. *“Tal como hemos vivido, así moriremos”*, pasó fugazmente por mi cabeza.

“El gran buque insumergible”. ¡Tonterías! Tenía suficiente dinero en joyas para comenzar una nueva vida en los Estados Unidos, y ninguna forma de gastarlo. ¡Qué desperdicio!

Escribo esta carta, a base de tinta y pluma, desde el salón de fumadores. Desconozco quién destapará la botella y se aventurará a leerla. Mi único deseo es que el mundo recuerde a Robert Ballard por lo que fue. Mi vida terminó de forma trágica una noche en la estaba haciendo aquello que más amaba. No. No era robar; nunca lo fue. Pasé las últimas horas de mi vida hablando, maravillando al público con mis cautivadoras narraciones.

¡Oh, qué ironía! Al final, el Diablo —en la forma de un mar furioso— se tragó todas nuestras almas.

La caída de los dioses

Peter Walley

.....

.....

Elena giró su anillo de boda con los dedos mientras recorría con la vista la cubierta del barco. Tomó un sorbito de su Martini y se giró hacia Clara, que en la tumbona de al lado ojeaba una revista con indolencia.

—¿Sabes? —dijo—. Cuando Nico me propuso que hiciese este viaje me pareció una locura, pero ahora que estoy aquí no puedo agradecerérselo bastante. Mira a ése, junto a la piscina. ¿Tú crees que estará con alguien?

Clara soltó una risita.

—Con un poco de suerte, contigo.

—El caso es que irme de crucero mientras él se queda solo en Madrid trabajando me hace sentir egoísta — bajó la voz—, y hasta cierto punto es un regalo envenenado, porque...

—¡Mamá, Jorge me ha quitado el libro!

Una niña venía agitada hacia ellas. Estaba en ese momento previo a la adolescencia en la que incluso los niños más guapos, y ella no lo era, se desproporcionan y parecen raros. Elena suspiró.

—Lo que te decía. ¿Y ahora qué pasa?

La niña se quedó parada un segundo, pero inmediatamente continuó.

—¡Estaba leyendo y Jorge me ha cogido el libro y se ha ido corriendo con él, y yo no le había hecho nada!

—Bueno, ya sabes que a tu hermano le gusta jugar y se aburre si tiene que hacerlo solo.

—Ya, pero es que yo...

—Cariño, mamá también tiene derecho a descansar. Juega un poco con él y ya verás cómo luego te lo devuelve.

La niña se marchó, enfurruñada.

—A veces me pregunto a quién habrá salido.

—Los hermanos pueden ser muy diferentes —dijo Clara—. Por ejemplo, mi Arturo y mi Diego...

—Sí, ya lo sé, son como la noche y el día —la cortó Elena—. Pero, ¿sabes?, uno se parece más a ti y otro a tu marido, que es lo normal. En cambio ésta se pasa el día leyendo, y últimamente ¡escribe poesía!

Clara soltó una carcajada.

—¿No me digas? Pues eso está muy bien.

—No sé, a mí siempre me ha parecido que eso del arte queda bien en la gente con estilo, pero en ella...

Y como si la hubiesen invocado en ese momento, la niña volvió a aparecer.

—¡Mamá, ahora Jorge ha escondido lo que había escrito

esta mañana!

—¡Jooorge, devuélvele a tu hermana sus cosas!

—¡Son unas rimas tontas, mamá! —se oyó—. Fíjate, habla de un caballero que es justiciero. ¡Seguro que luego lo rima con torero!

Elena se rió.

—¡¡Mamá!!— dijo la niña, indignada.

Elena se puso seria.

—Oye, me estás dando dolor de cabeza. Tienes que aprender a resolver tus problemas por ti misma. Vete un rato a la piscina y luego te busco y nos cambiamos para cenar, ¿vale?

—Pero...

—Ni peros ni peras. ¿No ves que estamos en medio de una conversación?

La niña se alejó con la cabeza agachada.

—Es que me saca de quicio. Y además me resulta imposible enfadarme con Jorge, ¿ves lo guapo que es?

—La verdad es que parece un ángel— admitió Clara.

—¡Y tiene unas ocurrencias! La semana pasada le cogió el diario a la niña (porque lleva un diario, con eso te lo digo todo) y estuvo recitándonoslo a Nico y a mí, ¡con una gracia! Y aunque sabíamos que estaba mal no podíamos parar de reírnos, nos fue imposible llamarle la atención.

—Caray, seguro que ella lo pasó mal.

—Pues no te creas, cuando entró y nos vio se quedó muy seria, pero al día siguiente ya ni se acordaba del tema.

Clara no parecía muy convencida.

—Así y todo...

Elena meneó la cabeza.

—En el fondo le viene bien, ¿sabes? Va a tener que aprender a protegerse. Tan feúcha, y con esas aficiones raras... Cuando vamos al club no sé muy bien qué hacer de ella. Todas las otras niñas son tan guapas, y, no sé, tan parecidas entre sí. En cambio ella... no encaja en absoluto. Sin embargo Jorge es un líder nato, todos juegan a lo que diga él.

—A veces la vida resuelve los problemas sola— observó Clara, filosófica.

—Eso espero—dijo Elena, cogiendo de nuevo el Martini—. Y de momento nuestro problema es conocer al tío de la piscina — rió—. Lo que voy a hacer...

En ese momento oyeron gritos al otro extremo del barco, y varios tripulantes pasaron corriendo por delante de ellas.

—¿Qué habrá pasado?— dijo Clara— Ha sonado como un chapoteo— agarró del brazo a un camarero.— Disculpe, ¿a qué se debe el alboroto?

—Parece ser que un niño se ha caído al agua, están intentando rescatarlo—les contestó mientras se alejaba.

—¡Madre mía!— dijo Elena—. Espero que esté bien— se

volvió hacia Clara con una mirada de complicidad—. Anda, que se te caiga el niño por la borda...¡vaya! Si está aquí la niña. ¿Ya estás mejor? Veo que has recuperado el libro.

—Y no sólo eso— dijo la niña, sonriente—. También he conseguido mis poemas.

La piedra

David Cantos Galán

.....
www.lacrymarum.blogspot.com.es
.....

Sentía el suelo de madera temblar bajo sus pies, era inminente que se le echaran encima, venían tras él a grandes zancadas y no podía hacer otra cosa que seguir adelante, seguir corriendo. Mientras, en su cabeza se agolpaban ideas sobre las posibles escapatorias, las cuales desechaba inevitablemente sobre la marcha.

La intensa luz le cegó unos segundos cuando por fin salió al exterior, lo había hecho a través de la estrecha escalera y observó lo que había a su alrededor con una breve pausa para recuperar el aliento. Una hilera de gotas bajaban por su frente, plagada de mojados mechones pegados por el sudor. Los pasajeros del ferry que se encontraban en aquel lado le miraron extrañados, pero él no tenía tiempo que perder con explicaciones, estaban muy cerca, demasiado... era hora de correr.

Una joven chilló cuando de aquel angosto pasillo salió una horda de guardias, persiguiéndole a toda prisa. Jamás había imaginado que un barco turístico pudiera tener tanta seguridad, nunca antes la habían tenido en sus continuos viajes. Jason Moher ya había reanudado su fatídica carrera unos segundos antes de que la furibunda manada de encargados de seguridad salieran a la luz, pero el horizonte

marcado por un intenso azul interminable arrebatava sus pocas esperanzas; en la inmensidad del océano pocos lugares tenía a los que huir.

—¡Agarrad al ladrón! —gritó uno de los sus persecutores mientras le señalaba, sin dejar de correr tras él.

Las miradas de los viajeros se cruzaban con la suya cuando los esquivaba a una velocidad endiablada. El viento golpeaba su rostro a penas dejándole ver mas allá de un par de metros, pero aún así saltó varias mesas de la terraza de la cafetería con agilidad felina. Arrojó con ambos brazos al suelo todo lo que se encontraba mientras los guardias se veían cada vez más atrás, entorpecidos por los obstáculos que ponía ante su paso; pero eran muchos, y algunos estaban ganando terreno poco a poco. Echó la mano a su pecho y pudo sentir a la culpable de la situación que vivía en aquellos instantes en el bolsillo interior de su chaqueta.

La proa del barco cada vez se hacía mas estrecha, y eso le preocupaba. En esos ferrys tan enormes era difícil percibir la curvatura que iba tomando el pasillo por el que corrían, pero él había viajado en ellos desde hacía años y los conocía a la perfección, sabía que pronto no habría mas que una caída de diez metros contra el embravecido mar, pero siguió hacía delante.

Como no podía ser diferente, llegó al final de su trayecto topándose de bruces con la barandilla, donde debajo pudo ver como el barco cortaba el mar con sus imparables embestidas. Se dio la vuelta con los músculos agarrotados; se tenía por un hombre atlético, pero hacía días que quedaba exhausto por cualquier mínimo ejercicio, todo desde que

tenía en su poder aquella piedra... Esa maldita y misteriosa roca por la que le perseguían en aquel momento.

Contó a los miembros de seguridad. Habían llegado ya hasta él seis de ellos y otros tantos se empezaban a dejar ver cruzando la esquina que llegaba a final de la proa, jadeantes y con cara de pocos amigos, todos alzando sus pistolas hacía él. No había otra forma. Su brazo, antes cansado y flácido, se movió como impulsado por un resorte, metiendo la mano por dentro de su chaqueta. Debía cogerla, si lo hacía tendría una posibilidad, pero la velocidad a la que un dedo recorre unos pocos milímetros para apretar un gatillo, por mucho que le pesara, era superior a la que él podía alcanzar.

Estaba allí, podía sentir en la punta de los dedos el frío tacto metálico de la caja en la que estaba guardada, pero esa sensación se disipó enseguida. Sus brazos se desplomaron inertes y quedaron colgando mientras notaba como las rodillas le flaqueaban. No sintió la caída, ni siquiera el tremendo impacto que su cabeza dio contra el suelo, ajeno a todo, como viendo una película a la que le habían quitado el volumen. La caja había salido de su bolsillo en la caída, reflejando el sol en su brillante superficie cada vez más cubierta de una espesa capa de un líquido rojo que intuía era su sangre. Intentó estirar unos dedos que ya casi no sentía, pero unos pies aparecieron ante sus ojos, y una mano agarró la caja, llevándosela hacía arriba. Alzó la mirada, un guardia había abierto la caja y sonreía con satisfacción. A ojos del mundo habían recuperado un objeto robado por un peligroso criminal, pero mientras los suyos se cerraban para siempre, solo Jason sabía que era él quien estaba

siendo robado. Y así, junto a él, moría la verdad.

El valor de los hombres

Luis M. Rebollar

.....

.....

Gorm levantó su hacha, amenazante, y con el brusco gesto se desequilibró ligeramente sobre la cubierta de la embarcación, como si no fuese en realidad un norteo.

—¡Te digo que has sido tú, ladrón, cagada de troll! — Parecía tan terriblemente enfadado que pensé en decirle la verdad.

En respuesta, Skorri escondió su angustiado rostro tras el escudo sin mucho éxito, abriendo y cerrando la boca en un gesto patético. Los demás observaron sorprendidos, sin saber cómo reaccionar. Al igual que el resto de tripulaciones en los barcos a nuestro alrededor, todos portábamos nuestras cotas de malla, cascos, hachas y escudos para el ataque.

—¡No es cierto! ¡Te lo juro! —logró por fin balbucear Skorri.

He dicho que Skorri estaba angustiado, pero en realidad no es cierto. No, tratándose de un guerrero norteo. Incluso uno con sus creencias. Skorri no tenía miedo; su mente estaba preparada para el inminente combate, concentrada para enfrentarse al enemigo, saltar sobre él y matar. Y sin embargo quien se le encaraba de repente era uno de los

suyos. Skorri estaba confuso, paralizado por la indecisión como los demás, ante la violenta reacción de Gorm.

Me adelanté con firmeza, seguro del respeto que aquellos hombres me profesaban —y el temor que me tenían— por mi autoridad.

—¡Silencio, bastardos! ¿Acaso vamos a pelear entre nosotros justo ahora? ¡Quietos, malditos seáis!

Ambos se relajaron, mostrándose visiblemente aliviados por mi forzosa intervención, la cual esperaban en su interior. Por ello me resultó fácil interponerme entre ellos, e incluso retrocedieron de forma imperceptible.

—¿Se puede saber qué pasa? —troné, dirigiendo de uno a otro la mirada más terrible de la que fui capaz, hasta que la posé sobre Gorm, quien parecía ser el instigador del conflicto.

Me miró a los ojos un instante, antes de abrir la boca para responder.

—Es Skorri, Earl Ragnar. Me ha vuelto a robar mi martillo —dijo, ya más tranquilo.

—¡No es verdad...! —comenzó a decir Skorri con decisión, aunque prosiguió más tímidamente cuando me giré hacia él—. No es cierto, Earl. Yo no le he robado su baratija.

—¡Insolente rata! —gritó Gorm abalanzándose sobre Skorri, quien de nuevo levantaba su escudo. Le detuve empujándole hacia atrás, esta vez sí, con fuerza.

—¡He dicho basta! ¡Los dos! Basta de insultos y acusaciones sin fundamento. ¿O acaso puedes demostrar

lo que dices, Gorm?

—Pero, Earl Ragnar —contestó—, fue él quien me lo robó la otra vez. ¡Lo ha codiciado desde siempre!

—¿Quién? ¿Skorri? —me adelanté a la respuesta del acusado—. Que te lo haya robado antes no significa que lo haya vuelto a hacer. Además, la otra vez te lo devolvió, ¿verdad?

—No lo sé. Quizás... —respondió Gorm dubitativo—. Pero Skorri es un guerrero inseguro, y sin duda querría tener la protección del amuleto para sí, para sentirse a salvo.

Miré a Skorri para darle la palabra, percibiendo en su rostro una sombra de creciente ira.

—¿Qué dices tú?

—¿Acaso no has ordenado que no nos insultemos? —contestó más enojado—. Entonces, ¿por qué he de oír cómo se me acusa de cobarde, además de ladrón?

—Vamos, Skorri —dijo Gorm—, has perdido tu espíritu guerrero al abandonar a nuestros dioses para abrazar a ese nuevo y débil dios tuyo. ¡Por eso querías la protección de mi martillo de Thor!

—¡Así es, Skorri! —terció Olaf desde el grupo de hombres a un lado—. ¡Tu dios te hace más débil!

Los demás estallaron en un caótico griterío, mostrándose de acuerdo con Olaf.

—¡Mi dios es el único, y mi fe me da fuerza y valor! —gritó

Skorri solemnemente, acallando al grupo—. No necesito de ese inservible amuleto que, además, es un sacrilegio: la cruz de nuestro señor Jesucristo... icabeza abajo!

Aquello provocó algunas risas en el resto de los hombres, y relajó los ánimos. Decidí aprovechar aquel respiro para resolver la situación. Con un rápido vistazo por la borda divisé la primera línea de barcos recortados contra la fortaleza franca. Me volví hacia los demás.

—Eso es cierto, Gorm —dije—; Skorri no puede haberte robado tu amuleto. No cometería el error de hacerlo una segunda vez. Además, ni siquiera le interesa...

—Entonces ha sido alguien más... —dijo Gorm mirando con una mezcla de ansiedad y sospecha al grupo de guerreros—. Todos saben que tengo un sueño muy pesado.

Se produjo un incómodo silencio; la mirada de los hombres se endureció. Se podía palpar la tensión antes de que el desgarbado Flóki hablara.

—Se te habrá caído al ponerte la cota de malla —dijo, y otros muchos asintieron. Pero la mirada de Gorm no cambió mientras continuaba en un preocupante silencio. Comprendí que era esclavo de su superstición, y ansiaba el amuleto.

Levanté la vista preocupado, comprobando que en los barcos más adelantados los hombres estaban a punto de saltar sobre la playa. La batalla era inminente y necesitaba acabar con aquella peligrosa situación.

—Escúchame, Gorm —le dije mirándole intensamente a los ojos—, la fuerza de un guerrero está en su interior, no

se la proporciona ningún amuleto. ¿Cómo si no seríamos dignos de entrar en el Valhalla?

Sostuvo mi mirada unos instantes antes de asentir. Le di unas palmadas en la espalda. Recibió otras cuando volvió entre sus compañeros, como muestras de aprecio, y poco a poco se sintió más cómodo en su resignación.

Solo un verdadero líder se podría haber impuesto a Gorm. Alguien con decisión, que infundiese a los hombres valor con el ejemplo del suyo, tan grande como para no vacilar. Virtudes difíciles que en ocasiones hay que sacar de donde sea necesario.

Cuando nuestro barco estaba a punto de varar en la pequeña playa, sin que nadie lo advirtiera por la expectación de saltar por la borda y correr a la batalla, saqué del escondite de mi cinturón el amuleto, que apreté contra mi pecho, sintiendo entre mis anhelantes dedos la reconfortante forma del martillo de Thor.

Los diamantes de la Golconda

Elena Álvarez Rodríguez

.....

.....

La muchacha se dejó caer en uno de los escalones. No era algo que pudiera hacer muy a menudo, por otra parte. Pero la señora acababa de marcharse y, ahora que nadie la vigilaba, necesitaba descansar aunque solo fuera un minuto. Llevaba demasiado tiempo barriendo una y otra vez los mismos suelos, baldosa a baldosa, desde que el sol despuntaba por la mañana hasta mucho después de que se ocultara tras las colinas allá a lo lejos, tras el campanario del pueblo. Nunca había salido de aquel pueblo. A decir verdad, casi no había salido de la casa de su señora, tan grande y hermosa, con sus muebles lujosos y sus vajillas delicadas.

Por eso ella quería marcharse de allí. Olvidar las escobas y viajar...

Cerró los ojos.

Había un barco, sí. Un barco de velas blancas y cañones brillantes. Con sus grumetes y su mástil, alto y majestuoso. Ella era la capitana, por supuesto. Y surcaban los siete mares, sin detenerse más de lo necesario en tierra. Flotando sobre las olas azules.

—¡Mi capitana! ¡Mi capitana!

—¿Qué ocurre, contramaestre?

—¡Los diamantes, mi señora! ¡Los diamantes de la Golconda!

Ah, los diamantes de la India, uno de los muchos cargamentos que trasladaban de un lugar a otro por todo el mundo.

—¡Han desaparecido los diamantes, mi capitana!

Eso era, ciertamente, un problema. Ella debía encontrar los diamantes si quería recuperar el dinero que había invertido en ellos. Además, no podía permitir que un asunto como ese enturbiara su magnífica reputación.

—¡Busquemos los diamantes, contramaestre!

—¡Sí, mi capitana!

Y en el barco comenzó la búsqueda de los brillantes. Tan pequeños como eran y tan valiosos... Bellos, pero decididamente solo útiles como adorno.

—¡Ajá, un polizón! —La capitana había encontrado a un chicuelo escondido en la bodega. Los cabellos desgreñados y las mejillas sucias hacían de él un perfecto sospechoso.

—Disculpadme, señora. Yo no... Yo solo quería salir de mi casa, ver mundo... Vuestra fama ha llegado a mis oídos y yo... Quería pedirlos que me admitierais en vuestra tripulación, señora. Pero pensé que no querríais escucharme si me presentaba ante vos con las manos vacías...

La capitana entrecerró los ojos, esperando a que el muchacho continuara.

—¿Y bien?

El jovenzuelo extendió el brazo y, en efecto, allí estaban los diamantes, escondidos en aquellas manos callosas de uñas negras.

Ante la poderosa mirada de la capitana, el chicuelo se encogió sobre sí mismo, aguardando el triste final que, sin duda, aquella mujer tan sabia tendría a bien darle.

Para su sorpresa, ella sonrió.

—Devuelve esos brillantes, muchacho. No vale la pena que te ensucies las manos con ellos. Son hermosos, sí, pero nada más que eso. De modo que quieres unirte a nosotros, ¿eh, pillo? Vamos, ven conmigo. Te enseñaré este barco, y comprenderás lo que es valioso de verdad.

Y la capitana tomó al muchacho de la mano y lo acompañó por todo el barco, mostrándole cada rincón, explicándole las mil y una aventuras que habían vivido ella y su tripulación. Después le preguntó su nombre, y lo admitió entre ellos.

Por eso era tan amada la capitana entre sus marineros, y su fama se extendía a todos los puertos en los que atracaban con su barco, a lo largo y ancho de los siete mares: siempre juzgaba a cada cual por sus acciones y no por su lugar de procedencia.

La capitana tenía buen corazón y sabía que había que ayudar a los más pobres, porque ellos no tienen la culpa

de haber nacido donde lo han hecho.

El nuevo grumete era listo, y la capitana se congratulaba de ello. Siempre podía contar con él y...

De repente, la joven escuchó el runrún de una llave girando dentro de la cerradura. ¿Cuánto tiempo había pasado soñando despierta? ¿Habían sido horas o tan solo unos pocos minutos? Estaba tan cansada... Siempre estaba cansada.

Se levantó de un salto, nerviosa. Si la señora ya había vuelto, significaba que ella había perdido demasiado tiempo y que iría terriblemente retrasada en sus tareas. Aún debía terminar de limpiar los suelos de la planta principal, y después sacar brillo a la plata y limpiar las grandes ventanas de la galería y...

Tan solo había sido un sueño. Ella nunca vería el mar, ni por supuesto sería la capitana de ningún barco.

Asió la escoba con fuerza, resignada a dejar relucientes las baldosas de la escalera.

¿Por qué la vida real no puede ser como los sueños?

Pobre y poderoso viento

Pilar L. Alcántara

.....

.....

Me llamo Rosalía (Rosi para los amigos) y soy de un pueblo de interior (o sea de secano). Mi novio se llama Carlos y él es de un pueblo costero. Un día me propuso ir de excursión con unos amigos, Toni y su novia Marga en su llaut. Bueno, no sé si sabéis que un llaut es una embarcación de pesca, con un pequeño camarote abajo y arriba tiene como una caseta donde va el timón.

Toni había dejado de trabajar en turismo para dedicarse a la pesca de langostas, como anteriormente había hecho su padre; a mí lo de navegar me pareció una idea genial... Y llegó el día, por cierto, con un tiempo esplendido. Embarcamos y el llaut fue saliendo del puerto poco a poco.

Me pareció fascinante. En tierra se veían algunos pescadores reparando las redes rotas; conforme nos íbamos alejando, yo disfrutaba contemplando el bonito paisaje cuando llegamos mar adentro.

Toni, durante la mañana, hizo su trabajo y también me enseñó una clase de pesca que se llama de volantín, que es como pescar con una caña pero con muchos anzuelos. De esa manera se pueden pescar varios peces de una vez y me gustó ese estilo de pesca que no conocía, porque con una caña normal la pesca la encuentro aburrida.

Al medio día, Toni y Carlos hicieron un arroz con langosta que nos chupamos los dedos, acompañado de un buen vino; eso es algo que yo siempre tengo en cuenta. Después, Laura y yo tomábamos el sol en cubierta con nuestros coloridos biquinis y estuvimos nadando en el magnífico Mediterráneo en aguas transparentes con un color azul celeste precioso, todo iba estupendo... Pero de pronto cambió la luz del día, el cielo se tornó gris oscuro, y el mar también del mismo color debido al reflejo del cielo. De repente comenzó a tronar, a relampaguear y a llover torrencialmente.

Se movió un viento racheado que soplaba a la barcaza como si fuera de papel, peligraba la vuelta al puerto. El estruendo era impresionante con la lluvia, el viento y el oleaje... Parecía que todos los elementos se habían puesto de acuerdo para jugar con la barcaza y, tan pronto la subía a la cresta de la ola gigante, como la bajaba a lo más hondo de las profundidades. Pero aún era mucho peor cuando el viento empujaba a la embarcación de costado, pues se inclinaba tanto que se ponía casi vertical, ¡no volcaba de milagro!

Los cuatro íbamos agarrados fuertemente donde podíamos, sin soltarnos ni un momento. Esta clase de embarcaciones no son rápidas, pero con aquel temporal avanzaba a paso de tortuga. Nadie decía nada y yo dudaba que pudiéramos llegar al puerto. Rogaba a Dios que calmara a los elementos, pero el temporal arreciaba por momentos. Entonces supuse que Dios no se encontraba presente por allí en aquellos momentos y yo le preguntaba al viento: *¿por qué estás enfadado, por qué ruges enfurecido, qué te*

pasa viento que estás como enloquecido? ¡Qué pena, qué miedo me das, pobre y poderoso viento!

No sé calcular las horas que estuvimos yendo a la deriva, pero al mismo tiempo que lo pasaba mal, me di cuenta que me gustaba. Me parecía una experiencia emocionante, supongo que sería la adrenalina que nos produce el organismo en los momentos de riesgo y que nos hace disfrutar a los jóvenes aventureros. Yo siempre he sido bastante aventurera. Para mí era la primera vez que navegaba en una embarcación pequeña; lo había hecho varias veces antes, pero en barcos de pasajeros y, esa vez, a pesar de la mala experiencia, no dejó de gustarme el mar y la navegación.

Al final, llegamos a puerto sanos y salvos, aunque muy cansados. Tanto que no volvimos a repetir la excursión nunca más. ¡Qué pena! Y eso que el llaut no sufrió ningún percance. Solo que cuando Toni amarró bien, nos dimos cuenta de que las olas nos habían robado la gran pesca de langostas.

.....

Escena nº 8

Noctámbulos

Abril, 2013

.....

¿En qué consiste esta escena?

La escena de este mes se basa en el cuadro homónimo del pintor norteamericano Edward Hopper. No es necesario que los protagonistas sean los personajes del cuadro ni que tenga lugar dentro del bar. Hay libertad absoluta siempre que:

1. La historia tenga lugar durante la noche, haciendo homenaje al título del cuadro (Noctámbulos) y la atmósfera de soledad que desprende.
2. La historia esté inspirada en el cuadro de Hopper.

Noctámbulos de Hopper

M.H.Heels

.....
www.mhheels.wordpress.com
.....

Jacob llamó al timbre. Se limpió el empeine de los zapatos con la parte de atrás de sus pantalones. Estaba nervioso, quizá demasiado; después de tanto tiempo podría demostrar que no estaba loco, que todo era cierto. La puerta se abrió con un chasquido y Jacob notó que el corazón se le paralizaba durante medio latido.

—¿Qué desea? —preguntó una mujer rubia, de unos treinta y pocos, sonriendo tímidamente.

Jacob notó que la decepción caía sobre él como una losa. No podía ser Ella. Después de tanto tiempo y de tantas pistas falsas pensaba que esta vez la encontraría... pero sentía que de nuevo se había equivocado y había seguido una pista que no le llevaba a ningún sitio.

—“Tjaowens erta kuii”— dijo Jacob sin mucha confianza.

Era Zyent, el Idioma Puro. Si en realidad era Ella, lo comprendería. Después de muchos errores era la forma más rápida de saber si esta vez había acertado. La sonrisa desapareció del rostro de la mujer.

—¿Cómo me has encontrado? —El tono de su voz pareció volverse más frío—. Pasa. Hay cosas que no se deben decir a oídos del mundo.

Los nervios se volvieron a agarrar al estómago de Jacob y no pudo reprimir una sonrisa triunfal mientras entraba en la casa. Por fin había encontrado a la Última Bruja y ahora podría demostrar a todo el mundo lo que tantas veces había repetido: que las brujas existen de verdad, que siguen entre nosotros y, lo más importante, que no estaba loco.

—Responde, ¿cómo me has encontrado? —repitió Ella sin permitirle entrar más allá del recibidor.

—Quedaban archivos... manuscritos y cartas, en Salem y en otros sitios. Seguí varios pero eran mentira, hasta que uno... Hasta que llegué aquí —Jacob hablaba sin coherencia. Tenía un discurso perfectamente ensayado, pero se había borrado de su mente en cuanto cruzó el umbral de esa puerta.

—¿Quién más lo sabe?

—Solo yo... bueno, no. Todos los del departamento, ellos también lo saben, y mi familia, pero no me creen. Piensan que estoy loco. Pero tú estás aquí y yo te he encontrado y ahora... —Por algún motivo supo que no debía seguir hablando.

—Bien. Pasa —dijo Ella guiándole hacia el salón.

Era un salón grande, con muebles de maderas nobles, una chimenea en un lateral y las paredes cubiertas de cuadros. Jacob tampoco esperaba encontrarse un salón así. Puede que fuese culpa de las películas, de las altas expectativas que tenía en aquella visita o de su maldita imaginación, pero se esperaba otra cosa. No sabría decir

exactamente qué, pero no algo así, no esperaba que fuera tan “normal”.

Algo le hizo caminar despacio hasta la pared de la derecha. Se paró frente a uno de aquellos cuadros y lo miró absorto. En él se veía a varias personas dentro de un café a altas horas de la noche. Era un cuadro famoso. Ya lo había visto varias veces antes y siempre le había gustado.

—El cuadro se llama Noctámbulos y es de Hopper —dijo Ella como si le hubiese leído el pensamiento—. ¿Te gusta?

Jacob asintió con la cabeza. Después todo se volvió negro.

No sabía cuánto tiempo llevaba en aquella calle ni cómo había llegado allí, pero todo aquello le resultaba demasiado familiar. Tampoco podría explicar por qué entró al local y se sentó en uno de los taburetes. Simplemente sentía que era lo que debía hacer.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó una mujer vestida de rojo desde el otro lado de la barra.

—No... no lo sé, no sé dónde estoy.

—Estás en un lugar perdido entre realidades.

—¿Estoy muerto?

—No, pero todos a los que has conocido pensarán que sí. Tú seguirás viviendo aquí, con nosotros, eternamente.

—Desearás estar muerto —dijo el hombre que estaba sentado al lado de la mujer.

—¿Es el infierno? —preguntó de nuevo Jacob.

—No hemos tenido tanta suerte. Piensa, ¿qué has hecho?
—Jacob se encogió de hombros como respuesta—. ¿Qué les has hecho a Ellas?

—¿Ellas? Ellas... — repitió Jacob comprendiéndolo.

Había descubierto a la Última Bruja y le había dicho que se lo contaría a todo el mundo. No podía culparla.

La Última Bruja metió la ropa de manera apresurada en la maleta de mano. Debía ir a Salem cuanto antes, localizar aquellos archivos y destruirlos. No podía permitir que nadie más la encontrara.

Al pasar por delante del salón vio que el cuadro estaba torcido y lo colocó con cuidado. Siempre que enviaba allí a alguien se descompensaba con el peso extra.

Phillies Diner

Iracunda Smith

.....
www.iracundasmith.wordpress.com
.....

John caminaba de prisa, con los cuellos del abrigo subidos para protegerse de la nieve. No veía bien por dónde iba pero estaba a pocos metros de su casa. Cuando llegó a la puerta del edificio e intentó encajar la llave en la cerradura, no lo consiguió. Se maldijo, debía haberse desorientado. Le dio un golpe a la puerta y esta cedió. Cada vez nevaba más fuerte así que no se lo pensó dos veces y entró acompañado por una ráfaga helada que le obligó a cerrar los ojos.

Cuando volvió a abrirlos comprobó que se trataba en un restaurante sencillo, uno de esos “diner” que tanto le gustaban de pequeño. No le faltaba detalle: La barra de madera, los tanques metálicos detrás de esta, las preciosas baldosas verde jade, las cristaleras que rodeaban casi completamente el restaurante... pero ni rastro de la nieve tras ellas. Solo oscuridad.

Nadie diría que se había producido nevada alguna de no ser por los copos que le cubrían el abrigo y la cabeza.

Se giró hacia la barra para preguntar a los allí presentes por lo ocurrido. Sólo había tres clientes: un hombre que permanecía con los brazos cruzados mirando fijamente su taza de café y una pareja que, sentados el uno junto al otro, evitaban mirarse y tocarse en todo momento. Esta

falta de contacto, paradójicamente, transmitía tal pasión contenida entre el hombre y la mujer que John tuvo que apartar la mirada de ellos, como si estuviese contemplando algo que no debía. En cuanto al barman, era un hombre de unos sesenta años ataviado con uniforme blanco que en ese momento lavaba los platos. En su camisa llevaba una placa con su nombre: “Phill”.

El barman levantó la vista y le preguntó qué deseaba.

—Ha parado de nevar de repente —dijo John en una mezcla de pregunta y afirmación.

—Es probable —se limitó a decir Phill.

—No hay ni un triste copo de nieve en la calle. No puede ser.

John abrió la puerta del restaurante para corroborar lo que decía. Salió unos segundos y volvió a entrar aturdido.

—¿Podría ponerme un café? No me encuentro muy bien...

Phill ya le había servido una taza antes de que se sentase en la barra.

—¿Me he muerto? —preguntó John en un susurro para evitar que los demás clientes le oyeran.

—Todavía no —contestó sonriendo—. Estás esperando, como todos aquí.

—¿Esperando la muerte?

El barman meneó la cabeza.

—No, John. Estás esperando a qué Él o Ella decida qué hacer contigo. Y antes de que lo preguntes: no, no me refiero a Dios. Me refiero al Creador. A quien ha hecho que esta noche, sin previo aviso, tu novia te abandonase; y quien ha decidido que necesitabas caminar bajo la nieve para aclararte las ideas —Phill hizo una pausa para que John asimilase la información—. Esta no es tu vida John, es su historia. Igual que la de los otros clientes de este bar. Cuando un escritor no sabe qué hacer con sus personajes los manda aquí. Esa pareja lleva más de un año esperando para seguir con la historia de su romance prohibido. ¿Se quieren por encima de todo? ¿Se detestan porque empeñándose en estar juntos han destruido todo y a todos a su alrededor? Él todavía no lo ha decidido. Puede que nunca lo haga. Si lo hace, volverán a su historia sin recordar este lugar. Porque este lugar no pertenece a la historia.

—¿Y ese hombre? —dijo mirando al otro cliente.

—¡Ah! No te preocupes por él. Ni siquiera tiene nombre. Lleva ahí sentado sin moverse un par de meses. Es una idea que le ronda por la cabeza, pero no creo que dure mucho...

—¿Y yo? —John temía que ese “no durar mucho” fuese contagioso y se imaginó a si mismo desvaneciéndose en la nada.

—Tú eres el nuevo.

Durante las horas siguientes John intentó salir del restaurante varias veces, pero no consiguió dar más de diez pasos sin debilitarse. Finalmente se sentó a tomarse el café. En ese momento la vio.

—¿A dónde lleva esa puerta? ¿Son los baños?

—Tomate el café y espera, aquí es dónde Él quiere que estés por el momento —le espetó Phill.

John se preguntó qué pasaría si retaba al Creador. ¿Le fulminaría con un rayo? Cualquiera cosa era mejor que desaparecer sin más, así que corrió hacia la puerta...

...pero esa es otra historia.

Noctámbulos

G. de Syldavia

.....
www.sopaderelatos.com/author/xplorador
.....

La ciudad entera a mis pies y nadie para compartirla.

Sustancia y propósito divorciados.

Era una de esas noches de abril en las que puedes oír tus propios pasos sobre las baldosas. Una de esas noches en las que, cuando la gente duerme plácidamente en sus camas, los noctámbulos despiertan como borrachos de soledad. Porque no quieren renunciar a la vida y se aferran a ella hasta el final del día. Se les puede ver en las últimas butacas de las salas de cine, con la cara en sombra, bajando la calle muy despacio en el coche, apurando un triste vaso.

Por lo que a mí respecta, aquel catorce de abril vagaba sin rumbo bajo la luz de las farolas. Mis pulmones se llenaban con cada suspiro de aire fresco y el silencio estaba preñado de sonidos. Tintineos, crujidos, chirridos, pisadas apresuradas, ladridos. Todo parecía posible, un destello de plata en una esquina, la voluntad o la vida, un último estertor junto a una bolsa de papel.

Pero dentro de aquella cafetería el tiempo se había detenido. Lo noté en cuanto traspasé el umbral y me llegó aquel olor a cruasán recién tostado que después nunca olvidaría. Ese condenado olor cambió mi vida.

—¿Qué desea caballero?

—Un café cargado. Tan cargado como pueda estar.

Me miró aquel tipo del sombrero azul. Se giró hacia la mujer, vestido rojo y carmín rojo resaltando la blancura de su piel. Se sonrieron con disimulo, pagaron la cuenta y salieron, dejándome a solas con aquel camarero. Llevaba uno de esos ridículos gorros blancos medio encasquetado sobre la calva. Recuerdo que su nuca brillaba como una bola de billar recién bruñida.

—¿Quiere un cruasán?

—No, gracias.

—Eso es porque no ha probado uno de estos —Cogió uno de los cruasanes que reposaban tras un inmaculado cristal, todos perfectamente alineados—. Tome, invita la casa.

Supongo que le di las gracias. Pero dejé el cruasán en el plato, sin intención de probarlo. Al cabo de un rato estaba leyendo el periódico tranquilamente. No me interesaban las memeces de siempre, ya sabe, política o edificios inaugurados; por aquel entonces aún me gustaba la sección de deportes.

—*Ya veo.*

—*El caso es que ese tipo se me quedó mirando mientras leía. Se apoyó sobre la barra y se puso a mirarme, sin más.*

—*¿Y eso le molestó?*

—*iClaro joder! Me miraba con sus ojos azules como si fuera un maldito libro de recetas.*

Le pregunté si quería algo. Él me contestó que sí, que claro que sí. Me dijo muy claramente:

—¿Qué estás haciendo?

—Leer cómo ese maldito Murdock se carga el equipo otra vez.

—No me refiero a eso, ¿qué estás haciendo aquí? —Frotaba un vaso de cristal con un trapo impecable, girando la muñeca una y otra vez, pero tenía sus ojos clavados en los míos.

No me apetecía entablar una de esas conversaciones profundas con camareros, así que saqué unas monedas y las dejé con una palmada en la barra. Tenía la mano en la puerta, pero su voz me retuvo.

—Ya no volverá, Jack.

—¿Cómo ha dicho? —Volví adentro, más con la intención de averiguar por qué aquel desconocido sabía mi nombre. Y a punto de perder los papeles.

—Ella está con otro hombre y a nadie le importa tu desesperación.

Me abalancé sobre la barra y le cogí del pecho.

—¡Vete a la mierda! ¿Quién te crees que eres?

No me enorgullezco de ello, pero le zarandeeé. Quizás estaba asustado porque supiera aquello, enfurecido porque se metiera en mi vida. Me molestaba el modo que tenía de leerme con sus ojos azules. Me sentía desnudo.

—No importa quién sea, Jack. Lo importante es que estoy

aquí para ayudarte, para que averigües la gran pregunta.

—¿Qué gran pregunta? ¿Esto es algún tipo de concurso, eh, gilipollas? —Le solté del pecho y me senté de nuevo en la butaca. Mientras me aflojaba el nudo de la corbata, aquel tipo me pilló desprevenido, cogió el cruasán del plato y me lo metió en la boca antes de que pudiera protestar

—¡Pruébalo!

Me quedé estupefacto, con medio cruasán sobresaliéndome de la boca y las migas cayendo al suelo.

—¡Cómetelo!

Y lo hice. Era el cruasán más delicioso que había probado jamás. Perfecto en todos sus matices. Consistente, redondo. Completo.

—¿Se puede creer que al día siguiente en aquel bar había una librería?

—No.

—Me lo imaginaba.

—¿Así que se fue sin más, después de que le metiera un cruasán en la boca como si fuera el relleno de un pavo de Navidad?

—Sí.

—Ya veo. ¿Y cuál era esa gran pregunta?

—No estoy seguro, pensaba que usted me ayudaría a resolverla.

—¿Por qué demonios le metió un cruasán en la boca?

—No lo sé.

—Bueno, volviendo a la entrevista, ¿por qué decidió embarcarse en “Sustancia y Propósito”, para muchos, la primera novela que disecciona el alma del hombre posmoderno?

—Se lo acabo de contar.

Los muchos nombres de Murchad O'Hara

César Dublas

.....

www.historiasdegaya.com/p/cesar-dublas.html

.....

Se había acostumbrado a que le llamaran de muchas maneras a lo largo de los últimos años: al principio siempre le trataban de usted, pero esa fue otra época, una época en la que los modales venía impuestos de padres a hijos y en la que Dios imponía más. Ahora, los habituales solían llamarle Mike o Micky; nunca le habían gustado las abreviaturas, quitarle contenido a un nombre para él era inconcebible, una herejía, pero gracias ellos la caja nunca estaba vacía del todo. Para los proveedores siempre había sido el señor MacGowan, Michael MacGowan. La rara vez que aparecía una mujer, esta solía utilizar cualquier variante de la palabra camarero pero, eso sí, siempre marcando las distancias. Luego estaban los unos, cómo a él le gustaba llamarlos, que aparecían una noche cualquiera, pedían un café y uno no volvía a verlos más; para estos no tenía nombre, era un simple intermediario.

Esos eran todos los nombres que quería recordar, ni uno más. Por eso, mientras se afanaba en sacar brillo a las botellas de la estantería con una trapo viejo, anotando mentalmente cuáles debía reponer, le sorprendió tanto oír aquellas palabras.

—¿Murchadh O’Hara? —su voz era dura, de fumador.

Murchadh llevaba muchos años muerto, puede que demasiados, tantos que, para él, ese nombre era una simple mota de polvo en la vasta llanura de su memoria. Cuánto tiempo llevaba allí era una pregunta que no podía responder sin pensar en ella. Por ella estaba allí, por ella se pasaba las noches encerrado en esa barra de bar solitaria, sin más compañía que aquellos hombres que fingían ser sus amigos durante un par de horas para luego olvidarse de él hasta el momento en que necesitaran otra copa. Si supieran quién era él, no le tratarían así, serían ellos los que le servirían copas y le preguntarían ‘¿Cómo le va?’ aunque no les importara. Pero pocos había que supieran quién era él, la mayoría debían haber muerto tiempo atrás y los que seguían vivos parecían haberle olvidado, especialmente ella.

—Murchadh, ¿sois vos? —el hombre esperaba en el umbral de la puerta.

Su posición, a medio camino entre las luces de la calle y el fluorescente del bar, favorecía que las sombras tomaran formas extrañas en su larga barba y en su cara, confiriendo un halo misterioso a sus ojos. Eran plateados con un ligero toque de miel en el centro, cómo aquellos ojos que le habían encerrado allí, sólo, siendo sin ser, en esa fría taberna. No tenía ninguna duda, ese tipo tenía los ojos de su madre y había dicho su nombre.

Después de tanto tiempo esperándolo, un hijo de Maggie le había llamado por su nombre real, Murchadh, y eso sólo podía significar una cosa, su libertad.

Al fin podría volver a utilizar su poder, a ser Murchadh el Temido, cómo le habían conocido diez siglos atrás y sus discípulos volverían a llamarle Maestro O'Hara. Por todo el mundo se difundiría el mensaje de que Murchadh dos veces muerto había renacido otra vez y la gente se escondería al oír su nombre como antaño. Maggie, con su voz melosa, cogiéndole las manos y apretándolas contra su pecho, le llamaría Luaidh, cariño, y él correspondería con su Grian, mi sol, habitual antes de fundir sus cuerpos en uno.

—Mucho tiempo ha que deseaba oír ese nombre —una lágrima recorría su mejilla—. Sí, yo soy aquel al que buscáis.

Los escasos cuatro clientes que había a esas horas de la noche se giraron para observar el extraño atuendo del hombre de la barba, que se dirigía hacia él ignorando el murmullo que estaba generando.

Al llegar al otro lado de la barra, el hombre levantó el dedo índice de su mano izquierda, señalándole que se acercara, y fijó sus ojos en los suyos mientras sacaba una daga del interior de su túnica.

—Murchadh O'Hara —susurró hundiéndosela en el corazón—, sois libre.

El juego de los noctámbulos

Rosalía Navarro Morente

.....
www.albeagaynavarro.blogspot.com.es
.....

Decidió esperar cinco minutos más, aunque el retraso de su compañero de juegos era ya de quince minutos. No le importó su impuntualidad, así que le esperó sentada en la barra del bar de un local que solían frecuentar todos los viernes. La noche había despertado entre lágrimas y la luna se ocultaba tras las nubes lloronas. Mientras se tomaba su copa de vino, uno blanco espumoso, se miró las uñas de las manos. Su anillo de prometida brillaba en aquel local oscuro, refugio de noctámbulos como ella. Aquella alianza de compromiso ya no tenía ningún valor para Diana. El hombre que le prometió amor eterno se había esfumado de su vida sin avisar, dejándola en un extraño estado de desamor. Distraída, observó al hombre que estaba sentado al final de la barra del bar. No era alto ni corpulento: el tipo perfecto para el juego. Sabía que no era prudente jugar sola y más de una vez se lo había advertido Luis, su compañero noctámbulo, pero la tentación latía en su corazón. Miró sin interés el periódico local para distraerse y no pensar en ello, sin embargo, Diana decidió jugar con el hombre que estaba al final de la barra, sin esperar a su compañero. Echó una ojeada a su reloj de pulsera, se levantó del asiento tras estirar su falda negra y se encaminó hacia el desconocido. Se sentó a su lado, le pidió al camarero otra copa de vino

espumoso y sin mirar al desconocido de la barra dijo:

–La lluvia ha estropeado la noche.

Él se giró para descubrir a una mujer de rostro hermoso, ojos azules, melena negra y cuerpo esbelto.

–Sin duda señorita.

Diana pestañeó de una forma coqueta, a sabiendas de la reacción que causaría en su interlocutor anónimo. Sorbió un poco de vino y dijo:

–¿Está solo?

–Ya no. ¿Cómo se llama?

–Eso no importa.

Él sonrió mientras ella buscaba algo en su bolso. Sacó un paquete de cigarrillos y un mechero plateado, un regalo de su prometido desaparecido. Apuró su copa y le preguntó:

–¿Me acompaña?

–No fumo, pero si me lo pide le acompaño, aunque sea como un simple espectador.

–Me temo que no será un simple espectador. Tiene el honor de ser el actor principal en esta noche llorona.

Su entusiasmo era evidente. La siguió hasta el exterior del local. Diana le guió con unos andares seductores hasta un callejón cercano iluminado por una vieja farola, un lugar que anteriormente había frecuentado con su compañero de juego. Entre las penumbras se entregaron sus bocas, buscando sus lenguas ávidas de sexo caliente y embriagador,

repudiando cualquier gesto cariñoso. Ella disfrutaba con el juego, con el deseo creciendo en su pecho. Un palpitante deseo irreprimible que marcaba sus noches y apagaba sus días. A tientas, sacó de su bolso una navaja, pero él estaba demasiado entretenido como para ver el destello de la hoja afilada en la oscuridad. En unos de esos besos apasionados, que tan solo destilaban una necesidad física, Diana clavó el arma blanca en el pecho del desconocido. Él se sorprendió y mirándola a los ojos vio como aquella mirada azulona se transformaba en una turbia.

El asesinato del rey

Aradlith

.....
www.tierrasdeerethia.blogspot.com
.....

Tras el intento de asesinato de la reina, al detective O'Neill se le empezó a acumular el trabajo. La verdad era que pocos homicidas le habían dado tantos quebraderos de cabeza como éste. Mientras se servía otro vaso de *whisky* barato, recordó con una irónica sonrisa cuánto había peleado meses atrás para conseguir este caso. Claro está, un asesino en serie que aterroriza a toda la ciudad da mucho nombre, y esta era su oportunidad para jubilarse del cuerpo de policía e instaurarse como detective privado.

Lo que había sucedido horas atrás terminó de colmar el vaso. De todas las mujeres de la ciudad... ¿por qué se tuvo que meter Alana de por medio? Ella siempre fue un obstáculo en su carrera. Pero la pieza de ajedrez ya estaba elegida, ahora estaba obligado a cuidar de ella. Se llevó las manos a la cabeza y apoyó los codos sobre la mesa recordando algo con amargura.

—Mejor dejar las cosas como están, esa mujer nunca quiso dejarse llevar por el buen camino. Solo me traía desgracias, hice bien alejándome de ella —murmuró en un intento de apartar el pasado de su cabeza—. Al fin y al cabo, no hay mal que por bien no venga. Al descubrir que la reina se encuentra a la izquierda del rey, el psicópata me dijo

donde se realizarían los siguientes asesinatos.

Ese asesino en serie siempre seguía un patrón muy marcado. Desde el primer asesinato a aquella torre en la calle Camden, había estrechado también su camino, colocándose al fin entre la espada y la pared. Y al colocar a su reina en el callejón al lado del Phillies, Donovan O'Neill sintió que ya casi le tenía echado el guante. Pero sabía que iba a volver a por la reina antes de culminar su crimen con el rey, la guinda de su pastel y seguramente el objetivo de su masacre.

Buscó en el mapa la casilla del rey. Era la iglesia de St. George.

—Nada más apropiado que un crimen religioso para pasar a la historia —sentenció. Minutos después cogió su sombrero y se dirigió a la comisaría para redoblar la vigilancia en la zona de la iglesia.

Tras un mes de vigilar a Alana en la distancia, llegó la noche del ocho de enero, noche en la que hacía un año había empezado todo. Ese día para O'Neill había sido eterno, pues tenía un mal presentimiento. Al oscurecer se dirigió a la calle donde ella vivía. A los pocos minutos de llegar, una joven con un suntuoso abrigo de piel salió del edificio en dirección al Phillies.

—No me puedo creer que sea tan estúpida —se dijo O'Neill, siguiendo los pasos de ella silenciosamente. A pesar de sus esfuerzos, poco antes de llegar al Phillies ella se dio la vuelta y lo llamó:

—Donney.

Donney... ¿Cuánto tiempo llevaba sin escuchar ese nombre? O'Neill dudó, pero finalmente salió de entre las sombras.

—Alana —respondió como saludo mientras se le acercaba—. ¿Qué haces aquí? Hoy más que nunca deberías encerrarte en tu casa y tragarte la llave. ¿Acaso quieres que te maten? —Esto último lo susurró ya a su lado.

—No sabía que te importase tanto, Donney. Sea pues, acepto ir a tomar algo —Donovan, como siempre, no recordaba haberla invitado a tomar nada—. Vamos aquí, al Phillies... Me trae tantos recuerdos...

—Basta, Alana. Ya te dije que no quiero nada más contigo, lo que pasó está olvidado y enterrado, mejor vuelve a tu casa y... —Pero ella lo agarró del brazo y él se dejó llevar.

—Dos *whiskys* con hielo, por favor —pidió ella, como siempre.

Al poco, O'Neill ya había cedido ante el coqueteo de Alana. Tras beber y recordar viejos tiempos, ella le rodeó el cuello y le susurró:

—Conozco un lugar donde podemos estar a solas.

Alana lo llevó a un pequeño edificio abandonado enfrente del bar, que a O'Neill le resultaba gratamente familiar, pero una duda le ensombrecía la cara: ¿a cuántos más habría llevado Alana a esta casucha abandonada? Ella forzó la cerradura con una horquilla y, apenas cerraron la puerta, lo besó dulcemente. O'Neill sintió que ya era tarde, había caído bajo el hechizo de esa mujer que, como una serpiente, paralizaba a su víctima con un beso mortal. Todo volvía a

empezar: el amor, la pasión, los celos y la autodestrucción. Mientras todas estas ideas rondaban su mente, ella, a la vista tan angelical, se empezó a desabrochar la blusa con cuidado, y él dejó de reprimirse. Con brusquedad, la arrojó sobre un polvoriento sofá.

...

O'Neill se despertó atado a una silla, amordazado. Alana se giró hacia él:

—Sabes que no me gusta jugar con blancas, Donney.

Al fin, O'Neill resolvió el caso.

Ella sonrió:

Jaque Mate.

Vuelves a ser tú

Olaya Pérez Álvarez

.....

.....

Desconocía si los sueños eran de colores, si eran preludio de situaciones venideras, si su significado denotaba alguna característica de personalidad. Simplemente sabía que se había despertado allí, en el suelo de un tugurio de mala muerte, rodeado de personas que le dirigían miradas iracundas.

Sentía cómo el pómulo izquierdo le latía con un dolor indescriptible y cómo un reguero de algo caliente (¿sangre?) recorría su piel a paso lento. Desconcertado, trató de levantarse mientras aquel hombre plantado ante él se preparaba para un nuevo ataque. Instintivamente se tapó la cara con las manos, gesto ante el cual el hombre bajó los puños. De los labios de éste salieron las siguientes palabras:

—Pedro, ¿vuelves a ser tú?

Cerró los ojos víctima de su confusión. ¿Quién era Pedro? ¿Quién era él mismo? ¿Dónde estaba?

De repente, una imagen en su cabeza lo ensombreció todo. Fue una visión fugaz, quizá poco importante para otra persona pero no para él.

Pausadamente, se incorporó y comenzó a caminar,

cojeando pero con paso decidido. La gente arremolinada a su alrededor se empezó a apartar para abrirle paso. Con la mirada perdida, abrió la puerta del bar y salió al callejón oscuro. Allí, lo vio todo más claro y decidió hacerlo de una vez por todas. No soportaba el sufrimiento causado y, aún menos, la sensación de culpa que lo seguía. Encontró una botella de *bourbon* rota e hizo lo que tenía que hacer...

A la mañana siguiente, otra persona que no tenía nada que ver con la oscuridad que reinaba allí se despertó en una cama vacía. Inmediatamente, Marina supo que algo no andaba bien y se levantó como un resorte a buscar a Pedro por la casa. Le llamó insistentemente sin obtener respuesta alguna y se temió lo peor. El sonido taladrante del teléfono se lo confirmó. Habían encontrado a Pedro desangrado a las puertas del Phillies.

Ella lo sabía. Tras muchos peregrinajes por consultas médicas, psicólogos, curanderos y chamanes varios, el maldito trastorno de sueño lo había acabado matando.

Marina lloró a Pedro, aquel hombre dulce que le había enamorado, no así a Carlos, aquel personaje violento en quien se convertía cuando el “sueño lento” se apoderaba de él.

Tras los cristales

Patricia Ferrer

.....
www.patriciandromeda.wordpress.com
.....

Una noche más que empieza. Igual a la anterior; premonición de la que vendrá. Siempre distinta, siempre la misma...

Paso distraídamente el paño sobre la impoluta barra de madera que me convertirá en espectador otra noche más. La costumbre hace de mis actos un ritual, y es tan importante para la quietud de mi espíritu borrar la presencia de cualquier mancha imaginaria, como la de comprobar que la gramola conserva en su lugar todos los discos que jamás sonarán.

Inspiro profundamente y me dispongo a darle la vuelta al cartel de “cerrado”... No es que este gesto vaya a marcar una gran diferencia en los acontecimientos de la noche, pero forma parte de esa liturgia a la que he ido dotando de significado a través del tiempo... Tiempo en el que se han desdibujado los límites de la realidad, creando un mundo paralelo en el que mi memoria es la única superviviente.

No espero oír el tintineo de la campanilla que descansa sobre la puerta de cristal; sé que en el momento en que me gire a colocar un vaso en su sitio Mike aparecerá, apoyado al otro lado de la barra y con esa sonrisa nostálgica que muere en sus labios con cada despuntar del alba.

No duda en explicarme el motivo de su presencia, como si con su verborrea quisiera alejar los miedos que alimentan su inseguridad. Él ignora que llevo escuchando esa misma historia, noche tras noche, durante lo que probablemente sean ya décadas; sorprendiéndome cada vez que me explica emocionado que hoy por fin se encontrará con Sarah, la mujer con la que lleva años escribiéndose; la mujer que, con sus palabras, salvó su vida; la única que se atrevió a contestar a aquella plegaria que lanzó desde el frente en forma de misiva anónima, durante su participación en la II Guerra Mundial.

El sonido de unos tacones detiene su charla y su respiración. Cual sustituto de un reloj ausente, hace audible el paso del tiempo y lleva hasta el límite los anhelos de un hombre que pronto revivirá el instante en que quedó atrapado en este peculiar limbo de la cordura.

“¿Disculpa, me invitas a un cigarrillo?”, Mike despierta de su embrujo y queda envuelto en esa mundana aura de la farándula nocturna que se acerca a él, exudando decepción y hastío, con el alma rota por saber demasiado y la añoranza de una inocencia repleta de ilusiones intactas.

Christine es la dueña de ese segundero animado, otra prisionera de estas paredes de cristal, en espera de algo que no llegará jamás. Su resignación no pretende más que ocultar el dolor que alberga en su interior, pero no hay nada que mis ojos no puedan ver... En mi mundo de sombras y silencios todo queda al descubierto.

A nadie sorprende que, pese a la inmovilidad de la puerta, los taburetes vayan siendo ocupados por extraños

personajes que parecen surgir de la nada. El más enigmático es, sin duda, Lester, el contrapunto perfecto para la muda campanilla de la entrada: ella nunca avisa y él siempre aparece.

Vaso de brandy. Dos dedos de ámbar líquido fluyendo ante sus ojos. Y la intimidad en la que se resguarda cuando yo me retiro de nuevo entre las sombras. Algunos ojos curiosos observan a veces cómo permanece inmóvil frente a la barra, con la mirada fija en el vaso que permanece intacto, descansando todo el peso de su cuerpo sobre las manos que apoya contra el mostrador de madera.

Abandonando su copa, Lester encamina sus pasos hacia donde duerme el tocadiscos, disfrutando con cada uno de los gestos responsables de que, de pronto, nos veamos inmersos en esa intoxicante voz que desgarrar el alma y que sé positivamente que jamás ha estado almacenada en la gramola.

Ignoro cómo opera la magia, pero con el tiempo he dejado de preguntarme por tales cosas para entregarme al completo disfrute de la canción que, noche tras noche, acompaña nuestros silencios. No sólo he acabado aprendiéndome al dedillo la letra de “*My Man*”, sino que mi fascinación por la voz rota y cautivadora de Billie Holiday ha ido en aumento hasta llegar a rozar la devoción. Pero ninguna de las impresiones que pueda causarme a mí es comparable a la influencia que esa canción ejerce sobre Lester; como un mantra que se repite una y otra vez en su cabeza, invocando a los fantasmas que torturan su alma con oscuros pensamientos... con recuerdos, tal vez, que llenan sus noches de remordimientos y rabia contenida por

lo que ya no puede deshacerse. Cada verso le acerca más al vaso de *whiskey* que le reta desde la barra hasta aferrarse a él con ambas manos... a ese cuello de suave tacto que tantas veces besó... buscando la escapatoria de ese infierno personal en el que arde desde mucho antes de entrar en este bucle dimensional que compartimos todos.

La melodía termina y con el silencio irrumpen los primeros rayos de luz. El amanecer y su claridad borrarán todo rastro de la existencia de esos miedos que cobran vida cada noche. Y el tiempo avanzará, dando vida y trayendo muerte mientras nosotros permanecemos eternos en nuestro pequeño mundo inalterado; desapareciendo con la luz del día y habitando cada noche.

Sólo en días de lluvia, cuando las gotas de agua rompen el espejismo en el que permanecemos confinados, puedo vislumbrar retazos de la otra realidad, la que mora más allá de los cristales de nuestro mundo y nos convierte en apátridas del tiempo y el espacio; sin poder llegar siquiera a sospechar cuál es la magnitud de nuestro solipsismo.

Pero mientras ellos esperan a alguien imposible aquí dentro; yo conservo intacta la fe de que alguien, al otro lado, sigue esperando por mí. Ahí donde radica la diferencia, lo que me hace distinto en este lugar... el motivo por el que, probablemente, yo soy el único habitante entre estas cuatros paredes que recuerda que, una vez, tuvimos una vida en una época que ya no nos pertenece.

Phillies

Woody

.....

.....

Como de costumbre, me esperaba un piso frío y vacío. Decidí pasarme por “Phillies”, seguro que estaría abierto a pesar de lo intempestivo de la hora.

Albert acababa de servirme el segundo *bourbon* cuando entró una pareja. Pidieron dos Martini secos y no volvieron a abrir la boca, salvo para dar pequeños sorbos a sus copas. Sólo el piano melancólico de Thelonious Monk rompió el ensordecedor silencio reinante. El hombre terminó su Martini, dejó un billete de cincuenta euros sobre la mesa y salió del local. La mujer cogió la copa y apuró el contenido. Pidió otro Martini, pagó y vino hacia mí con la copa en la mano.

—¿Puedo sentarme a tu lado? No me apetece estar sola.

—Yo también estoy solo y tampoco me apetece. Siéntate. Me llamo Tony.

—Virginia. Mi marido acaba de irse a vivir con otra. Más guapa y también más joven. Tendré que acostumbrarme a la soledad, pero me da miedo.

—Uno nunca termina de acostumbrarse a la soledad, ila cabrona se te agarra como una lapa!

—Parece que sabes mucho sobre el tema.

—Hoy hace cien días desde que se fue dejándome tirado como a un trasto viejo.

—Brindemos por esto. ¡Por los que nos quedamos tirados!

—¿Quieres venir a mi casa?

—Vamos.

Después de varias copas, intentamos hacer el amor, pero ninguno de los dos estaba por la labor. Nos tomamos un somnífero cada uno y nos dormimos desnudos, muy juntos.

Me desperté con una fuerte resaca. Ella dormía a mi lado. Tras la extrañeza inicial recordé lo acontecido la noche anterior. Los cabellos le cubrían parte del rostro. Tenía una belleza serena. Abrió los ojos y al verme allí de pie, desnudo, pareció sorprendida.

—Buenos días. ¿Quieres una aspirina o algo para la cabeza?

—No, gracias. Enseguida me visto y me pido un taxi. No te preocupes.

—No te vayas. Por favor, quédate.

Aparté la sábana y dejé su cuerpo al descubierto. Ella no dijo nada. Tampoco se movió. Quería adentrarme en aquel cuerpo, notar su calor. Ninguno de los dos anhelaba satisfacer su cuerpo, únicamente buscábamos el calor, el calor del otro cuerpo para que se mezclara con el propio.

Nos apretábamos fuertemente como si quisiéramos que los dos cuerpos se fundieran en uno solo. Así pegados, simulamos un sueño que no teníamos y lloramos en silencio, sin lágrimas.

Alargamos el sueño ficticio hasta que nuestros cuerpos dejaron de desprender calor. Ninguno de los dos quiso ducharse, quizá para mantener durante unas horas más la ilusión de que no estábamos solos.

Decidimos ir a tomar una copa de despedida. No hicieron falta más palabras. Ambos sabíamos adonde íbamos.

En la barra, un hombre de aspecto taciturno apuraba un vaso de *whisky*. Pedimos un *bourbon* y un Martini que Albert nos sirvió sin mediar palabra. El saxo de Sonny Rollins hacía más evidente el silencio que reinaba en el local. Bebimos muy despacio, en silencio, como si nos diera miedo terminar la copa. Al terminar su Martini, ella dejó sobre el mostrador un billete de cincuenta euros. No nos dijimos nada, sólo intercambiamos una mirada agradecida. No me di la vuelta para verla marchar. Pedí otro *bourbon*. El hombre taciturno me lanzó una mirada de complicidad. Efectivamente, la soledad se te pega como una lapa.

Solo ante el Partido

Rafael F. Lozano

.....

.....

Andreas decidió cambiar el recorrido de su *indefinida marcha de los durmientes sin alma*, tal y como él llamaba a los paseos nocturnos por falta de sueño. Era, como cada noche, un interminable viaje sin sentido, buscando evadirse de su trastornada existencia. Paso tras paso, la ciudad se fundía en extraños sueños nublados; a veces cálidos, a veces hirientes.

«¿Sería capaz de matar a alguien? –se preguntó mientras cogía una gran cucaracha de una alcantarilla—. Lo he visto todos los días en las películas del Partido. Es muy fácil cuando te están haciendo trampa a las cartas, o cuando se meten con tu manera de andar –pensó, mirando a su pequeño amigo con determinación—. Leí hace poco que los robots no tienen sentimientos. ¿Podría convertirme en robot? Me cambiaría un brazo por un lanzallamas y nadie me detendría. Sería el amo del barrio. Dirían: “Abran paso a Ser Andreas de Barrionublado.” Me lanzarían flores y me ofrecerían felaciones e hidromiel allí donde fuera a combatir».

La oscura calle le llevó a un cruce de vías entre los distritos *Inspectores anti-cultura y Publicistas de alimentos del Partido*. «¡Malditos publicistas! –gritó en

pensamientos; quizás en voz alta—. No debí haber probado esas huevas exóticas que ofrecía el Partido. Fue a partir de ahí cuando aparecieron estos ruidos en mi cabeza —dijo ya en voz alta hablando con un cartel que rezaba *Phillies*—; pero seguro que tú estás deliciosa. No puedo esperar a notar el crujir de tu caparazón en mis dientes, el exquisito sabor alcantarillado de tus tripas y órganos internos en mi paladar y el amargo regusto que me dejarás durante horas —Aquellas palabras le habían provocado salivar, por lo que no lo pensó más y cató esa obra de arte de la naturaleza—. Excelente, provocador y jugoso. Una explosión de sensaciones se ha desatado en mis papilas, como un choque de trenes a gran velocidad; un orgasmo gastronómico. En cuanto a los publicistas del Partido, se van a enterar esos desgraciados... —Andreas se quedó inmóvil y, tan desconcertado, que hasta cesaron los ruidos en su cabeza—. ¿Dónde estoy? ¿A qué sitio del demonio he venido a parar?».

Conforme iba asimilando la situación y volvían a aparecer los ruidos en su cabeza, empezaba a preguntarse qué hacían ellos en aquel bar. Debían ser ciudadanos con identidades importantes, para saltarse el toque de queda, o altos dirigentes del Partido. «Si tuviera mi lanzallamas, podría apoderarme de sus identidades y llegar al líder del partido. Podría derrocarlo y acabar con este sistema —pensó mientras recordaba conversaciones en la oficina de especialistas de sonido, sobre antes del Partido—. Según esas viejas historias de la vida antes del Partido, hace ya varias generaciones, los trabajadores de barracones vivían en casas normales y la gente salía y paseaba, y era feliz. Con el lanzallamas podría ser mano derecha del líder, o ser yo

el siguiente líder. Tendría más felaciones e hidromiel que si fuera un caballero medieval».

El estricto toque de queda no permitía que hubiera nadie fuera de sus barracones a esa hora, ni siquiera los privilegiados que habitaban en casas. Las leyes antiterroristas se habían endurecido desde que aquella niña del distrito de *Forja: Cubiertos* se equivocase de instalaciones y se metiera a producir en *Cucharas soperas*, en vez de en *Tenedores*. «Estúpidos forjadores, tanto metal en el cerebro les impide pensar con claridad. Sin duda, ha sido un acierto coger esa especie de cucaracha; es la mejor que he probado en mi vida. –Inmediatamente, le asaltaron varias dudas gastronómicas–. ¿Estará buena la carne humana? ¿Y la de rata?».

Andreas estaba orgulloso de su identidad: especialista en sonidos de toque de queda; hecho que le confería total inmunidad para saltárselo cuando quisiera. Al menos, es lo que él creía. Aunque no había ningún problema, de momento, con que no cumpliera el toque de queda, ya que más de una vez se había cruzado de noche con agentes del Partido y le habían saludado amablemente.

Mientras veía por la cristalera al camarero del bar, con uniforme blanco, un cliente solitario miraba cómo coqueteaban el hombre y la mujer que tenía a su lado. «Por su aspecto, el que está solo debe ser un agente de seguridad nivel V del Partido. Será el más difícil de derrotar, por lo que tendré que inmovilizarlo temporalmente y eliminarlo el último. La cucaracha y tanto pensar, me están dando mucha sed –pensó esperanzado–. Al camarero se le ve de nivel III, ya que hay pocos de ellos en el nivel V, y estarán

viviendo con el líder. Se mantendrá al margen, a menos que se vea involucrado en la pelea; arriesga ya bastante teniendo el *Phillies* abierto. Me apetece un *whisky*. En cuanto a la pareja, un empujón al hombre contra la ventana me facilitará unos cristales en su nuca, y me dará la oportunidad de desencajarle el cuello a la zorra que está con él. De veras necesito un *whisky*. —Se convirtió ahora en necesidad—. Ella será cantante nivel IV del partido, o puede que dama de noche de altos niveles del Partido. Quizás le regale mi semilla antes de matarla. O quizás debería tomarte un *whisky* e irme a la cama; parecen inofensivos».

En ese momento, pasó un coche con un matrimonio y tres niños dentro, entre el *Phillies* y Andreas, y vio que un grupo de jóvenes se alejaban calle abajo, hacia Constructores de campos de reeducación. Iban hablando muy animados y no parecían tenerle miedo al toque de queda o a los agentes. «¡Dioses del Partido, eso es imposible!» Gritó ahora envuelto en pánico. Los altos mandos y el camarero del bar se percataron entonces de su presencia. «Me han visto. Ya no tengo salida, voy a entrar». Avanzó decidido hacia la puerta, a afrontar lo inevitable, y entró.

—¿Qué tal, Andreas? —dijo el camarero—. ¿Te pongo lo de siempre?

.....

Escena nº 9

De principio a fin

Mayo, 2013

.....

¿En qué consiste esta escena?

Para participar en esta edición había que crear un relato que, además de contar una historia con su inicio, su medio y su desenlace, reuniese las siguientes características:

1. Un narrador en primera persona.
2. La primera frase del texto: “Me giré al escuchar sus pasos”.
3. La frase final del texto: “cerré los ojos, incapaz de seguir mirando”.

Amor es todo lo que necesitas

Rocío de Juan Romero

.....
www.rociodejuan.com
.....

Me giré al escuchar sus pasos. Todavía tenía la pistola en mi mano, la sujetaba con fuerza. Me tranquilicé mentalmente: no podría verla, el respaldo del sillón del despacho ocultaba mi brazo derecho. El metal frío entre los dedos me produjo una sensación extraña, mezcla de peligro y seguridad.

—¿Aún sigues aquí, Nuria? —dijo Esteban. Se había detenido en el umbral del despacho.

—Ya ves.

—Entonces te dejo, para que no te vayas muy tarde.

Le dediqué una sonrisa con un punto de anhelo. Deseé, como tantas otras veces, que se acercara a mí y me sorprendiera con un beso. Al principio de establecer el bufete, diez años atrás, habíamos sido pareja. Fui yo quien rompió la relación sentimental, que no la profesional. Parecía agua pasada: acudí a su boda y hasta me propusieron ser madrina de su hija. Logré rehusar con mucho tacto. Lo cierto es que por las noches seguía pensando en él y, que Dios me perdonase, cuando hacía el amor con otros, en realidad, se lo hacía a él.

Los pasos de Esteban se alejaron por el pasillo. Fui

contando mis latidos para tranquilizarme. Sólo cuando oí cerrarse la puerta de la oficina me atreví a mirar la mano derecha que sostenía la pistola. La visión de la sangre no me desconcertó, quizás porque al estar reseca había adquirido una tonalidad oscura, quizás porque la sangre no era mía.

Me acomodé en la silla del despacho, solté el arma sobre la mesa y analicé la situación con frialdad. Tan sólo tres horas antes la pistola había vaciado tres balas en el estómago de Reyes y yo era quien había apretado el gatillo. Aún podía recordar su expresión desconcertada cuando retiré mi arma de su estómago, y su gesto intentando contener la hemorragia.

—Zorra... —había dicho, mirándome a los ojos. Los suyos eran claros, de un gris vetado de azul. El dolor los había oscurecido y parecían volverse tormenta. Su cuerpo era más artificial, producto de muchas horas de gimnasio y alguna ayuda de quirófano. Era una puta rica, o una rica puta, depende de cómo se enfocase la cuestión. Y había intentado chantajearme.

Reyes Mendizábal había llamado aquella mañana para invitarme a tomar café en su casa. Noté su nerviosismo. Me despedí de Esteban, mi socio de bufete y fui a ver a Reyes, mi socia de los negocios oscuros. Ella era la que me proporcionaba información sobre los escándalos de la “infrasociedad”, como la llamaba. Yo conseguía las fotos, enviaba los sobres con la prueba delatora y hacía las llamadas anónimas. Íbamos a medias con el dinero. Reyes lo invertía en su físico y, yo, en una casa en la Toscana.

Pero esta tarde mi socia había sucumbido a la ambición.

Sentadas en su saloncito, me comunicó sus exigencias: o se llevaba el 80% o Esteban conocería el lado corrupto de su compañera de bufete. La pistola que tenía en el bolso la había tomado de mi despacho antes de salir. Ambas nos incorporamos de nuestros asientos al mismo tiempo. Tres disparos terminaron con ese problema llamado Reyes.

Dejé transcurrir una hora antes de tomar la siguiente decisión. Sabía que tenía tiempo hasta la mañana siguiente, cuando la persona que limpiaba la casa de Reyes encontrara su cuerpo y alertara a la policía. Pese a mi habitual fluidez, me costó encontrar las palabras para los tres correos electrónicos que escribí. Primero envié el de Esteban, el más breve. Decía: “Siempre te he querido, sólo a ti”. El de mi hermana, dirigido a ella y a mis padres, fue el siguiente. Con ellos me explainé más. El último fue mi confesión a la policía. Por si acaso no lo recibían, también tuve la precaución de imprimirlo y dejarlo sobre la mesa.

Observé la pistola. Aún no estaba segura de tener el valor de suicidarme. La policía podría aparecer a primera hora y encontrarme todavía viva. De lo que estaba segura es que acabarían llegando. No había sido tan lista como los espías de película, que borran todas las huellas de su paso por un lugar.

Mientras acariciaba el metal del arma, un mensaje nuevo llegó a la bandeja de entrada. Era de Esteban. No pude evitar leerlo. “Yo también”, decía en respuesta a mi confesión de amor.

Aquellas dos palabras bailotearon frente a mis pupilas, burlonas. Todo el horror cayó sobre mí y cerré los ojos,

incapaz de seguir mirando.

Principio y fin

manuti

.....

www.masmanuti.wordpress.com

.....

Me giré al escuchar sus pasos.

La grava del camino le impidió sorprenderme, aunque creo que no le importaba lo más mínimo.

—¿Cuánto hace que esperas? —me preguntó cuando estaba lo suficientemente cerca de mí, pero manteniendo la distancia.

— No sé —le contesté yo—. Estaba mirando el mar y no me he dado cuenta de la hora que era. Al fin y al cabo qué más da.

—Sabes que estas cosas no son fáciles.

Me quedé callado y seguí mirando el mar desde el borde del acantilado. No había casi olas, el sol del atardecer me llegaba desde la espalda y se estaba a gusto con su calor. El viento sobre la superficie azul trazaba una especie de caminos o ríos sobre el mar, que hacía mucho tiempo que no me había parado a mirar con detalle.

—Voy a echar de menos todo esto —dije sin mirarlo.

—Puedo marcharme en cualquier momento si me lo indicas. Yo ya he cobrado y lo que ocurra me trae sin cuidado. Ahora, eso sí, una vez me des la indicación sabes

que no atenderé ninguna contraorden.

La vida nunca es como la esperas. Tratas de imaginar, de planificar, de adelantarte al futuro. Tienes alegrías, tienes penas. Buscas tus sueños. Ayudas a otros a conseguir los suyos. Y el tiempo corre, pasan los días, semanas... años.

Últimamente he recordado mucho el árbol que plantamos. Con qué ilusión lo elegimos y buscamos un lugar en la montaña. Luego, estuvimos yendo todos los meses a regarlo un poco, para asegurarnos que creciese lo suficiente para echar raíces y vivir de la lluvia, del aire... Y aquel día en que lo habían arrancado, fue como perder a un ser querido. Triste metáfora.

—Quiero terminar —le contesté.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

Antes de darme cuenta me empujó. De golpe y sabiendo lo que hacía. Estiré los brazos, por instinto, para agarrarme a los suyos, pero ya no estaban allí. Su movimiento había sido como de artes marciales, me empujó con todo el cuerpo y se retiró como si fueran parte de un mismo fluir.

Estaba de espaldas al suelo y veía unas nubes frías, muy arriba. Siempre me imaginé que caería mirando el suelo, viendo como se acercaba. Este cambio de perspectiva me descolocó.

Joder, qué bonito estaba el cielo y qué mierda era morir. Cerré los ojos, incapaz de seguir mirando.

Antes de que anochezca

Borja González Otero

.....

www.leondecocomo.blogspot.com

.....

Me giré al escuchar sus pasos. Sin poder hacer nada por evitarlo, un nudo se me formó en la boca del estómago. Esperaba encontrarlo más viejo, más gordo; tal vez con las cicatrices lógicas en su rostro. Pero no. Seguía igual de alto, igual de fuerte. Puede que más atractivo que nunca.

—Al final has venido —le dije con cierto nerviosismo.

—Para eso me llamaste —Se dirigió a la licorera y se sirvió una copa generosa de whisky escocés que tantas veces había saboreado—, sabes muy bien que no estaría aquí de no ser así.

Hacía tiempo que había guardado sus besos y sus caricias en una caja polvorienta de mi memoria. Amontonada junto a otras. Pero tenerlo enfrente me provocó una nostalgia similar a la de quien revisa un álbum familiar antiguo.

Esboqué una ligera mueca antes de sentarme en el amplio sofá de piel.

—Siéntate si quieres —Le invité señalando el hueco libre.

—Creo que prefiero seguir de pie.

Observé cómo le daba otro trago a la copa. En ese momento era incapaz de recordar por qué las cosas no

habían funcionado entre nosotros. Estaba claro que era mucho más que un hombre con un culo y una musculatura perfecta. También tenía una mente brillante. Se había encargado de demostrármelo en infinidad de ocasiones.

— ¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me preguntó de golpe, yendo al grano.

Volví a mover los labios con nerviosismo.

—Sí.

—Si acepto...

—Si aceptas, estaremos en paz —le atajé poniéndome de pie, harta de que fuese él el que manejara la conversación—, no nos volveremos a ver. Podrás irte a donde quieras, dedicarte a lo que te dé la gana.

Bebió el resto del licor de un trago y me señaló con un dedo intentando decir algo que al final no dijo.

—Está bien. Lo haré —Posó con violencia la copa sobre la licorera antes de marcharse—. Espero que cumplas con tu parte. Por tu bien.

Abandonó el salón dando grandes zancadas. Dejando el eco de sus zapatos en las bóvedas del techo hasta ser roto por el portazo que dio al salir.

Mejor así. De haberse quedado más tiempo, no habría sido capaz de dominar los instintos que su presencia me provocaba.

Y eso sólo complicaría aún más las cosas.

Cansada, subí las ornamentadas escaleras hasta la planta

superior. Necesitaba un baño espumoso bien caliente.

El servicio tenía el día libre por orden mía, así que abrí el grifo y dejé que se fuese llenando la bañera, mientras encendía las innumerables velas aromáticas repartidas por el suelo. Me quité la ropa y esparcí un par de pastillas de sal de baño efervescentes sobre el agua. Todo estaba a mi gusto. Como siempre. Probé el agua mojando los dedos de un pie y me metí dentro.

Una oleada de bienestar me inundó de inmediato. Inspiré con fuerza y me dejé escurrir hasta sumergir la cabeza durante unos segundos.

Saqué la cabeza del agua y dejé caer todo el pelo sobre un hombro. En el inmenso reloj de la pared, las manillas marcaban las siete menos cuarto. Debía hacer una llamada.

Descolgué el auricular del teléfono supletorio y marqué el número del salón de belleza al que siempre iba. Enseguida recibí respuesta del otro lado.

—Salón de...

—Liz, soy yo —le corté—. Hoy no voy a ir, estoy machacada. Cámbiame la cita para mañana a las doce.

Colgué sin esperar a que me respondiera. No lo necesitaba. Con el dineral que me dejaba allí todos los meses, tenía sitio cualquier día y a cualquier hora. Incluso sin necesidad de llamar. De no ser por lo mucho que me interesaba constatar que estaba en casa, no lo hubiese hecho.

Poco a poco el agua caliente fue haciendo su efecto en mí

y me quedé dormida.

Tras un buen rato me desperté sobresaltada. Las velas ya se habían apagado por completo y me encontraba rodeada de oscuridad. Suspiré aliviada durante un segundo, ya debería haber sucedido. Por fin todo volvería a ser como debía.

Sin esperarlo, un ruido me hizo dar un respingo. Con el corazón cada vez más acelerado, oí como unos pasos avanzaban por la casa hasta el cuarto de baño.

La puerta se abrió con estrépito, y tras ella apareció él.

— Hola —me dijo sonriente mientras me mostraba un inmenso y reluciente cuchillo—. ¿Sabes?, tú marido me paga más. Te envía recuerdos.

Intenté levantarme, luchar de alguna manera, pero aquella mole a la que tantas veces había amado cortó cualquier acción con una violenta bofetada del revés. No tenía escapatoria. La diferencia física entre ambos era como una sentencia de muerte inapelable.

Horrorizada, consciente de mi destino, cerré los ojos, incapaz de seguir mirando.

El escondite

Anna López

.....
www.relatsdearena.blogspot.com.es
.....

Me giré al escuchar sus pasos, menudos, que llegaban corriendo por el pasillo. Apenas tenía tres años y era lo único que me importaba en esta vida. Si no hubiera sido por él... no sé que habría hecho.

—¡Mamá! ¡Mamá! Llaman a la puerta

Con un dedo en los labios conseguí que frenase su carrera y que bajase el tono de voz hasta hacerse casi inaudible.

—Sí, mi cielo, no hagas ruido

—¿No abres, mami?

—No, cariño. Vamos a jugar al escondite. No hagas ruido.

—¿Quién la para, mami?

—Ellos —Y dirigí una mirada temerosa a la puerta—. Ellos la paran, mi vida, y nosotros estamos aquí escondidos sin hacer ruido.

—Pero yo no me he escondido todavía, mami.

—Está bien. Yo contaré hasta veinte y tú te escondes y te quedas muy quitecito, sin hacer ruido.

—Vale —y soltó un gritito, entusiasmado con el juego.

—Uno, dos, tres...

Sus pasitos se perdieron por el pasillo, nerviosos, entre risitas ahogadas. Se detuvieron ante la habitación, dudando de cuál sería el mejor escondite: bajo la cama o dentro del armario. Después se escuchó de nuevo una risita y por fin se hizo el silencio.

Sola, en la cocina, conteniendo la respiración, susurraba algo parecido a una plegaria. Nunca fui mujer religiosa, pero en aquellos momentos necesitaba encomendarme a alguien, a algo...

—Que se vayan Dios mío, por favor, que se vayan.

De repente unos golpes en la puerta me sobresaltaron.

—María García, le habla la policía. Por favor, abra la puerta, sabemos que está en casa.

Durante unos segundos interminables guardé silencio, esperando el milagro. Pero Dios no existe, y si existe decidió que mi repentina muestra de fe no era suficiente para que Él interviniese.

—Señora García, le habla el secretario del juzgado número seis de Talavera. Estoy acompañado por la policía y una asistente social. Hemos venido para proceder al levantamiento de esta vivienda según orden del día seis de junio. ¿Es usted conocedora de esta orden Señora García?

De nuevo contuve la respiración. Cerré los ojos. Me concentré en salir de aquella situación, huir, desaparecer, evaporarme, despertar y descubrir que todo había sido un

sueño. Pero la voz volvió a sonar al otro lado de la puerta. La pesadilla era real.

—Señora García. Le informo que estamos autorizados a utilizar todos los medios disponibles para proceder al levantamiento de la vivienda. Sin embargo sería preferible que abriera usted de forma voluntaria. En otro caso, su oposición podría interpretarse como resistencia a la autoridad y podría conllevar acciones legales contra usted.

¿Acciones legales? Pensé mientras me retorció las manos tras la puerta, ¿qué más querían hacerme? Dios mío, por favor, ya sé que nunca te he rezado. Pero por favor, ¿cómo le voy a explicar a mi hijo que nos echan de casa? ¿Dónde vamos a ir?

Al otro lado de la puerta, las voces sin rostro hablaban en voz baja. Súbitamente se escuchó el ruido de un taladro en la puerta, los metales chirriaron con estruendo y yo me tapé los oídos con fuerza, no podía resistirlo. El cerrojo tampoco resistió mucho, giró sobre su eje y cayó desmontado al suelo. La puerta se abrió silenciosamente.

Grité, lloré, imploré que me dejaran en paz con mi hijo, que cuando pudiera pagaría, que no me echaran, que la casa era mía. Y vi sus labios moverse, hablándome, explicándome que ellos no podían hacer nada, que sólo cumplían con su deber, que eran empleados públicos, padres de familia igual que yo.

Finalmente el silencio se adueñó de mí y me derrumbé en un rincón. La asistente social se acercó por el pasillo, con mi hijo de la mano. Le dejó que recogiera su peluche favorito. Y él sonreía.

—Me he escondido muy bien ¿verdad?

Estatua de sal

Eloyzinho

.....

.....

Me giré al escuchar sus pasos. El corazón me dio un vuelco al descubrir que se trataba de Erika. A pesar de haber transcurrido dos décadas desde nuestro último encuentro, si esa jornada me hubiesen augurado que coincidiría con alguien conocido, ella habría sido la primera persona en quien habría pensado. Durante todos esos años, volver a verla había sido mi mayor deseo. Y también mi mayor temor.

Me encontraba de compras en la capital y, para hacer tiempo hasta la hora de tomar el tren de regreso, había entrado en una de esas librerías impersonales donde cualquiera de sus dependientes podía recitarte de memoria el título, autor, año y localización precisa del libro que buscases. Estaba distraído hojeando una guía de astronomía cuando, al percibir a alguien más en el pasillo, me di la vuelta. Erika, la única persona a quien había amado de verdad pese a que nunca me había atrevido a confesárselo, estaba a unos metros de distancia. Dicen que no es posible viajar en el tiempo: aquella tarde en aquel pasillo de aquella librería, yo viajé al pasado. Experimenté una regresión similar a ésas que nos suceden de improviso, cuando al percibir un olor concreto nos vemos arrastrados vertiginosamente a algún momento concreto de nuestra vida que asociamos

con ese aroma, y que permanecen unidos para siempre en la memoria. Así reviví de golpe los días en los que me despertaba cada mañana con la esperanza de cruzármela en algún rincón de la facultad para, cuando finalmente sucedía, no hacer otra cosa que bloquearme y soltarle la mayor tontería que me venía a la mente a causa a los nervios que me dominaban, sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Cuando nos separábamos tras esos breves encontronazos acababa más hundido que si no me la hubiese tropezado y, sufriendo una amarga sensación de derrota, se apoderaba de mí una frustración tan insoportable que las noches me parecían interminables y tardaba horas en pegar ojo. Todos esos recuerdos sepultados bajo capas y capas de excusas, justificaciones y razones, brotaron violentamente como un torrente al reventar una presa. Su efecto fue análogo al de un puñetazo en el estómago: me quedé sin aliento y casi dejé caer el libro al suelo.

Erika no había reparado en mí, por lo que permanecí inmóvil y me dediqué a observarla. Los años la habían tratado bien; continuaba tan atractiva como cuando nos habíamos conocido. Mostraba nuevas arrugas en su rostro y llevaba el pelo más corto, pero nada de eso le había hecho perder su encanto. Me alegró sobremanera comprobar que tampoco ella llevaba ninguna alianza. Por mi parte, yo había madurado desde la universidad y, aunque intentaba sin demasiado éxito disimular mi imparable calvicie, conservaba una forma física más que aceptable. A pesar de ello, teniéndola tan cerca me sentí de nuevo como el estudiante tímido y acomplexado que había sido de joven. Me debatí angustiado entre el ansia de hablar con ella y el impulso de huir.

Finalmente reuní valor y, bajo el estímulo de una descarga de adrenalina, me lancé a saludarla. Tras unos instantes de desconcierto, exclamó mi nombre y sus labios mostraron aquella inolvidable sonrisa. Respiré aliviado y enseguida fluyó la conversación: que si “vaya sorpresa”, que si “hace siglos”, que si “qué es de tu vida”... Propuse tomar algo en la cafetería de al lado y le pareció bien. Juntos disfrutamos de un rato agradable recordando los viejos tiempos y nos reímos mucho. Sin embargo, a medida que se agotaban las anécdotas, cada vez eran más frecuentes los silencios, que se alargaban progresivamente hasta terminar resultando incómodos.

Atardecía cuando abandonamos el café. Insistí en acompañarla hasta su coche. De camino al parking pasamos frente a una tienda de arte y nos detuvimos ante el escaparate. Tenían expuesto un cuadro titulado “La mujer de Lot”, que retrataba el instante preciso en que la mujer vuelve la cabeza. Era una imagen perturbadora. Su expresión de resignación transmitía la idea de que el desenlace fatal que le aguardaba había estado siempre escrito. Daba la impresión de que incluso lo deseaba. Nada del mundo habría podido impedir que mirase atrás.

Al llegar al coche, quedamos callados sin saber muy bien cómo despedirnos. Optamos por dos torpes besos en las mejillas, y exagerando un fingido entusiasmo prometimos volver a quedar alguna otra vez. Entró en el coche, cerró la puerta y emprendió la marcha lentamente. ‘Siempre te he amado, Erika, y siempre te amaré’. No tuve suficiente coraje para averiguar si de la que se alejaba me dedicaría un último vistazo por el retrovisor. Preferí quedarme con el

débil consuelo de la duda y cerré los ojos, incapaz de seguir mirando.

Importancias

Andrés Buriticá, Zelfus

.....
www.escribiburitica.com
.....

Me giré al escuchar sus pasos. Siempre se me ha hecho asombroso que haya miles de personas haciendo ruido mientras suena la estruendosa música que alienta a salir a los equipos y, aun así, se escuche claramente el sonido de sus zapatillas contra el piso de madera saliendo del camerino. Es que es un gigante, no sólo por sus doscientos cuatro centímetros de altura, sino por la imponente presencia que enrarece el aire cuando aparece y el aura de fuerza que proyecta alrededor cuando se para, manos en la cintura, con su enorme camisa blanca y el veintitrés en su espalda sobre su apellido: Rogers.

Yo no soy de los que grita por gritar. Es más: ni siquiera me gusta ofender a los rivales. Mi función es darle ánimo a los míos, así sea sólo con mi asistencia. Pero cómo no iba a corear su nombre cuando fue su espíritu inquebrantable de capitán el que consiguió llevar al equipo a la victoria pasada, aún cuando estuvimos veintidós puntos por debajo al final del tercer tiempo.

Antes del partido lo vi sonriendo con orgullo, saludando a la fanaticada, por lo que fue evidente cómo se le ensombreció la cara cuando un hombre de corbata le susurró algo al oído. Traté de adivinar de quién se trataba,

pero no logré más que deducir que era del equipo porque no tenía ninguna credencial de identificación. Olvidé el episodio cuando empezaron los himnos y me vinieron los nervios al recordar la última vez que estuvimos en las finales, más de cinco años atrás, sabiendo que haberlo conseguido era la hazaña más grande que podíamos lograr. En ésta ocasión los papeles se invirtieron cuando los comentaristas nos señalaron como favoritos, y algunos entusiastas empezaron a llamarnos campeones. Parecía la oportunidad perfecta para levantar la copa.

Era una noche espléndida. El juego colectivo funcionaba como un reloj, y la gente a mi lado alentaba eufórica a pesar de que la diferencia en puntos no era mucha. Un par de buenas recuperaciones junto a sus asistencias perfectas y nos montamos en el marcador. Se veía venir ésta victoria. No quise moverme de mi asiento en el descanso para no perderme ni el show de las porristas. Al terminar este juego iríamos muy avanzados en la serie y sólo faltaría un partido para la gloria.

Precisamente por eso me parecía triste tener que cumplir con mi trabajo. De las cosas que he tenido que hacer hay muy pocas de las que me arrepiento, pero hay algunas ocasiones en las que no las ejecuto con agrado. Es decir, soy un profesional, uno tiene que cumplir las órdenes, pero hay situaciones que lo tocan a uno directamente. No era mi culpa: el señor Bonnie había sido claro con Rogers y él le había incumplido con el segundo plazo. El señor Bonnie no da terceras oportunidades.

Después del descanso, el entrenador mandó a Rogers al camerino cuando aún faltaban dos tiempos. Yo sabía que

era una mala señal, pero no comencé a preocuparme hasta el tiro libre. Perdimos el rebote y ellos se aprovecharon para hacer de las suyas. Mcqueen completó las cinco personales y después no había manera de detenerlos. El triunfo se desboronó en nuestras manos.

Sentí una profunda decepción y me fui hacia las duchas. La credencial que fabriqué funcionó como esperaba y en menos de un minuto estuve cerca a Rogers, quien miraba concentrado la transmisión del partido en el camerino solitario. En silencio, tomé el cajón de un escritorio, y mientras me dirigía hacia Rogers, no pude evitar ver la pantalla que mostraba a mi equipo muy cerca de ser derrotado. Era evidente la falta que nos hacía el capitán. Apesadumbrado, reuní todas mis fuerzas y descargué el cajón sobre su rodilla izquierda. Creo que alcancé a escuchar el crujir de la rótula una milésima de segundo antes de su grito. Me miró confundido y cuando me reconoció trató de levantarse de un salto. La rodilla se giró hacia afuera y Rogers no pudo tenerse en pie. Supongo que el hombre de la corbata le había advertido. Cayó apretándose la rodilla con las dos manos mientras me suplicaba que no lo matara, y pedía hablar con el señor Bonnie. Las cámaras enfocaban la cara seria del entrenador mientras los comentaristas especulaban la razón por la que Rogers no había salido después del descanso. Afirmaban que sin él, jamás podríamos ganar el campeonato. Cerré los ojos, incapaz de seguir mirando.

Cuando dejé de sentir

Melania

.....

.....

Me giré al escuchar sus pasos. Mis ojos se cruzaron con los suyos; esa mirada desconocida, implorante. Sabía que la mía estaba vacía. Él también lo notó y por eso se volvió aún más implorante.

¿Por qué todo me resultaba tan ajeno, tan indiferente? Lo cotidiano, nuestra intimidad, nuestra vida; me resultaba extraña...

El ruido de la cerradura cuando giraba la llave al regresar del trabajo, sus pasos hacia la cocina ya con olor a comida, su “¡Hola!” atronador y musical... Tantos años... Y ahora todo eso era para mí desconocido. No anhelaba más su beso al llegar, el relato de su día, su “¿Cómo va todo?”

No sé lo que pasó. Nada pasó. Todo pasó. La vida pasó.

Tampoco sé si fue de a poco o de repente. Sólo sé que un día no quise más. ¿Por qué dejé de querer lo que hasta hacía poco tanto amaba? Mi lugar, mi compañero, hacer la cena, las charlas copita de vino de por medio. Fue cómo dejar de repente de ser yo, para ser nadie, nada, para no esperar, no querer. Y dije basta.

Entonces su mirada cambió. Esa mirada triunfante, satisfecha, se tornó triste e implorante. No la reconocía, no

me daba pena siquiera. Sé que él no hizo nada para que esto sucediera. O quizá sucedió porque él no hizo nada. No lo sé, sólo sé que sucedió y no pude evitarlo.

Mientras sostenía su mirada, me odiaba a mi misma. No podía conmoverme, no sentía nada. Iba a perder lo que tanto había deseado mil años atrás, y no me importaba en lo más mínimo... ¿En qué me había convertido? ¿Qué me esperaba ahora?

Mientras tanto él seguía ahí, parado, rogando silencioso una señal que yo no podía darle. Cerré los ojos, incapaz de seguir mirando.

Los precios del avatar

Juan F. Valdivia

.....
www.juanfvaldivia.wordpress.com
.....

Me giré al escuchar sus pasos...

El filo del cuchillo abrió mi carne con tal facilidad que, al principio, no sentí nada. Sólo al descubrir la sangre tiñendo la comida el dolor floreció. Sangre sobre alimentos: un presagio de cambio. Jamás creí tales habladurías de prelanes y viejas chismosas. Sin embargo, el súbito latigazo de fuego que recorrió mi mano me hizo entornar los ojos como vulgar vidente. El dolor casi me impidió notar su llegada: sólo el inconfundible sonido quejumbroso de las suelas de caucho crepitando sobre la arena de la entrada delató su presencia.

Me giré y allí estaba, la silueta de mi hijo recortada en el umbral: poseía el porte y presencia de todo un Hombre. Al verle el orgullo eclipsó al dolor. Dio un paso adelante, sumergiéndose en el cono de luz del candil. Sudaba con rostro pálido y demacrado, si bien sus ojos refulgían llenos de energía.

—Hola, Pavel. La estiba acabó hoy muy pronto, ¿no?

—Terminamos antes —La frase quedó colgando en el aire—. Un prelán vino a los muelles a predicar las verdades del Tetramorfo.

Entonces identifiqué en su voz el fuego de sus ojos: un velo de decisión que apenas ocultaba culpabilidad y miedo. Mi corazón saltó inquieto. Recordé el viejo dicho: ‘los prelanes sólo bajan al muelle para lavarse la sangre. O para obtener más’.

—Han convocados a cuatro elegidos en La Puerta para dentro de media hora. Debo acudir. Adiós, padre.

Sin decir más partió corriendo calle arriba. Yo, atenazado por la sorpresa y el terror, quedé paralizado. En mi mente danzaban sus palabras: prelanes, Tetramormo, La Puerta, cuatro elegidos. En definitiva: configurar un Avatar.

Los Avatares, tan hermosos y terribles vistos desde fuera; pero ahora, ante la posibilidad de verme implicado en su creación, sólo me sugerían desgracia y pérdida. ¿Habían ungido a Pavel?

Casi sin pensar me precipité a las calles de Efímera. Ascendía dando la espalda al puerto, afrontando los barrios altos y nobles. Ciego a todo cuanto me rodeaba, avanzaba con un único deseo; contemplar la fachada de mi destino, el ayuntamiento.

Ascendí ladera arriba, mi corazón saltando alocado. Disponía del tiempo justo.

Exhausto, al fin llegué a la plaza mayor. Adyacente al consistorio se erguía la catedral. Sus descomunales agujas aseteaban el cielo custodiando la fachada principal, presidida por La Puerta. Sobre ella, culminando el pináculo de la torre central y a tal altura que incluso al sol le costaba arrancar destello alguno a los barrotes, estaba la Celda

Dorada. Y su habitante.

Evité mirar.

Corrí hacia el portalón del ayuntamiento. Jamás hubiera deseado traspasar ese umbral, pero vivía circunstancias extremas que exigían medidas extremas. Ningún guarda custodiaba el acceso, así que atravesé sin más el pasillo. El calor me abofeteó: decenas de piras iluminaban el diáfano espacio de La Arena. A mi derecha cinco ediles celebraban un debate mientras jaleaban a sus campeones. Me acerqué temeroso. Los cinco colosos defenderían los argumentos de sus mentores. Luchaban inmersos en una galerna de golpes, mandobles y arcos sangrientos. Pisaban arena enlodada, roja y caliente, saturada de vida. Me aproximé más. Quería ver los detalles de los combatientes: gigantes reconstruidos de carne circunnavegada de costurones, fusión de pedazos humanos, animales y místicos. Obras maestras de Voluntad, paladines de La Ley, El Dolor y El Caos Humanos. A medida que el debate avanzaba fueron cayendo, agotados o desmembrados, hasta quedar sólo uno. Éste proclamó en voz alta la normativa que defendía. Su mentor se hundió la daga legislativa en el pecho: esa sangre serviría de tinta en el texto final. Los ediles neutrales aplaudieron mientras los perdedores usaban sus Voluntades para recomponer sus campeones. Estos gemían agonizantes al sufrir la consunción.

Uno de los neutrales percibió mi presencia:

—¿Qué desea, Hombre?

Traté de explicárselo: sospechaba que los prelanes habían elegido a mi hijo para conformar un Avatar; yo,

aún sintiéndome honrado por ello, prefería que siguiera sirviendo a la ciudad con su trabajo de Hombre.

—Vamos, que desea una bula.

Su mirada, incisiva y acostumbrada al poder, me atravesó.

—Sí —balbuceé.

—Bien. Como ya sabrá la ciudad está en crisis. Nos hemos visto obligados a subir las tasas...

—Lo sé.

—Acceder a su petición supone desafiar a los prelanes. Eso es peligroso. Y caro. Dos litros y medio. Ya sabe: si acepta no hay vuelta atrás.

Noté cómo mi espalda se diluía. Dos litros y medio: una sentencia de muerte para cualquier Hombre. Si al menos tuviera algo de Voluntad...

—Noto su preocupación. Duele, sí: la vida de un hijo o la propia. Rebajaré el coste a dos litros.

—Acepto —yo había vivido bastante; Pavel no—. Pero démonos prisa.

—Salgamos.

Cruzamos la plaza volando hacia La Puerta. Estaba cerrada: el debate nos había demorado demasiado. En las alturas la Celda y su morador nos vigilaban.

Pero había aceptado: mi sangre pertenecía al edil. Dos litros. Y los prelanes disponían de mi hijo.

De improviso, con un profundo gemido, La Puerta empezó a abrirse. De una oscuridad coagulada emergió una procesión, dos hileras de mantos escarlata flanqueando una forma de torpe caminar. A su paso dejaba un rastro de sangre y fluidos. El Tetramorfo. Cuatro Hombres representando al Señor Encerrado. Espaldas cosidas, fundidas a ocho afiladas alas, emulando las sagradas formas: ángel, toro, águila y león.

La comitiva avanzó. El Tetramorfo llegó a nuestra altura. Contemplé la carne moldeada, torturada, exangüe. Deseaba no reconocer entre esos rasgos agonizantes a Pavel. No encarnaba al Ángel, ese bello rostro extasiado de dolor; tampoco portaba los descomunales cuernos del Toro ni ceñía la flamígera melena del León. Quedaba el Águila, la personificación más sufrida y admirada. Contemplé aquel rostro de labios y dientes arrancados, sustituidos por un afilado pico córneo. La criatura croó, escupiendo sangre.

Nuestras miradas se cruzaron. Aquellos ojos... Pavel. Lloraba. Mi hijo encarnaba el Águila. Y lloraba.

En mi interior se mezclaban los sentimientos: desazón, pérdida... y orgullo.

Noté una mano sobre mi hombro:

—Momento de pagar, Hombre. Dos litros.

Dos litros.

Dos vidas.

Dos precios.

Cerré los ojos, incapaz de seguir mirando.

El Misterio del Diamante Oscuro

(En homenaje a Enrique Jardiel Poncela)

Miguel Zoltan

.....
www.desdemaracaibovenezuela.blogspot.com
.....

Me giré al escuchar sus pasos. Era el cartero. Holmes y yo caminábamos apresuradamente en el Downtown londinense, pero yo no tenía la menor idea de adonde íbamos. El cartero, de una forma muy discreta, la cual consistía en estirar el brazo con un sobre en la mano, gritando a voz de cuello se dirigió a mí:

– ¡¡¡Correspondencia para el Sr. Sherlock Holmes!!! –,
y me tendió el sobre de marras.

Lo tomé rápidamente y se lo entregué a Holmes, mientras el cartero se alejaba gritando:

– ¡¡¡Correspondencia para el Sr. Winston Churchill!!!

– ¡¡¡Correspondencia para su Majestad el Rey!!!

– ¡¡¡Correspondencia para el Príncipe de Gales!!!

– ¡¡¡Correspondencia para el Virrey de la India!!!

– ¡¡¡Correspondencia para Sir Paul Mac Cartney!!!

Y así hasta que se perdió de vista (y de oído).

Me volví hacia Holmes, quien tenía una mirada de extrañeza, viendo la carta abierta.

–¡Por Dios!, Watson, ¡no entiendo nada! –musitó.

–Es que tienes la carta al revés, Holmes –apunté inteligentemente.

–¡Hoy estás muy asertivo, querido Watson! –me replicó con cierto tono de desagrado, el cual conozco muy bien.

–Es una carta de Lady Cristina Bellamy Collingwood, una hermosa e inteligente amiga mía –Y a continuación me leyó la carta mientras caminábamos más rápido, ahora por Abbey Road:

“Querido Sr. Holmes:

Anoche noté en falta una de mis joyas mas preciadas, el Diamante Oscuro, valorado en cincuenta mil libras, regalo de mi amante, quiero decir de mi amante esposo Sir William de Collingwood.

No logro sospechar de nadie, la servidumbre, numerosa por cierto, es de toda confianza, desde el mayordomo James Bedford que lleva al servicio de la Casa Collingwood ciento veinticinco años, hasta la más nueva, la tercera doncella, Margaret Jones, la cual trabaja aquí desde la Primera Guerra Mundial.

Y mi querido amigo, Rupert Chase, me ha jurado que el no ha sido, la última vez que lo hizo estábamos paseando en su nuevo Rolls.

Estoy desesperada, no sé que hacer, seguramente usted podrá, con su preclara inteligencia, resolver en forma discreta este problema.

Yo sabré recompensar debidamente sus servicios.

Afectuosamente,

Lady Cristina Bellamy Collingwood

Collingwood House, Stratford-Upon-Avon, Warwickshire.”

—Creo, querido Watson, que esto será muy sencillo —
musitó Sherlock mientras tomábamos Harley Street.

Levantó el auricular del primer teléfono público que
encontramos y dijo:

—¿Casa Rolls? ¿Rupert Chase? ¿Silver Ghost? ¿Pagó?
¡Gracias!

—Escribe, por favor, Watson —me ordenó.

“Querida Lady Cristina:

*El ladrón es sin duda su amigo Rupert, quien ayer compró
en la Casa Rolls un Silver Ghost, cuyo precio es exactamente
cincuenta mil libras, las cuales pagó en efectivo.*

Atentamente suyo,

Sherlock Holmes”

Tomamos por Pine Road, caminando cada vez más
rápido...

—¿Me estás siguiendo, Watson? —preguntó Sherlock.

—¡Por supuesto, Sherlock! —Holmes me debía tres meses
de sueldo y yo no estaba dispuesto a perderlo de vista.

Desembocamos otra vez en Downing Street. En ese
momento me di cuenta que estábamos dándole la vuelta a la
manzana como por sexta vez consecutiva.

De pronto, nos alcanzó el Conejo Blanco y nos dejó atrás, corriendo a todo vapor, mientras musitaba algo de tomar el té con la Liebre de Marzo y El Sombrero.

—Envía la respuesta a Lady Cristina —me espetó Sherlock.

—De inmediato, Holmes —respondí.

Cerré el sobre y, en cuanto vi un buzón, lo introduje allí. Como a los diez minutos, apareció el cartero (el servicio está cada día peor), gritando:

—¡¡¡Correspondencia para el Sr. Sherlock Holmes!!!

Sherlock, en tono sorprendido, inquirió:

—¿De quien podrá ser la carta?

—Sospecho que es la respuesta de Lady Cristina —repuse irónicamente.

Sherlock abrió la carta y leyó rápidamente, mientras corríamos desafortunadamente alrededor de la manzana:

“Apreciado Sr. Holmes:

Efectivamente, ese pícaro adorable de Rupert fue el ladrón, pero ya lo perdoné. Debe usted comprenderme, cuando me mira con su cara de niño regañado, es imposible resistirse, aparte de que yo tengo cincuenta y ocho años, Rupert tiene veintitrés y que Sir William de Collingwood tiene noventa y cinco y está postrado en su lecho con una insuficiencia respiratoria que en cualquier momento (desde hace quince años) se lo llevará de este mundo.

Le pago sus honorarios cuando cobre, gracias.

Afectuosamente suya:

Lady Cristina Bellamy Collingwood

Collingwood House, Stratford-Upon-Avon, Warwickshire.”

En ese momento nos detuvimos bruscamente frente al número diez de Downing Street y Sherlock, sonriendo burlescamente, me dijo:

—¡Voy a tomar el té con Winston y el Conejo Blanco! Me han dicho que a Winston le traen de la India un Early Morning excelente y sus emparedados de pepino son para chuparse los dedos. Nos vemos mañana, Watson.

Yo estaba tan hecho polvo que cerré los ojos, incapaz de seguir mirando.

Moonlight sonata

Antonio V. Fernández Carmona

.....

.....

Me giré al escuchar sus pasos o, más bien, lo que creí que eran sus pasos. No vi nada. El bosque parecía tranquilo a pesar del viento, sin embargo no era una tranquilidad que me ayudase a relajarme.

Intenté no darle importancia y seguí caminado linterna en mano. Apenas podía apuntar a causa del frío; estaba nervioso, cabreado, el bosque daba miedo y no podía dejar de temblar. Todo estaba oscuro aún habiendo luna llena. Conforme avanzaba, aumentaba el aspecto tétrico del bosque, digno de una película de terror. El viento soplaba a través de los árboles y, a veces, caía nieve de las ramas haciendo más ruido del que mi corazón podía soportar. “¿Dónde se habrán metido Tala y mi hermana?”, me preguntaba mientras intentaba que mis pies no quedaran enterrados en la nieve. Esperando encontrarlas a salvo, pensaba cómo castigar a Marcela por salir sin avisar. Además, últimamente había estado obsesionada con los ciclos lunares y una comunidad de internet llamada “Luna negra”. Afirmaban ser humanistas, aunque tras investigar un poco vi que era una secta, de esas que hacen rituales de iniciación y demás memeces. Al estar tan alejados de la ciudad, no le di demasiada importancia, pero había luna llena y esta escapada no hacía más que preocuparme.

Hacía unos meses había empezado a trabajar lejos de la ciudad como conserje junto a un jardinero y su hijo para unos ricachones que solo pasaban aquí dos meses en verano y, durante el divorcio de mis padres, tenía que cuidar de Marcela, mi hermana de quince años... Se me estaba haciendo difícil.

Pensaba en todas esas cosas y algunas más mientras caminaba. Llegué al camino del lago. Los días soleados, Marcela solía pasear por allí con Tala, mi perrita Husky, así que me dispuse a seguir, pasando aún más miedo y, por supuesto, frío.

Después de un tortuoso camino lleno de ruidos, frío y oscuridad, todo lucía diferente: los árboles quedaron atrás, el escenario cambió, la luna espejada en las heladas aguas del lago hacía que la cabaña abandonada que había en la orilla este pareciese aún más terrorífica. Sin tener más sitios donde buscar, puse rumbo a la cabaña dispuesto a entrar, pese al miedo que daba. No tenía opción, era el único sitio donde aún no había mirado.

De pronto, el cielo se nubló parcialmente y, de las nubes que la luna me dejaba ver, empezó a caer agua y a escucharse algún que otro relámpago. Me tropecé varias veces al caminar cerca de la orilla y el agua del lago terminó lo que el cielo había empezado. Completamente mojado, enfadado y muerto de frío, llegué a la cabaña.

La cabaña era de color oscuro, la puerta estaba agrietada y las ventanas mal apuntaladas. Me dispuse a entrar y ya no temblaba a causa del frío, me rasgué la mano en la que llevaba la linterna sin saber con qué; me asuste, entré a

toda prisa y cerré la puerta atascándola de paso. En mitad de la penumbra y apunto de vomitar el corazón, saqué mi viejo teléfono móvil y encendí la pantalla para usarla de linterna. Era un milagro que aún funcionase. La luz era muy pobre, apenas veía un par de metros por delante. Para mi desgracia y poca valentía, la escena no podría ser más escalofriante: a un lado había un caballito de juguete desgastado meciéndose a causa del viento; al otro lado de la sala alcancé a ver una escalera. Estaba oscuro y olía a humedad y a madera podrida.

Sin poder ignorar esa escena, alentado por encontrar a mi perra y a mi hermana, subí las escaleras que conducían al piso superior, donde el viento soplaba más fuerte aún y el suelo crujía bajo mis pies. Entré en la habitación y vi un armario a la izquierda y una ventana en frente. Tenía el cristal roto y se podía ver el lago. Entraba algo de luz y el agua de lluvia hizo un charco en el suelo.

De pronto, un parpadeo de luz blanca inundó la habitación seguida de un estruendoso relámpago; me volví a asustar y me puse de espaldas a la pared rogándole a dios que mi corazón no saliera corriendo. Desde allí vi que, pasado el armario, había otra puerta, otra habitación. Me acerqué cuidando mis pasos, pues entre el agua y lo podrido de la madera, una caída podría ser fatal. Al abrir la puerta, encontré a Tala, que venía moviendo rabo como hacía normalmente al verme llegar a casa y me sentí aliviado, me sentí seguro; casi me sentí como en casa. La acaricié y miré a través de la puerta. Intuí una lámpara encendida y entré. Había un pequeño pasillo seguido de un vestidor y, poco a poco, iba escuchando un murmullo, un jadeo. Pasé

el vestidor y entonces me quedé en blanco ante la escena:

No podía creer lo que estaba viendo, era Marcela, mi hermana, y... ¡estaba desnuda cabalgando al hijo del jardinero!

— ¿¡Te gusta follarme, cabronazo!?! —decía entre gemidos.

Me embargó la ira, entré gritándoles decidido a abofetearlos. Tala tiraba de mí mordiéndome el pantalón y caí atravesando el suelo con el brazo de apoyo. Tala huyó. Intentaba liberarme sin dejar de gritar y, al levantar la vista, vi que el chico yacía inerte sobre un charco de sangre.

Me quede mudo presa del miedo.

—Llegas a tiempo para tu turno, solo así podré ser miembro de “La Luna Negra”—dijo Marcela mientras se levantaba cuchillo en mano.

Al verla de pie, el miedo se convirtió en pánico y recupere la voz.

—¿¡Qué has hecho!?! —le repetía una y otra vez, mientras las lágrimas recorrían mi rostro.

Sin embargo, no obtuve respuesta alguna. Esa chica ahora desconocida, semidesnuda, con un mechón de pelo cubriendo parte de su cara ensangrentada y sonriendo con una mirada aviesa casi demoníaca, venía hacia mí.

Atrapado, aterrado y sin dejar de sollozar... cerré los ojos, incapaz de seguir mirando.

Escena nº 10

Entre libros

Junio, 2013

¿En qué consiste esta escena?

Para participar en esta escena número diez, los requisitos eran los siguientes:

1. El texto tenía que contar una historia con su inicio, su desarrollo y su desenlace.

2. La acción principal había de ocurrir en un escenario lleno de libros. Podía tratarse de una biblioteca, una librería, una feria del libro; grande, pequeña, fantástica, realista...

3. En la historia tenía que aparecer un diálogo que contuviese la frase: “El año que viene, tal vez”.

Desgarrador

Gastón Paredes

.....

.....

Ese olor, esa oscuridad rojiza, ese asfixiante calor, me hacían muy difícil disimular una mueca de desagrado.

Sin embargo, él parecía completamente cómodo. Su sombra me miraba fijamente, allí sentado, en su viejo sofá, con una sonrisa seguramente desgastada.

—Entonces, ¿cuál de todos es?

Inclinó su cabeza ligeramente, abriendo su boca aún más, en una mueca descontrolada. Guardó un largo silencio.

—Mira, no tengo tiempo, dime de una maldita vez, ¿cuál de todos estos sucios libros es?

—Toma asiento.

Su voz sonó ronca pero firme, casi solemne debido al eco que despertó. Recorrí con la mirada la gran habitación buscando algún lugar donde sentarme, pero solo había altas pilas de libros deslucidos, todos, al parecer, con tapas color carmesí.

Fastidiado, decidí sentarme frente a él sobre una columna no tan alta de libros gordos. Después de todo, él merecía mi respeto y realmente no tenía verdadera prisa.

—Así que —comenzó a decir lentamente, balanceando rítmicamente la cabeza, dibujando la silueta de su rostro con la poca luz que había en la habitación—, supongo que tú debes de ser...

—Sabes quién soy, no necesitas suponer nada.

—Supongo que vienes por el libro —continuó impassible—. Es realmente curioso, como algo así puede despertar tantas... pasiones.

—Mira, tú sabes de qué se trata todo esto; todos apreciamos lo que hiciste, pero tu tiempo ya ha pasado.

—Sí, lo sé, lo sé, lo he visto claramente desde hace mucho tiempo. Los días que me quedan no son muchos; el año que viene, tal vez, sea el último que vea.

Sonreía, podía ver el destello de sus dientes. Juguetecía encorvado, tímidamente, con lo que parecía un bastón largo y delgado. Me dio pena, al parecer estaba realmente peor de lo que todos creíamos. ¿Sería acaso ese mi destino? Soledad y olvido como compañeras de espera a la muerte.

—¿Sabes? He visto muchas cosas, cosas que quizás no quisiera haber visto nunca... Sinceramente, espero que tú no pases por lo mismo, pero en este trabajo se puede esperar de todo.

—Sí, sé tu historia pero ahora, por favor, no alarguemos esto inútilmente; dime cuál de todos estos es el libro.

—¡El libro! ¡El libro! ¡Es todo lo que saben decir! —gritó con tanto desgarró y furia que parecía imposible que fuera él—. No tienen la menor idea de lo que es, pero lo nombran

todo el tiempo —dijo, clavando sus largas uñas en el sofá—. ¡Estúpido! No lo entiendes, ¿verdad? No se trata del libro, no estás aquí por el libro, te enviaron porque...

Tuve miedo. Por un momento no me pareció humano.

Calló una vez más.

Finalmente, respiré profundamente ese asqueroso aire pesado, diciéndome a mí mismo que lo mejor era acabar de una vez todo este asunto. Me levanté y me deslicé decididamente entre las columnas de libros hasta llegar a la ventana detrás de su sofá. Con rabia y desesperación corrí las pesadas cortinas rojas y empujé las ventanas.

La briza de viento cálido y la luz clarísima del día me trajeron nuevamente a la realidad.

—Mira viejo —le decía con voz amigable mientras volvía a mi asiento—, entiendo que estés cansado, has cumplido tu deber por tantos años... Pero ahora no tiene sentido, tú lo sabes.

Levante la cabeza para verlo. Allí estaba, sentado con la cabeza gacha, con su abierta camisa blanca llena de cortas líneas rojas muy rectas; pero no solo allí, en todas partes, líneas en sus manos, en su pecho, en su rostro.

Rojas, rojas carmesí, rojo sangre.

Alzó la cabeza y cuando levantó los párpados rasgados vi que sus cortes habían llegado a aquellos ojos ahora irreconocibles.

—Puedes empezar a buscar tu libro, hijo, es uno de todos esos —murmulló sin dar mucha importancia a lo que

decía—, todos están llenos de palabras necias. Llenos de páginas desgarradoras.

Estalló en una espiral de risas, lleno de vanidad, con tal deshago que parecían risas contenidas por siglos.

Entonces comprendí. Ese libro que ningún hombre debía leer jamás le había quitado la vida porque estaba condenado a custodiarlo, a compartir prisión junto a él.

—¡Tiene páginas desgarradoras! ¿Qué no lo ves? —dijo mostrándome sus manos, su pecho, su cuerpo entero.

No quise ver, pero no aparté la mirada; estaba estúpidamente fascinado.

—Pero al menos ya estás aquí —susurró repentinamente tranquilo, clavándome sus ojos muertos—, al menos ya no estaré solo.

Día internacional del suicidio

Lunaclara

.....

www.mhelengm.blogspot.com.es

.....

Quando llegamos a la casa ya era tarde. Llevábamos meses vigilando por *twitter* a cierto individuo que se hacía llamar *DIINTERNACIONALDELSUICIDIO*. Por supuesto, no éramos los únicos interesados; cientos de personas le seguían. Demencial. Habían aumentado los casos de suicidio en la ciudad. Unos, se cortaron las venas; otros, se ahorcaron en el garaje de su casa; los menos originales tragaron veneno. Usuarios de la red social lo habían denunciado, adjuntando a sus correos electrónicos varios de sus tuits más famosos, entre los cuales se podían leer “maravillas” como estas: “¿Quién ha dicho que sea fácil darse muerte? Es un arte el aniquilamiento total”, “No es una debilidad, es una conquista sobre uno mismo”.

Este caso me interesaba personalmente.

—Vale, Pereyra, pero tienes que buscar ayuda —me dijo mi comisario, llevándose una mano a la cabeza.

—El año que viene, tal vez.

Forzamos la puerta principal de la casa sin ningún miramiento.

Dicen que el polvo realmente dañino es el que no se ve. Yo no estaría tan seguro. El que nos recibió en aquel sitio

frío y oscuro nos envolvió de tal forma, que aún ahora, quince años después, me hace temblar solo al recordarlo.

—¡Qué coño...! —grité.

Tropezamos con pequeños montículos colocados tras la puerta estorbándonos el paso. No nos llegaban ni a la rodilla, se desmoronaron y caímos sobre ellos como aquellas marionetas infantiles cuando se les cortan súbitamente los hilos.

—Sargento, ¿qué es esto?

—Libros, Martínez, son libros —le contesté, levantándome del suelo con un ejemplar en las manos, *“Del otro lado del jardín”*, uno de tantos en los que se hace apología del suicidio.

Sorteamos los endemoniados libros, esparcidos por el suelo de la sala principal, pendientes de cualquier cosa que pudiera sorprendernos a través de la maldita oscuridad. Mi preocupación iba en aumento. Solo pequeños haces de luz se filtraban a través de las rendijas de las ventanas. Decidí subir las persianas.

—Señor, aquí no hay nadie.

—Mirad en el baño.

Eché un vistazo a mi alrededor buscando algo que me dijera que no, que ese no era su escondite. Junto a una de las ventanas, sobre una mesa de madera, descansaba un ordenador de los años noventa. Dominaba la informática; eso sí lo sabía.

Solté el libro sobre unos papeles escritos de manera

ilegible, pero antes cogí uno. Estaba lleno de párrafos que seguramente habían llamado la atención del lector y los había transcrito ahí mismo: “... *se necesita gran fuerza de voluntad para sobreponerse al instinto más poderoso de la naturaleza... por lo que el suicidio prueba más ferocidad que debilidad*”. Gran lema para un gran loco. Si nuestra naturaleza humana desea de forma innata vivir, ¿a qué viene sentirse orgulloso de lo contrario? La herida que me ardía dentro continuó abriéndose sin ninguna piedad. Un cenicero repleto de colillas malolientes, restos de bocadillos y vasos de Coca-Cola vacíos completaban el patético cuadro.

Reparé en un sobre cerrado, apoyado en el monitor. “*Sargento Pereyra*”. Me dejé caer en su taburete con la extraña sensación de que cualquiera podría ocupar su puesto y que no tenía por qué ser él. Sentí escalofríos que ayudaron a que me tragase mi escasa saliva. Sacando la carta del sobre leí:

“*Papá: Ya no puedo más.*”

Tenía un hijo de veinticinco años y no sabía dónde estaba. Se hacía llamar *DIINTERNACIONALDELSUICIDIO*.

Las partículas de polvo caían agarrándose a mí como una lapa, chupando ávidas la sangre de un alma que sufría porque no entendía a su propio hijo.

“*La muerte es desesperante. ¿Por qué mamá tuvo que morir así? Fue una crueldad, una humillación. Tanto dolor me hizo desaparecer, refugiándome en los libros, esos con los que seguramente te has tropezado al entrar en mi escondite, donde encontré respuestas contundentes. Y,*

decidido, comencé un movimiento pro suicidio: el hombre debería controlar su propia muerte donde y cuando él quiera.

Siempre me he sentido solo. Nunca he entendido el sufrimiento. ¿A quién le iba a preguntar? ¿A ti? Tú aceptaste la muerte de mamá sin preguntas. ¡Pero yo tenía muchas preguntas! Vivir, ¿para qué? Aprobar los exámenes, ¿para qué? Ver los partidos contigo, ¿para qué? Amar, ¿para qué?... Placeres fugaces... ¿Para qué, entonces? ¿Para morirme?... Tenías fe, me dijiste. ¿Quién es ese Ser que, según tú, te da la vida y luego te la quita sin preguntarte? Ni tú ni nadie me lo contó.

DIAINTERNACIONALDELSUICIDIO me ha confirmado lo fácil que es manipular a la gente. Ahí no estoy solo.

Quiero morirme, papá.”

Yo también he deseado morirme, muchas veces, pero evitar “caer del puente” demuestra mayor amor, aunque entre el puente y el río exista la misericordia de Dios... ¿Quién no se ha cuestionado el sentido de su vida? ¿Quién no ha sufrido nunca? Me contaron una vez que sufrir puede salvarnos y salvar a otros de una vida sin sentido. Pero yo no supe transmitírselo a mi hijo.

Llorando vi cómo las caras de mis compañeros me lo decían todo al volver del baño.

¿Ya he leído bastante para ir a Branson?

Marc Ventura (“Arturo Campobello”)

.....

.....

Miss Decibel seguía con todo el papeleo que suponía mantener una biblioteca tan respetada como “Libros Refunfuñón”. Estos últimos días se había quedado en su despacho hasta altas horas de la madrugada. Aún no se había acostumbrado a ser la nueva propietaria de la biblioteca.

Hasta hace poco, Humberto, el anterior dueño, se había estado encargando de mantener el negocio familiar que había pasado de generación en generación. Finalmente, con la edad de ochenta y dos años, Humberto decidió jubilarse para vivir los años dorados de su vida.

Al carecer de descendencia alguna, le cedió el negocio familiar a Miss Decibel, amiga de confianza y bibliotecaria a tiempo parcial.

Recuerdo con especial aprecio una conversación que Humberto tuvo con Miss Decibel días antes de jubilarse:

—Mi querida amiga Miss Decibel, me temo que dentro de poco este anciano tendrá que dejar los libros y empezar a disfrutar de un descanso merecido.

—Pero, Humberto, no es normal en usted un cambio de

ideas tan repentino. ¿Por qué ha tomado la decisión tan de prisa?

—Aunque no lo parezca, era algo que ya llevaba pensando hace mucho tiempo, pero siempre me decía a mí mismo: “El año que viene, tal vez”. ¡Pero eso ya se acabó! Voy a pasar mis últimos años en la colorida ciudad de Branson, siempre quise ir a la concurrida ciudad familiar, pero el poco tiempo y el trabajo me lo impedían.

»Así que lo tengo decidido, y como tú siempre has sido una buena amiga de la familia, te concedo el honor de otorgarte mi humilde biblioteca.

—Vaya, ¿lo dice en serio? Me halaga que deposite tanta responsabilidad en mí, muchísimas gracias, Humberto, le echaré de menos.

—Lo mismo digo, querida, pero ya se sabe, es el ciclo de la vida, ¿no? ¡Espero que vengas a verme alguna vez!

—¡No tenga ninguna duda, Humberto!

Se preguntarán como es que yo conozco esta conversación, pero eso carece de importancia... Lo que es realmente importante es que Miss Decibel estaba distinta desde que Humberto se marchó.

Permanecía pensativa y algo distante, no paraba de mirar algunas fotos de recuerdo de sus viajes y leía muchos de los libros sobre lugares exóticos que había en la biblioteca.

Estaba bastante claro, en mi opinión, que todo el tema de la repentina marcha de Humberto había hecho reflexionar a Miss Decibel sobre lo que iba a hacer cuando se jubilase.

La preocupación se apoderó de ella cuando se percató de que tampoco le faltaban muchos años para poder retirarse. Por eso durante mucho tiempo estuvo buscando en centenares de libros y documentos distintos lugares en los que pasar una jubilación de oro.

Pasaban los días y seguía buscando cada vez hasta más tarde, lo cual no era favorable para el negocio, ya que su productividad diurna caía en picado. Los días se convirtieron en semanas, y las semanas en meses, hasta que en una agradable tarde de junio los anaranjados rayos del atardecer se dejaban ver a través de la ventana y envolvían todo el despacho con una cálida y acogedora iluminación.

Miss Decibel se estaba preparando un delicioso café de máquina cuando, al entrar al despacho, se dio cuenta de que había encontrado lo que estaba buscando. Esa sensación tan agradable en el despacho le hizo pensar en Humberto y su partida hacia Branson. Ahora ya comprendía que esa era su meta, vivir una vida fantástica y terminarla con un final sensacional y explosivo en Branson.

Cuando se percató de esto, dejó de preocuparse y empezó a vivir la vida como si mañana se fuera a acabar el mundo. También hizo algunos planes para cuando se instalara en Branson. ¡Pensó incluso en montar el mayor musical de todos los tiempos haciendo una referencia a la ciudad y al cambio que supuso en su vida!

En muchas ocasiones se imaginaba cómo era la vida de Humberto ahora que estaba pasando sus años dorados en Branson. A veces pensaba en ir a visitarle, pero no quería adelantar su llegada a la gran ciudad, siempre se decía a sí

misma: “El año que viene, tal vez”.

Primer entrenamiento

Virginia Figueroa

.....
www.bocetosdemimente.wordpress.com
.....

El reloj marcaba las cinco de la tarde. Mientras apuraba el último cigarro del paquete, María terminaba de darse los retoques finales. Aplicaba con precisión felina el colorete sobre sus pómulos blanquecinos, confiriéndoles una vitalidad ficticia que contrastaba con su estado de ánimo alicaído. Su prolongada situación de desempleo la iba transformando poco a poco en un ser desganado y falto de energía. Tenía que dar carpetazo a la depresión que la estaba asolando, pues la prestación que percibía del Gobierno estaba llegando a su fin y pronto tendría que vérselas con doña miseria.

Estaba nerviosa e inquieta a partes iguales por la inesperada propuesta. El miedo la absorbía, pero entonces se acordaba del saldo de su cuenta corriente que, años atrás, rebosaba por las comisiones que le propinaban las ventas de pisos. Luego llegó la crisis inmobiliaria y con ello, el punto y final a veinte años de experiencia.

Se perfiló los labios en tono frambuesa, enmarcando una sonrisa fingida que asomaba en su boca seca. Necesitaba beber. Corrió hacia la despensa y localizó una botella de Bombay Sapphire, regalo de su hermano Fer por su cuarenta cumpleaños. Enseguida notó un cosquilleo en la sien,

mientras la ginebra dibujaba un reguero de fuego en su garganta. Bebió un último trago directamente de la botella y se dispuso para salir. Bajó a la calle decidida, ignorando una creciente cobardía que trataba de hacerla desistir de sus propósitos. Sus tacones le iban haciendo promesas sobre el asfalto hasta que se topó con la boca del metro. Cinco paradas y un transbordo la separaban de su destino.

Se encontraba perdida entre las estanterías. Con disimulo, hacía que leía los títulos en los lomos de todos los libros que la asediaban; sus números de localización se clavaban en ella como si la interrogasen por su atuendo demasiado descarado. Recorrió con rapidez la zona de enciclopedias y diccionarios. Fisgoneó entre los volúmenes que se agolpaban en la sección de ciencias sociales. Keynes la señalaba con el dedo, haciéndola sentir culpable por no haber terminado la carrera de economía. Paseó tímidamente entre las publicaciones de Filosofía hasta dar con el lugar donde exhibían las novedades. Su mirada ahumada se fijó en un libro: “El bolígrafo de gel verde”, de Eloy Moreno; tenía buena pinta y como su cita no estaba en el punto acordado de la biblioteca del Global Center, se decidió a tomar asiento y leer su hallazgo resignada mientras esperaba la llegada de su furtivo encuentro.

—Buena elección —le susurró de pronto una voz ronca en su oreja, terminando la frase con un mordisco en el lóbulo.

María pegó un brinco en la silla a la vez que ahogaba medio grito. El otro medio, había resonado en la sala de lectura haciendo que varios estudiantes clavasen sus irritados ojos en la pareja. No habían pasado ni cinco

minutos desde que se había sentado, pero la historia que leía la había atrapado desde la primera línea.

—Martín, llevo mucho rato esperándote —mintió.

—Lo he leído hace cosa de dos meses... es una buena historia. Hace que te replantees ciertos aspectos de la vida... —comentó él ignorando su ataque y tratando de calmarla. La notaba bastante nerviosa y apestaba a ginebra.

—¿Qué le has dicho a Sonia? ¿Sospecha algo? ¿Vas a contárselo? —preguntó impaciente.

—Tranquila mujer —dijo Martín tratando de serenarla —mi mujer sabe que soy un profesor muy competente. Le he dicho que tenía exámenes que revisar en la facultad. Somos amigos, ¿no?. Confía en mí. En cuanto a lo de contarle lo nuestro... El año que viene, tal vez.. — bromeó con una amplia sonrisa.

—Mira, no estoy para bromitas, esto solamente lo hago porque necesito el dinero ¿vale? Cuando me lo propusiste, pensé que no tendría ovarios de venir, pero aquí estoy... —Un escalofrío la invadió —Así que... ¡acabemos cuanto antes!

—Jajaja... —Martín no pudo evitar la carcajada. Analizándolo fríamente, era una situación un tanto cómica; estaba a punto de engañar a su mujer con la mejor amiga de esta y en un escenario familiar, ese que tantas noches le había dado cobijo durante sus años como estudiante universitario.

Al fondo, un señor de pelo canoso y gafas de media luna con pinta de bibliotecario, les instaba a guardar silencio.

—¡¡Mmm... la noto muy impaciente señorita!! — prosiguió Martín, en tono jocoso, mientras su mano se deslizaba por debajo de la mesa hasta toparse con su muslo.

—Este es el trato: un polvo rápido en el lavabo, me das la pasta que acordamos y cada uno a su casa, ¿estamos? —remarcó María empezando a notarse acalorada. A pesar de todo, su amigo le resultaba atractivo y, aunque le pareciese aberrante que su fantasía fuese montárselo con ella en ese templo del saber, necesitaba el dinero. No quiso saber sus motivaciones, ni se planteó si quiera si era la primera vez que engañaba a Sonia. Sus tripas se hicieron corazón y desactivó la voz de su conciencia para los próximos minutos. Quizá esto le sirviese como entrenamiento para lo que tenía en mente. Su cuerpo todavía era objeto de deseo y había visto en la tele casos de gente que subsistía dignamente dedicándose al negocio de la carne. ¿Por qué no iba ella a poder cambiar su vida?

Palabra de honor

Iris Herrera de Milano

.....
www.gotiasanet.com
.....

En la oficina le informaron a Antonio que al día siguiente se reuniría con otros participantes en el proyecto de carretera que uniría a Cerezal con Mataverde. Discutirían el informe presentado por Antonio, en su condición de Ingeniero contratado para evaluar la factibilidad del proyecto propuesto por el Ministro de Obras Públicas.

Un taxi lo recogió en su casa y lo llevó al lugar de la cita. La recepcionista lo condujo a la sala de espera. Estuvo allí unos diez minutos. Entraron dos hombres en traje formal y lo saludaron cortésmente. Se sentaron frente a Antonio.

El de más edad se disculpó por la demora en recibirlo, extrajo de un portafolios el informe elaborado por Antonio y le preguntó si alguien más había intervenido en la preparación del documento. Él aseguró que no, debido a la confidencialidad del mismo.

Ambos hombres se levantaron de las sillas y le pidieron a Antonio acompañarlos a la oficina del Gerente del Proyecto. El Gerente recibió el portafolios, hizo pasar a Antonio y le comentó:

—Su informe es muy profesional. Lo felicito. Sin embargo, no podemos seguir su recomendación técnica,

porque necesitamos que el trazado pase al lado de los terrenos del Presidente. ¿Podría usted ajustar su Informe?

Antonio, asombrado, tragó grueso y explicó:

—No puedo hacerlo. El trazado que me solicita atravesaría terrenos sumamente inestables; además, allí hay unos ríos que correrían peligro de desaparecer. No sería correcto... y sería dinero perdido. Realmente me resulta imposible recomendar que la carretera cruce por esos lugares.

—Lo entiendo —dijo el Gerente—. ¿Es su última palabra?

—Sí. Lamento mucho no poder hacerlo —respondió Antonio.

—Bien. Muchas gracias —se despidió el Gerente.

Seguidamente, abrió la puerta y le indicó a los hombres que recogieran la computadora portátil y después llevaran a Antonio.

Recorrieron varios pasillos y bajaron al sótano. Entraron a una sala de descanso. Estanterías de libros bien encuadernados cubrían las paredes. Mientras Antonio leía los lomos de algunos ejemplares, los hombres abrieron una puertecilla que simulaba la Colección de Derecho Constitucional. Sacaron tres botellas, selladas, de agua fría. Luego del desacuerdo con el Gerente, Antonio sentía la boca seca y, al igual que sus acompañantes, bebió la suya ávidamente. Le pidieron a Antonio esperarlos pues buscarían la computadora portátil.

Agotado, Antonio se sentó. Vió como muchas filas de falsos libros se separaban del borde de la pared hasta

convertirse en una puerta que se abría. Un hombre calvo entró, le tendió la mano derecha y le dijo:

—Bienvenido. Aquí pasará unos días.

Antonio lo miró y se desplomó sobre la alfombra, bajo el efecto del narcótico disuelto en el agua.

Despertó. Se dió cuenta de que yacía en una cama, en una especie de calabozo.

Cuando se preguntaba mentalmente qué hacía allí, el calvo entró y le habló:

—Hola, Antonio. Llámeme Meléndez. Usted está preso. Su negativa a ajustar la recomendación disgustó mucho al Señor Presidente y yo recibo órdenes directas de él. La única manera de que usted salga libre es si él lo decide. Si usted o su familia intentan alguna medida legal, será peor. Éso aquí no funciona. Ayer fue 10 de Octubre, hablé con su esposa. Le advertí que tiene que ser muy discreta para evitar problemas. Tal vez pueda verla en unos meses.

Antonio quedó anonadado. Pensó en su familia. Sabía que Laura lograría sobreponerse y seguir adelante con Liliana, la hija de ambos. Se sentía destrozado, impotente. Se acostó de nuevo y estuvo despierto hasta la madrugada.

Durante varios días se negó a comer. Después se dió cuenta de que no lograría nada muriendo de hambre.

Mientras tanto, Laura optó por mudarse a otra zona de la gran ciudad y cambiar a Liliana a otra escuela, para evitar preguntas embarazosas de gente conocida que pudiera preguntar por Antonio.

Pasaron seis meses. Un día le avisaron que su familia lo visitaría el 10 de Marzo. El mismo aviso se lo dieron por teléfono a Laura.

El día indicado, un chofer pasó a buscar a Laura y la niña y las condujo en un vehículo especial, sin ventanas, que no permitía a las pasajeras ver hacia afuera. El encuentro fue breve y frente a un vigilante. Al despedirse, Liliana le preguntó cuándo saldría de allí y él respondió:

—El año que viene, tal vez.

Al terminar, Laura pidió hablar con Meléndez. Le dijo que iría a la Fiscalía a presentar el caso.

Meléndez le aclaró que no había caso que presentar, ya que oficialmente Antonio había dejado el domicilio común; no estaba en ningún hospital, no estaba preso, y la familia no había reportado nada extraño. Eso sí, le manifestó que si ella, Laura, pudiera conseguir que Antonio firmara el Informe, tal vez todavía estuviera a tiempo de evitarle sufrimientos a toda la familia.

Laura le contestó que ella no podía hacerle eso a su esposo, que respetaba la decisión que él había tomado.

Laura y Liliana fueron trasladadas de nuevo en el mismo vehículo hasta su casa. Esta vez Laura se dió cuenta plena de la situación en que se encontraban y, a solas, lloró al experimentar su indefensión ante el inmenso poder del Ministro.

La llamada telefónica, la visita, la pregunta de Liliana y la respuesta de Antonio se repetían casi exactamente cada seis meses.

En el mes diecinueve, Antonio se cayó al piso y fue examinado por un médico. Le practicaron varios análisis y el diagnóstico fue Diabetes tipo dos. Le indicaron un tratamiento, que cumplía como podía.

Llevaba ya tres años. En la visita su familia lo encontró muy deteriorado; Cumplieron el rito semestral de preguntar cuándo saldría, y él de responder:

—El año que viene, tal vez.

Pronto pasaría su cuarta Navidad preso.

Después del Año Nuevo, tras cuarenta meses de presidio, la familia recibió la noticia de la muerte de Antonio. Había sufrido un coma diabético.

Ahora sí cumpliría su promesa de regresar a casa.

Libros

Abbey

.....

.....

Levantó el arma y apuntó hacia mí. Recuerdo claramente el sonido del disparo y el eco de sus pasos descendiendo la escalera de madera mientras el suelo detenía mi caída. Paradójicamente, la caricia del frío embaldosado en mi cara me espabiló y recordé uno de esos momentos felices de mi niñez. Sonreí.

Mi madre había sido siempre una apasionada de la lectura. Cada vez que pensaba en ella, la recordaba arrojando mis sueños una novela de aventuras de Julio Verne o Emilio Salgari. Cuando la adolescencia se asomaba a la puerta, se empeñaba en calmar mis arrebatos hormonales con algún clásico.

—Los libros te ponen al alcance de la mano todo el mundo y a todas sus gentes. Tan sólo tienes que brindarles tu amistad y la recompensa que te ofrecen es eterna. Te cambian. Salvan vidas —Este era el mejor argumento que manejaba para defender su pasión.

Pero cuando llegué a la mayoría de edad, ella se nos fue y toda en mi vida comenzó a torcerse. Como en el argumento de una mala película, empecé a tomar malas decisiones y a rodearme de gente con aficiones poco recomendables.

Al principio, los pocos amigos que conservé me animaban a volver a su lado, a mantenerme dentro de la legalidad pero, supongo que acabaron hartándose de la respuesta que siempre daba: «El año que viene, tal vez».

Así que, después de una década descendiendo a todos los infiernos a los que se puede llegar, y por una de esos giros del destino, me crucé en el camino de una importante banda de narcotraficantes y tuve que elegir entre arriesgarme a vivir acechando cada esquina que doblaba, cada coche que tomaba, cada local en el que entraba... esperando una bala con mi nombre o delatar a los mafiosos y entrar en un programa de protección de testigos para comenzar una nueva vida desde cero.

Mientras fabricaban una nueva identidad para mí, pasaba los días en un chalet en medio del campo con dos trogloditas armados que no me perdían de vista ni a sol ni a sombra. No me podía quejar. Me lo daban todo hecho. Una señora, con la que no se me permitía contacto alguno, venía todas las mañanas a limpiar la casa y antes de irse servía unos platos de comida caliente. Lo único que yo tenía que hacer era mantenerme lejos de las ventanas y no armar jaleo.

La casa disponía de una gran biblioteca en el piso superior y las semanas que pasé allí me sirvieron para reconciliarme con la literatura. Lo más difícil que tuve que hacer fue tomar la decisión de elegir el libro que sucedería al que ya estaba leyendo.

Pero como en toda buena novela de aventuras, casi cerca del final, la buena señora que nos ayudaba solícitamente

cada día, se transformó en la mala del cuento y una mañana dejó la puerta abierta para que entraran los villanos de la película cargados de balas. He de reconocer que mis trogloditas fueron tan profesionales como cabía esperar y defendieron bien la situación pero no pudieron evitar que uno de los asaltantes llegara hasta la biblioteca donde yo me encontraba. Cuando oí como golpeaba la puerta hasta quebrarla e irrumpía en la habitación, me apoyé espantado contra la pared con el libro que había estado leyendo todavía entre mis temblorosas manos. No vaciló. Levantó el arma y apuntó hacia mí. Disparó. Como en una película a cámara lenta, me pareció distinguir el brillo de la bala en su trayectoria hacia mi pecho. El impacto me hizo tambalear y caí. El huyó escaleras abajo cuando oyó a uno de mis guardaespaldas acercándose.

—¿Está usted bien? ¿Está herido? —Se acercó a mí y vi la expresión de desconcierto en su rostro—. ¿Por qué sonrío? ¿Qué pasa?

—Mi madre tenía razón. ¡Los libros salvan vidas! — Acerté a contestar con una risilla floja. Todavía tumbado en el suelo, levanté el libro con las dos manos y se lo mostré. La bala aparecía alojada entre las páginas del grueso lomo.

Número 366

Patricia Enderica Espinosa

.....

.....

Se cuenta que un Viejo amante de la lectura dueño de una antigua librería en el centro de la ciudad; entre sus excentricidades, tenía la costumbre de seleccionar cada año nuevo trescientos sesenta y cinco libros y leer uno cada día. Este curioso hábito lo venía cultivando desde hace mucho tiempo; para ser exactos, desde aquella mañana de invierno en la que cumplía catorce años y su padre, con la mirada agonizante, le hacía prometer que buscaría hasta encontrar el misterioso secreto que le acababa de confesar.

Su librería era una de aquellas en la que la palabra “comprar” estaba prohibida; allí la única transacción reconocida era el trueque. Es así que constantemente entraban y salían libros de todo tipo y de todas partes del mundo, lo que le facilitaba en gran manera mantener su curiosa actividad. Al anochecer, cuando el hombre salía para su casa y el reloj de pared anunciaba las doce campanadas, en su vieja biblioteca ocurrían cosas extrañas. Cada vez que un libro acababa de ser leído, despertaban de sus páginas los personajes de la historia; y narraban las grandiosas aventuras para las cuales habían sido escritos. De tal forma, que mientras la ciudad dormía tranquila, en ese lugar se celebraban verdaderos espectáculos. ¡Aquel era el glorioso momento que esperaba todo libro!

Mientras tanto, en el rincón de una repisa alta, empolvado y olvidado, permanecía un pequeño libro azul que, con nostalgia, había visto transcurrir varios años y jamás ser escogido para formar parte de la colección anual del Librero. Por su tamaño o su insignificante presentación, no había salido nunca de la librería, ni él sabía cuando llegó o de donde vino; lo cierto es que anhelaba con todas sus fuerzas algún día ser abierto.

Eran mediados de febrero y el viejo Aurelio ya había leído cincuenta y ocho libros cuando, sobresaltado al mirar el calendario, se dio cuenta de que era año bisiesto. “¡Horror!” pensó, “son trecientos sesenta y seis días y necesito un ejemplar más”. Dio una mirada rápida a los estantes tratando de encontrar alguno que se le hubiera pasado por alto, pero ya los había leído todos. Al menos eso creía.

Eran cerca de las 09:00, la ciudad ya estaba en movimiento y todavía nadie había entrado a trocar un libro. Esperó y esperó, pero su impaciencia senil lo consumía. De pronto, sonó la campana de la entrada; era un cliente y traía consigo un libro. El Librero se acercó rápidamente y, casi arrebatándolo de las manos, se apresuró a leer el título. Con decepción notó que también ese ya lo había leído.

El sorprendido joven comenzó a buscar un ejemplar que le llamara la atención cuando, removiendo uno y otro libro de una de las repisas más altas del lugar, dejó caer aquel pequeño libro azul. Lo revisó superficialmente, no tenía título, era de un grosor interesante y quiso probar suerte.

Ya al acercarse al mostrador, Don Aurelio estaba a punto

de anotar en su registro la transacción por realizar, cuando inesperadamente sus ojos se llenaron de asombro; se dio cuenta que ese ejemplar nunca lo había visto. “¡Cómo lo pude pasar por alto!” se dijo para sí.

Decidido, negó al muchacho la salida del mismo y con la persuasión que lo caracterizaba, ofertó muchas otras posibilidades. El joven, luego de lidiar un rato con el terco anciano, escogió otra obra interesante y salió satisfecho.

El dueño de la librería tomó el viejo libro y lo colocó en el último lugar del estante especial, este sería el número trescientos sesenta y seis —pudo haberlo leído en ese momento, pero para un obsesivo compulsivo como él, las cosas debían hacerse de cierta manera—.

Al caer la noche, cuando el Librero hubo terminado de leer el último renglón de la obra escogida, recogió su abrigo y se marchó. Empezó el momento tan deseado de cada libro, pero para el trescientos sesenta y seis no hubo relato que lo sacara de la ensoñación en la que se encontraba. “¡Estoy parado junto a los elegidos!”, era la única frase que repetía triunfante. Tal es así que pasaron los días y los meses de una forma tan rápida que su ilusión aún se mantuvo intacta.

Aquella última mañana del año, el Viejo tomó el libro número trescientos sesenta y seis de la misma forma que lo había hecho con los demás; se preparó una taza de tinto y encendió su pipa, se acomodó en su sillón y se dispuso a leer.

Observó que el libro no tenía título alguno y que por el color de sus hojas debía ser muy antiguo; la pasta azul envejecido llevaba en el centro de la portada un símbolo

extraño en color plata; le pareció haberlo visto en otro tiempo, pero no quiso fatigar su memoria tratando de recordar. La primera hoja estuvo en blanco, pero en la segunda reconoció una letra familiar en la dedicatoria, la leyó y sus ojos se llenaron de lágrimas; esta era la razón por la que se había pasado la vida leyendo, buscando y añorando.

Tanta fue la emoción por su hallazgo, que súbitamente se agarró del pecho, el dolor quemante fue insoportable; segundos más tarde el libro cayó de sus manos y él cayó de su asiento.

No fueron sino unas dos horas después cuando un cliente dio aviso a la policía. Don Aurelio había muerto.

Un miembro del departamento forense que se disponía a realizar la inspección de rigor, encontró el pequeño libro azul en el suelo, lo cerró y lo colocó en una repisa cualquiera; y en ese mismo momento con un silencioso suspiro, el desdichado trescientos sesenta y seis pensó: “El año que viene, tal vez...”.

Libros, ya ves

Leosinprisa

.....

.....

Siempre escucharon hablar sobre Gran Imperial. Desde que aceptaron su entrada en la coalición de las Aguas Azules, los susurros sobre el contenido de aquel lugar, vedado para quienes no deseaban pertenecer a ese imperio único, las inquietaba.

Decían allí se encontraba el conocimiento. Encerrado, protegido por vastas y enormes defensas, de difícil comprensión para quien no comprobaba su extensión, hasta encontrarse ante sus propias puertas.

No se apercibieron de cuando habían llegado hasta la entrada, ni de las colosales dimensiones que poseía, mucho mayor a cualquier acceso de cuantos edificios o construcciones hubieron conocido hasta ese momento. La nave era como una minúscula bacteria frente a un gigante inabarcable, posándose con diestra delicadeza en una pequeña repisa, donde descendieron para sentirse aún más intimidadas.

El representante del imperio, Vaenos Lirte, sonrió con picardía; había visto esa reacción infinidad de veces. El propio Prímar, líder indiscutible, le había encomendado esa tarea y él la empeñaba a la perfección. Sabía ser teatral y darle un misterio aún mayor a todo cuanto les presentaba.

—Henos aquí. Si me permiten vuestras llaves, entraremos cuando así lo deseen —les dijo con su mejor entonación, amable y servicial, conciliadora en extremo.

—¡Llaves! ¿Qué llaves? —preguntó la mujer morena, alzando su ceja y mostrando con ello el primer indicio de su habitual mal genio.

La otra mujer, mucho más alta y de hermosura incuestionable, miró a su compañera con un gesto de incredulidad:

—¿No las has traído? Cómo puedes ser tan distraída, Testadurra.

—¿Qué llaves? No recuerdo nada de ninguna llave. Nadie nos ha dado nada, ni ha mencionado ninguna llave.

Gruñó, parecía que fuese a estallar de un momento a otro, moviéndose intranquila en la escasa plataforma donde se encontraban; intentaba recordar si alguien les había dado el objeto pertinente, sin lograrlo. Aquello no hizo sino enfadarla aún más.

—El año que viene, tal vez —comentó la mujer de profundos ojos verdes, guiñándolos con complicidad—, nuestra venerada archimaga encuentre esas llaves que tanto necesitamos. Mientras, soñaremos con volver aquí y ver el interior de este lugar, el cual sin duda satisfará nuestras expectativas.

Vaenos sonrió el buen humor de la belleza de cabellos plateados. El Prímar ya le había advertido cuán peculiares eran y no debía sorprenderse por sus comentarios o acciones. Perteneían a un mundo tan único como el Gran

Imperial y este en sí, era tanpreciado como el contenido de aquella inmensa arca flotante.

Se colocó delante de la pared para pronunciar su nombre. Una luz parpadeó, cubriéndole por completo, y se apartó esperando con calma a que sus invitadas adivinasen cuál era la forma de entrar.

La mujer irritable dilató sus ojos como si hubiese sido bendecida por un conocimiento perdido. Se acercó a la pared y pronunció su nombre: «Testadurra Durradeverras».

Nada pasó salvo un destello y, con su mal carácter, palmeó la pared con manifiesta agresividad en señal de impaciencia. La otra mujer la cogió por las axilas y, levantándola, la colocó detrás, mientras protestaba por tamaña insolencia con palabras que harían sonrojar al más impasible.

Dudó entre decir su nombre auténtico o aquel por el cual todos la conocían, pero tuvo seguridad suficiente para nombrar el que siempre la había definido: «Hurtadillas de Tamtasia».

La pared crujió. Tres puertas se abrieron, una por cada nombre, con la suficiente holgura como para permitirles pasar, acto que acometieron cuando Vaenos traspasó su correspondiente umbral. La plataforma donde se encontraban reconocía el número de quienes en ella esperaban y, una vez dichos todos sus nombres, permitía la libre entrada.

—Qué chistoso. Llaves, ya ves su utilidad —refunfuñó la maga, presa de su pésimo humor. Se habían burlado de ella,

de su falta de atención por cosas que nunca consideraba necesarias.

Estaban sobre una plataforma volante. Se movió mientras una tenue iluminación llenaba el lugar. Al principio vagas líneas se percibieron, luego contornos y formas fueron siendo visibles y aquel sitio se mostró en todo su esplendor.

Inmensas estanterías, millones de volúmenes se encontraban a su alcance. Textos de todas las materias, con todas las artes y conocimientos posibles. Hacia cuantos lugares miraban, aquella inmensa biblioteca se perdía en la lejanía.

—Hay miles de salas como esta. A vuestra disposición y la de todos los habitantes de vuestro mundo, a cualquier hora y tanto como deseen leer o aprender, sin excepciones —ratificó su guía, señalando en amplio círculo cuanto les rodeaba.

—Nuestros amigos van a disfrutar aquí. Sobre todo la Reina Roja, se olvidará incluso de su reciente casamiento; no va a poder reprimirse ante todas estas maravillas —dijo Hurtadillas.

La Reina Roja, señora de Tantotongo, no dejaría escapar la ocasión de ver aquel lugar asombroso. De perderse entre el innumerable saber acumulado por los millones de civilizaciones de las Aguas Azules, de la cual ahora formaban parte. Sabían eran diferentes a todos los demás, pero su diferencia no excluía del derecho a tomar cuanto quisieran y aprender cuanto desconocían. Los enanos rechinarían los dientes ante la emoción de nuevas máquinas que construir

y los pueblos pieles verdes intentarían hacer un imposible inventario de la fastuosa biblioteca. Hurtadillas sabía que era una tarea imposible, necesitarían la eternidad misma para lograrlo.

Las gentes del este también aceptarían ese lugar como un regalo, conscientes de tamaña riqueza. Los humanos imperiales y de las tierras abiertas reirían de gozo y los elfos, como siempre, se mostrarían desdeñosos e inabordables, aunque en secreto acudiesen a Gran Imperial para tener conocimientos que creían solo suyos. Hasta el último habitante de su tierra desearía llegar a este templo del saber. A Hurtadillas no le era necesario, conocía cuanto estaba allí recogido; nunca quiso intimidar a los tamtásicos con aquella certeza sobre su comprensión absoluta de las cosas. Deseaba mostrarse ignorante y tan sorprendida como el más humilde de sus ciudadanos. Ese era su mayor secreto, que ni siquiera revelaría a su muy querida Testadurra.

Un gritó resonó por todo el lugar.

—Me he olvidado las lentes de lectura, ya ves —exclamó consternada la archimaga, maldiciendo ese inoportuno olvido.

El libro de mi vida

Ana J. Lozano

.....

.....

—Yo quiero este de “La dama y el Vagabundo” y este de “La Sirenita” y este de...

—¡Hija, no te los podemos comprar todos!

—¡Bueno! Si promete leerlos conmigo, le compro alguno más.

Las casetas se ordenan en interminables hileras a un lado y otro de la feria. Se mezcla el olor fresco a libro nuevo con el gusto macerado y picante de colonias, sudor y polvo. Comparten espacio novedades con ediciones clásicas. La multitud, indecisa, hojea y consulta antes comprar. Yo me quedo fascinado ante tanto libro. Me gusta el olor del papel nuevo, los colores brillantes y variados de las cubiertas. Me intrigan los títulos. Despiertan mi interés los nombres de autores noveles. Todo me parece una promesa de placer infinito y me vuelvo codicioso por atesorar libros.

Mi infancia transcurrió en un pequeño pueblo manchego. Mi madre se había empeñado en estudiar y mi abuelo, hombre adelantado, lo había consentido. Cuando se casó la dureza de las faenas de la casa y la crianza de los hijos le dejaba poco tiempo. Aún así nos inculcaba el amor por las letras. Sin embargo, la ola moralizadora

también nos coaccionó. Recuerdo especialmente un libro verde de “Lecturas Ejemplares” que releía una y otra vez. Mi mente infantil no podía asimilar aquellos ejemplos de jóvenes santos y mártires cuya conducta me parecía tan inalcanzable por extraña y fuera del entorno cotidiano. ¡Qué decir del “Catecismo y devocionarios”! Antes de ir a la escuela ya habíamos aprendido nuestras primeras oraciones. Al terminar la Primera Comuni3n toda la familia quedaba saturada y legitimada para chantajear al ne3f3to a costa del buen comportamiento. Otros libros muy de moda fueron las “F3bulas” de Iriarte o de Samaniego. Nunca tuve ninguna “se3ño”, no se permit3a la coeducaci3n. Mis maestros fueron como los de toda la vida. Pens3bamos que cre3an a pie juntillas cuanto ense3aban, ahora me inclino por sostener que quiz3 solo se ve3an obligados a aparentarlo. Sus palabra constitu3an para los alumnos3rdenes sin lugar a replica.

—A ver, Tom3s, ilea! Bueno, mejor leo yo primero y luego usted repite. ¡Atentos! *Con diez ca3ones por banda, viento en popa a toda vela, no surca el mar sino vuela...*

¡Cu3ntas tardes pasamos recitando “Las mil y una poes3as de la Lengua Castellana”! Quiz3 ese fue el germen para que hoy me contin3e gustando la poes3a.

Repet3bamos de modo mec3nico las tablas de multiplicar, los diez mandamientos y cuanto su autoridad considerase digno de memorizar. Todav3a digo de carrerilla la lista de los reyes godos y no se me han olvidado comarcas como la de Barros o Tierra del Pan y del Vino.

A veces otro compa3ero *guiscaba* por debajo del pupitre.

—Martín, no enrede.

—¡Pero si es él quien no me deja en paz!

Todas las mañanas, al empezar la clase, se rezaba y se cantaba el himno nacional. También marchas militares y canciones del folclore popular que la Sección Femenina recopiló en un intento de aumentar el sentimiento de nación. Algún palmetazo que otro se escapaba si no te sabías la lección. Al finalizar la jornada escolar, escapabas raudo a casa. Tenías premura por coger la merienda e irte a jugar a la calle.

A diario pan con chocolate, pan restregado con aceite y azúcar o de *foie-gras*, pero siempre pan. Pan porque en época de penurias el pan es el alimento base del pueblo llano. A nadie se le hubiese ocurrido no comerlo, al contrario se quería engordar para que se dijese que tenías buen lustre.

En la calle se desenvolvía una parte muy importante de la infancia y la adolescencia. El churro va, dar patadas al balón o las peleas de agua, entre los varones. Jugar a las casitas, los escondites; los lunes y los pasacalles como “Dónde vas moro viejo”, eran juegos de niñas.

Más tarde, en la adolescencia, los estudios en la capital. Los caros libros de texto se heredaban de los hermanos, primos o vecinos. Recuerdo la correcta y mítica colección “Austral”. Las carátulas de estos libros variaban de color según el género literario. A escondidas leíamos otros, los que nos interesaban de verdad:

—Tienes que leer “Cada hombre en su noche”. Es de mi hermano, pero te lo dejo. Ten cuidado, inos la jugamos si

nos pillan!

Buscábamos entre líneas las cosas de la sexualidad a las que solo se aludía de modo velado, de pasada y que nadie quería o podía explicar de modo natural.

Luego, en la etapa universitaria, el teatro de Shakespeare, la narrativa de Cervantes, la poesía ardua de Calderón de la Barca, la efectista de Rubén Darío, los ensayos de Unamuno y Pío Baroja, los terroríficos cuentos de Allan Poe, el teatro esperpéntico de Ramón de Valle Inclán... Algo se movía lentamente. Nosotros los jóvenes de aquella época fuimos primero sujetos pasivos y luego, con plena conciencia de necesitar un cambio radical, sujetos tan activos como el régimen político nos permitía.

Y tantos libros leídos, hasta completar una formación humanística que fue el fondo de armario para mi futura profesión.

—¡Ya no puedo más! Están salvajes, un día de estos me van a matar. No hay disciplina, ¡si le hubiésemos contestado así a Don Andrés!

Durante años, fui deslizado lecturas que, como ladrillos, iban construyendo estructuras humanas. A veces, a tenor de los resultados inmediatos, dudaba de la efectividad del método, pero yo, impertérrito, continuaba con la lluvia incesante.

Ahora me siento en mi rincón de lectura con mi nieta en las rodillas.

—Abuelo, ¿me lees el cuento de “Alicia en el país de las maravillas”?

Y petición tras petición van cayendo las Blancanieves, las Caperucitas, los gatos con botas... Y como lluvia fina van calando en la joven alma. Quién sabe qué frutos darán.

—Papá, ¿qué estás escribiendo ahora?

—¡Qué va a ser hijo! Memorias de un viejo nostálgico.

El premio literario

Carlos Dauro

.....

.....

El corazón me va a mil por hora. Todo el día ensayando ante el espejo una expresión distendida, sonriente, tranquila, y ahora... en el momento de la verdad, soy incapaz de mostrarla.

La culpa no es de los periodistas presentes, ni el marco incomparable de esta sala tan llena de magia, sabiduría y fantasía: la isla del tesoro, como yo bautizo a la sala donde se encuentran los incunables y otras joyas de la literatura que guarda la Biblioteca Nacional.

Los amigos que me acompañan esta noche y mi familia no han dejado de hablarme de nuestras cosas, de esas que sólo pasan en nuestro pequeño pueblo enfrentado al mar. Han traído consigo los últimos cotilleos y, sobre todo, un montón de recuerdos que compartimos. Aún así, mi corazón sigue desbocado y mi cabeza sólo tiene la misión de encontrar la orden necesaria para que mi rostro parezca tranquilo y relajado. Es imposible.

Hago un barrido con la mirada al resto de los presentes de la sala escudándome con el gesto distraído de coger una copa de cava que pasea con la bandeja el camarero. Allí están los otros nominados intentando parecer tranquilos aunque, en el fondo, imagino que están sufriendo lo mismo

que yo. Rodeados de su gente intentan llenar el tiempo con conversaciones otrora seguro divertidas y que hoy, sin embargo, son insuficientes para apaciguar los nervios y la ansiedad mientras esperan, al igual que yo, que aparezca el jurado con su veredicto.

Miro el reloj, dos minutos para que sean las doce de la noche. Noto las miradas de mis hoy rivales y el resto del año amigos y colegas de afición. Intento poner paz en mi corazón inútilmente, definitivamente hoy va a la suya.

Es en este instante cuando mi cabeza se desconecta de dónde y con quién estoy. No oigo nada ni veo nada más que a los otros tres nominados al I Premio Literautas de novela. Un instante lleno de momentos que voy a recordar para siempre: el asentimiento de uno de ellos hacia mí al que correspondo levantando la copa de cava, el arqueado de cejas de otro y la sonrisa de la única mujer nominada al premio a los que agradezco con el pulgar de la mano derecha levantado.

—Carlos, tranquilo, verás como todo va a ir bien —La voz de mi amigo Vicente me trae de nuevo a la sala, al bullicio.

—La verdad es que sólo estar aquí ya me parece un premio inmerecido —empiezo a comportarme, sorprendentemente, tal como tenía previsto.

—Es muy complicado y difícil evaluar el mérito que tenéis los escritores. Si yo fuera jurado daría un premio a todos aquellos que son capaces de contar una historia — Intenta tranquilizarme mi buen amigo.

Por fin, la puerta de la sala se abre desde el lado donde

se ha reunido el jurado. El silencio se hace tangible al oírse sólo los flashes de las cámaras de fotos y el paso sosegado del presidente del jurado acompañado del resto de sus miembros.

—Por favor, los cuatro nominados acérquense a este lado de la tarima —indica el presentador del acto.

Una vez situados en el sitio indicado desvío mi mirada hacia las estanterías llenas de libros sin apretujar, aquí cada uno es importante por sí solo, bien por ser manuscritos originales, por sus ilustraciones tan exquisitas capaces de competir con el mejor de los trabajos de orfebrería o bien por ser tan antiguos que nos permiten contemplar el pasado a través de la ventana de la imaginación al leerlos.

Sí, decididamente las bibliotecas son las guardianas de la sabiduría y del mundo de fantasía, la memoria de nuestra historia donde tal vez, a partir de hoy, yo entre a formar parte.

Sonrío mientras imagino que allá por el año 2313, algún estudioso de la literatura leerá las palabras con las que se me recordará: “Ganador del I Premio Literautas 2013 Carlos Dauro”.

Ocho palabras, tan sólo ocho palabras que no reflejan para nada las emociones que provocho en mis lectores, sus miedos, sus alegrías o sus lágrimas llenas de sentimientos tiernos... Eso sí es un premio, es el verdadero premio.

Paseo mi mirada por donde está mi orgullosa familia, mis amigos, el resto de acompañantes de cada uno de los nominados, los patrocinadores del acto y sus invitados, los

periodistas y, por fin, reposo mi mirada satisfecha sosegada y decidida en el jurado.

—¿Nervioso? —pregunta mi amiga nominada.

—Me he dado cuenta de lo satisfechos que están los que me acompañan en este momento tan bonito que estoy viviendo, que ya no me importa nada.

—No has contestado a mí pregunta —insiste con su encantadora sonrisa mi buena amiga.

—¿Nervioso decías? No, ya no. El año que viene tal vez. Tal vez no —Corrijo enseguida—. Seguro que sí, sólo hasta saber si los lectores tienen a bien volver a elegirme para acceder a este premio —respondo con la más dulce y falsa de mis sonrisas mientras mi corazón, disparado ya, no puede soportar más la intriga de saber quién es el ganador.

El espectáculo de Dios

Vicente López de Armentia

.....

.....

Quién me iba a decir que tendría frente a mí al viejo Lamartine, al que consideré un espectro durante treinta años. El escritor maldito, prohibido, en el mismo carro que tantos de mis libros y un servidor. Le dije que me alegraba de verle. Sí, maldita sea, había imaginado este momento durante mucho tiempo y, al fin, ahí estaba. Fuimos amigos hasta el día en el que tuvo que salir corriendo de Burdeos. De aquello habían pasado demasiados años.

Lamartine sonreía lacónicamente, en silencio.

—Todavía lo tengo —dije, y sus ojos reaccionaron con ambivalencia a mis palabras. Sabía de qué hablaba. Esperó pacientemente a que rebuscara entre las encuadernaciones que me acompañaban y se lo tendiera. Tardé poco menos de un minuto en encontrarlo, aún a pesar del traqueteo del carro sobre unas recientemente adoquinadas calles. Era un tomo cascado y envejecido. Tres décadas lo contemplaban.

—¿Recuerdas? Nuestro pequeño proyecto. Lo guardé desde entonces.

Absorto, pasó sus huesudos dedos por la portada, acariciándolo con cuidado. Su mirada recorría inmóvil el gris de las paredes de una ciudad que nunca le extrañó.

—Claro que lo recuerdo —dijo cuando volvió en sí—. “El Espectáculo de Dios”. Pensé que te habías librado de todos ellos.

—De casi todos. Éste lo guardé. Fue el primero, no pude destruirlo.

—Tuviste que haberlo hecho, amigo. Este libro fue una locura de juventud. No es más que una vulgar sarta de tonterías. Está maldito.

—Eso decías, que algún día nos quemarían a los tres juntos: tú, yo y el libro.

—Ya ves. Siempre fuiste un sentimental.

Lamartine huyó de Burdeos a causa del escándalo que provocó. Lo escribió con el corazón en la mano, brotado de sangre nueva junto con esa fuerza que sólo los jóvenes visionarios tienen.

—No tuviste que haberte ido así —dije, al rato.

—En la ciudad era hombre muerto. Ambos lo sabíamos, era imposible permanecer escondido por mucho tiempo. Me habrían encontrado, después tu imprenta; y hubiéramos acabado los dos en la hoguera. Lo mejor fue desaparecer.

El bullicio urbano nos impidió seguir hablando. El mal olor era penetrante y demasiado desagradable para un habitante de la campiña como yo. Me quedé pensando en el escándalo mayúsculo que se montó en torno al libro. Publicamos el texto anónimamente, pero pronto corrieron rumores que lo relacionaron con Lamartine. Se reconocía su voz en cada palabra, en cada párrafo, en cada una de

las herejías que salpicaban sus páginas. Comparado con él corrí mucha mejor suerte: pasé totalmente desapercibido.

—No diste ninguna pista, nada, que pudiera localizarte. Te esfumaste.

Podía oír cómo las voces de la calle murmuraban, nos rodeaban y daban forma. Sébastien Lamartine y Laurent Cendre volvían a cruzar Burdeos.

No dejaban de mirarnos. De murmurar.

—Y con eso mi leyenda aumentó. Ahora soy un fantasma vuelto de entre tus libros.

—Han pasado tres décadas. Todavía recuerdo tus últimas palabras.

—El año que viene, tal vez.

Sonreímos los dos.

—¿Por qué no viniste antes, por qué ahora?

—No lo sé —contestó—. Estuve yendo de aquí para allá. Alemania, España, Inglaterra. Hasta que el camino me trajo de vuelta. Vagabundeando pasé por Gironde y me dejé caer.

Guardé silencio. Él también. Descubrí que la ciudad entera también. Era incómodo.

—Lo último que esperaba era verte de esta guisa —preguntó, al rato—. ¿Y cómo has acabado tú aquí?

—El viejo Fayette lo encontró.

—¿Ese loco? Había oído que estaba muerto.

—Poco le falta. Desde hace más de un lustro tiene un pie más allá que acá. Poco después de que la Inquisición se ensañara con él se volvió un fanático y acabó de sacerdote en una pequeña parroquia. Hasta llegar a obispo. Un día me propuso un negocio: imprimir algunos de los sermones de San Agustín, naturalmente seleccionados y corregidos por él mismo. Pensé que era otra excusa para dar buena cuenta de mi vino y recordar los viejos tiempos. Una noche en particular hablamos sobre mis inicios como impresor, y le enseñé la mayoría de mis primeras ediciones. Todas menos ésta —dije con la mano sobre el vetusto tomo que había cambiado nuestras vidas—. Poco más de media noche, quizá a eso de las tres, me mareé y el viejo diablo insistió en acompañarme a mis aposentos para no despertar a mi sirvienta Camille. Me negué, pero cuando hice ademán de levantarme, me caí. No sé de dónde sacó tanta fuerza para agarrarme al vuelo y llevarme a mi habitación. Entonces me sonsacó lo de “El Espectáculo de Dios”. Desde que lo había impreso yo hasta dónde guardaba esta copia. Ni me enteré. Sabía lo que se hacía.

—Nunca nos lo perdonó, por lo visto. Menudo cerdo.

—Como si hubiéramos tenido algo que ver, si hicimos lo que pudimos para evitar que le torturaran. Hablamos mucho sobre lo sucedido y una vez hasta me dijo que ya lo había dejado atrás.

Volvimos a guardar silencio. Aprecié el griterío de la chusma cada vez más encendido. Nos esperaban. Las entrañas de Burdeos se habían vestido de gala para

digerirnos, con la catedral de San Andrés aullando desde sus campanas y una rabia cenicienta que, a modo de pía bilis metropolitana, impregnaba el aire que respirábamos. Fayette, con el bastón a un lado y su cara prendida de venganza, gritaba a pleno pulmón anunciando que había entrado en casa del mismísimo Belcebú, engañándolo y envenenándolo para traer a sus esbirros ante el fuego purificador y dejar que sea la llama misericordiosa quien juzgue a quien no merece ser juzgado. Su voz sobrevolaba la plaza como un humo tórrido por encima del griterío de la chusma.

—Seremos un buen espectáculo.

—Ahí tienes al cabrón enardeciendo al gentío —dije—. Ya están ultimando las hogueras.

—Mira, cómo disfruta —contestó Lamartine antes de agachar la cabeza—. Obispo, dices. Es hasta gracioso, si lo miras bien.

—Tuviste razón —dije, al rato, sin dejar de sonreír—. Maldita la hora.

—Sí —replicó lacónicamente—. Tú, yo, y el “Espectáculo de Dios”.

Algún día

Servio Tulio Flores

.....

.....

Desde que escapé ellos me persiguen. Siempre he dicho:

—El año que viene, tal vez.

Me han capturado otras veces, pero esta vez será diferente. Tengo todo a mi favor. Entrar a esta feria del libro me permite mezclarme entre la gente, disimular que hojeo un libro y trazar una ruta de escape.

Tantos años tratando de huir hacen que me resulte fácil reconocer a los Comatos. Mi ojo se ha vuelto cada vez más agudo, mi olfato puede sentir ese olor onírico que tienen y a pesar de su capacidad de transformarse en cualquier cosa; siempre puedo identificarlos. A veces se mimetizan en otras formas. Alguna vez los vi volverse relojes blandos y desaparecer convertidos en viento.

Empiezo a sentir ese peculiar olor, es intenso y sé que están cerca. Me muevo de prisa, tomo un boletín y disimulo leer mientras camino cerca de los estantes llenos de libros. Veo la sección infantil y decido no ir allí, por mi estatura sobresaldría entre los pequeños.

Entonces giro hacia los estantes de «clásicos», me deslizo rápidamente y, sabiéndome observado, me detengo tras un cartel publicitario. Del estante más cercano tomo un libro y

lo hojeo mientras miro hacia los lados. De reojo puedo leer: «que yo no te encuentre, anciano, cerca de las cóncavas naves ya porque demores tu partida ya porque vuelvas luego». Interrumpo la lectura y simulo seguir leyendo. De soslayo planifico mi ruta y el siguiente movimiento. Dejo el libro. Avanzo a paso rápido y seguro. Veo frente a mí a dos niños rubios e idénticos. Sé que son los Comatos. Me detengo, giro hacia una pila de libros y tomé el más grueso, ya que es posible que lo necesite como defensa. Los niños rubios me miran fijamente, sé que vienen por mí, pero lo hacen lentamente. En este mar de gente deben evitar rozar con el resto de las personas, sólo deben tocarme a mí.

Me escabullo entre la multitud, guío mis pasos hacia los «cómic» mientras hojeo el grueso libro que llevo entre mis manos y leo: «consagro mis tragedias al tiempo...». Siento que los chicos avanzan muy cerca. A propósito empujo una hilera de libros y éstos caen.

—Perdón, perdón —digo, mientras un grupo de jóvenes identificados con gafete se lanzan a recogerlos y ordenarlos. Miro sobre mi hombro y lo he logrado, seguro los Comatos tocaron a alguien y se vieron obligados a volver. Los niños rubios no están. Esto me da algunos segundos de ventaja, minutos quizás.

Llego a los cómic y me mezclo entre los adolescentes de peinados estridentes y ropas excesivas. Es un buen lugar para esconderme y protegerme, esta es la zona de la feria que más personas aglutina. Veo las portadas de los cómic, héroes de magia y músculo. Tomo uno al azar y lo abro. Entre los dibujos de un personaje rojo como la carne fresca, puedo leer: «la locura es la única respuesta

cuerda que existe», no medito la profundidad de la frase y dejo el folleto en otro lugar. En un póster frente a mi veo: «ninguno lo entiende yo no estoy encerrado aquí con ustedes. Ustedes, están encerrados aquí conmigo».

Por un momento me siento desubicado, intento pensar con claridad pero mi cerebro se encuentra como viajando. Es una sensación rara, como el momento exacto antes de un desmayo. Por primera vez en muchos años escucho mi nombre, lo escucho a lo lejos y algo confuso, no estoy seguro si es mi nombre, no estoy seguro cual es mi nombre...

—Adrián.... Adán.... Abraham...

Las voces llegan desde lejos, mi estado de casi inconsciencia me dificulta distinguir bien. ¡Adrián, sí, ese es mi nombre! Ahora lo recuerdo y también algo me revela que esa es una señal de que la salida está cerca.

Mi cerebro ha vuelto. Presiento a los Comatos cerca pero no me importa, solo quiero ver la salida. Mis ojos se mueven inquietos y más atentos que nunca y de pronto lo sé, la salida está frente a mis ojos, solo tengo que cerrarlos, correr con todas mis fuerzas y saltar; y eso hago... Escucho una canción mientras me elevo, es una tonada familiar:

—«Si piensas volver/ Algún día me veras volver...» — dice.

Despierto en una cama de hospital, la luz ciega mis ojos, las voces que dicen mi nombre ahora me resultan conocidas. Alguien a quien mis ojos no distinguen, pero que mi mente interpreta como un médico, expresa:

— ¡Ha despertado del coma, ha despertado!

Y entonces recuerdo y entonces lo entiendo...

Proyecto Literautas

Si te gusta escribir

Literautas está dedicado a todos aquellos a los que les gusta escribir y quieren disfrutar del proceso de la escritura.

Además del taller “Móntame una Escena”, libros de escritura y aplicaciones móviles para ayudar a tu inspiración, en Literautas.com podrás encontrar muchas otras cosas: un club de lectura, foros para escritores, ejercicios de escritura, consejos, apuntes, tutoriales y otros recursos sobre el arte de contar historias.



¡Te esperamos!

www.literautas.com

facebook.com/Literautas

twitter.com/literautas